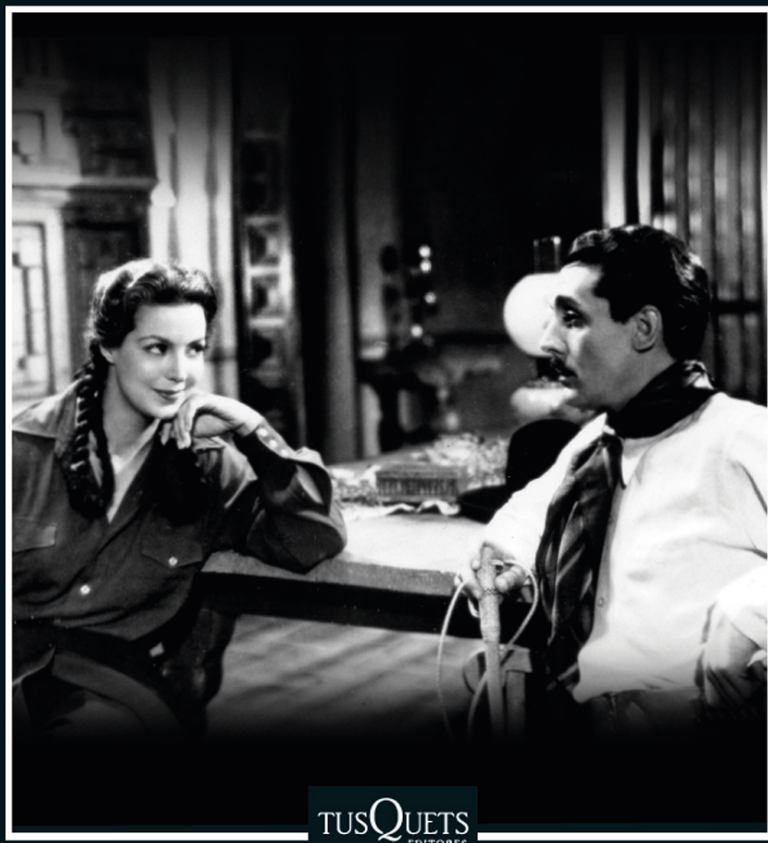
Beatriz Vanegas Athías

DÓNDE ESTARÁ LA VIDA QUE NO RECUERDO

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

BEATRIZ VANEGAS ATHÍAS

DÓNDE ESTARÁ LA VIDA QUE NO RECUERDO

TUSQUETS EDITORES

Dónde estará la vida que no recuerdo

1.ª edición: julio de 2022

© 2022, Beatríz Vanegas Athías

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Editorial Planeta Colombiana S.A.
Calle 73 n.° 7–60, Bogotá (Colombia)

ISBN 13: 978-628-00-0429-7
ISBN 10: 628-00-0429-5

Desarrollo E-pub
Digitrans Media Services LLP
INDIA
Impreso en Colombia — *Printed in Colombia*

Conoce más en: https://www.planetadelibros.com.co/

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Para Adrián, Valentina, Sylvia y Pedro.
Para Sandra, una luz intermitente.
Y para Amparo Helena, Nora Lucía, Gloria, Soraya y todas las Moñosuelto.

(Soy un espejo que al reproducir
evoca)

CRISTINA PERI ROSSI

Esto se acabó, vida.
La ilusión se fue, vieja.
El tiempo es mi enemigo.
Y yo pa vivir con miedo
prefiero morir sonriendo
con el recuerdo vivo.

RUBÉN BLADES

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45

1
Caer

Adriana tiró la llave del inodoro y sintió al mismo tiempo otro efluvio líquido descender con tanta fuerza que presintió que no le alcanzaría la toalla higiénica acabada de cambiar. Sonó su teléfono móvil y escuchó a Luz que le decía con tono dulce y sereno, pero que terminada la primera oración le pareció una sentencia:

—Vente para la casa que tu madre se acaba de caer y no sabemos qué hacer.

Aquel caudal se desgajó entonces con más ímpetu y Adriana tuvo que apoyarse sobre el inmenso lavamanos, apretar las piernas para detenerlo y volver al inodoro. Sentada en aquella silla-abismo, mordió la uña del dedo pulgar y acostó el rostro sobre la palma de las manos mientras desde su herida una llave parecía haberse abierto sin que una mano atenta decidiera cerrarla.

Sucedió el dieciocho de abril, y ahora que María no está, Adriana concluye que ese día murió su madre y con ella la posibilidad de sanar tantas heridas abiertas entre las dos, tantos diálogos inconclusos, tantos silencios como fardos. La herida que tenía entre sus piernas tampoco dejó de sangrar desde entonces; sólo dos días después del sepelio de María, Adriana dejó de usar toallas higiénicas y su cuerpo reposó de aquel desangre.

Pensó en la desgracia. Y también en las gracias. Pensó que las gracias tienen su historia y un discurso de poder que las respalda: las gracias eran las diosas del encanto, la belleza, la naturaleza, la creatividad humana y la fertilidad. Allí en el inodoro, mientras esperaba reponerse de las emanaciones rebeldes de su útero, revisó en su móvil y vio que Wikipedia le decía que habitualmente se consideran tres gracias, de la menor a la mayor: Aglaya (‘Belleza’), Eufrósine (‘Júbilo’) y Talía (‘Floreciente’). Van

ganando las gracias porque tienen al menos una historia aceptada, son nombradas, pensó. Además, son específicas, su sola construcción sintáctica —un artículo definido y un nombre— las hace alcanzables. Pero la desgracia… ¿Acaso tiene una historia? ¿Acaso es definida sintácticamente? Es tan incierta y engañosa. La desgracia… artículo definido y sustantivo o nombre abstracto, inasible al tacto, no concreto. La desgracia camaleónica e intempestiva. Existe, pero a qué hora llegará. Irrumpe en mitad de la fiesta porque es "la desgracia", puede mostrarse como menos se espera, cuando menos se espera. En respuesta a su sinuosidad, la desgracia nos hace atender a ese minuto antes de su llegada: a ese antes de la cadera fracturada; el antes de resbalar por la escalera y perder el hijo que llevaba guardado con tanto cuidado; antes de que me echaran del trabajo; antes de que los electricistas conectaran mal el cableado eléctrico de mi cuadra y el instante exacto antes de que ocurriera el corto que casi acaba con mi vivienda y con mi vida; antes de que me robaran la USB…

La desgracia, la mala suerte, los hados perversos, la pava, el infortunio, la mala hora o la sal. Pero también, en su infinito e indecible poder, la desgracia brinda la oportunidad de derrotarla y salir al encuentro de las gracias, pensaba Adriana recordando la voz incierta de Luz.

Adriana bajó corriendo los cuatro pisos del edificio donde trabajaba, tomó un taxi y pensó que su madre había hecho como siempre su voluntad: había decidido morirse a su estilo. Cuando llegó a la casa encontró a Johanna y a Luz convertidas en un bulto de anzuelos; y a María Martínez, su madre, que la miraba con los ojos del desconcierto, unos ojos des-con-cer-ta-dos de no-me-lo-es-pe-ra-ba, de esto qué ha sido, en qué sueño alucinado me vine a meter. Aquellos ojos no eran los de su madre. Eran los de un cuerpo que ella había abandonado una vez decidió pararse de la silla en que estaba sentada viendo por tercera vez *María la del barrio*, para ir durante los comerciales a buscar nada a la habitación del nieto. O tal vez a encontrarse con su desgracia.

Johanna la vio pararse y siguió limpiando los libros de Adriana, sacudió los estantes y quitó el polvo a la infinita cantidad de figuras de superhéroes que su patrona coleccionaba, hasta que escuchó el grito. Puso el limpión sobre su hombro y corrió lo que su gordura le permitió hasta que alcanzó el cuarto donde María Martínez yacía tirada extendiendo los brazos en

actitud suplicante. Soltaba alaridos que minaron la férrea serenidad de Johanna. “¿Qué le pasó, doña María?” fue lo primero que se le ocurrió preguntar a Johanna y se inclinó para levantarla, cosa que no consiguió porque, aunque María Martínez no pesaba más de sesenta y dos kilos, parecía que su peso había aumentado con la intensidad del dolor que la hacía llorar sin contención ahí regada en el piso.

Johanna salió, subió al tercer piso y pidió ayuda al vecino, un hombre alto y acuerpado, bonachón, que levantó en brazos a María Martínez y la sentó en una silla rimax de color crema. El rostro de María tomó una blancura que ya no la abandonaría hasta tres meses y medio después que los maquilladores de la funeraria la pusieran presentable para que su cuerpo se volviera ceniza y piedrecitas.

2
Volar

Juan atracó la chalupa en el barranco y entonces María tiró en el fondo de la embarcación un neceser y dos cajas de cartón amarradas con pita de curricán. Eran todas sus pertenencias. Uno de los trabajadores de Juan la ayudó a descender, mientras él la recibía con un abrazo y un beso que casi la hace caer al agua. De inmediato se encendió el motor y una estela espumosa removió la sabana flotante que formaban las tarulla. María acababa de dejar su trabajo como maestra en la vereda Ladera de Sacramento y, fastidiada con la excesiva alharaca y grosería de los alumnos, envió una carta al político amigo que la nombró profesora. En ella le informaba que no había nacido para ser maestra de escuela, que ahí le dejaba el puesto para que se lo diera a otra persona con talento y vocación.

Y se fue con Juan, un paisa adinerado que hasta avioneta tenía. Aunque también estaba casado en Medellín y era padre de tres hijos. Uno de tres, otro de cinco y el mayor de once años. Además de otros niños que iba dejando por la ribera del Cauca sin siquiera darles el apellido. Para María, volarse con Juan era uno de sus actos autónomos.

Juan Fernández Arango instaló a María Martínez en una finca que empezaba a fundar a punta de triquiñuelas y de una exquisita labia que hacía que su víctima saliera agradecida con él porque había quedado felizmente robada. La finca se llamaba San José porque María así lo dispuso: aquel santo era el patrono de su pueblo. San José le había hecho muchos milagros, Juan Fernández la había comprado a un precio menor del que realmente valía. Aquella belleza de terreno en el que caían atardeceres que tenían el color de los mangos de azúcar quedaba a orillas de un arroyo que abastecía de agua a los animales y a los trabajadores que se engancharon con el paisa Fernández.

Con el dinero que le quedó de aquel negocio, adquirió sus primeras diez cabezas de ganado y solo fue cuestión de meses para que el alambre se ensanchara y el pasto creciera para plenitud del dueño y de las reses que engordaban con una hermosura jamás conocida por esas tierras de gente buena, pero inocentona y conforme.

Así que solo hacía falta una patrona que dirigiera los oficios de las empleadas y la peonada. Una patrona que estuviera pendiente de que no se derramara una sola gota de leche y de que la sal estuviera a punto en el establo. Una patrona que administrara la comida para los trabajadores de la finca que cada día comían como si en su vida hubieran probado un bocado. Y esa fue María Martínez, conocida por todos los trabajadores porque ella era su paisana. La misma que veían noche a noche a través del cuadrito de la taquilla del Teatro Diana vendiendo boletas para la función nocturna de cine.

María llegó a San José con sus dos cajas y el neceser. Lo primero que hizo Juan fue llevarla a conocer la avioneta que se había convertido en el medio de transporte y de salida mensual hacia Medellín. María abrió los ojos con desmesura y confirmó para sus adentros lo acertada de su decisión de venirse a vivir con el paisa.

Él se percató del impacto que había causado la imponencia de la avioneta en ella y no dudó en invitarla a pasear desde el aire por la finca, por el río, por toda la región. Un paseo por el cielo que María recordó aun en las horas nebulosas que invadieron sus últimos días de existencia. Desde arriba vio por primera vez el río de su infancia tapizado de extensas sabanas de tarullas en ese intento del río de convertirse en llanura. Vio una bandada de garzas espolvorear sus piernas y elevarse gozosas sobre el río del color del chocolate; pasó la mano por la ventanilla para realizar el inocente deseo de asir una nube gris que quedaba atrás de la inmensidad al paso de la avioneta. Sentía que el corazón era un pedazo de guayaba atragantado y tuvo necesidad de posar su rostro en el hombro de Juan para secarse las lágrimas que no paraban de manar como cuando se desborda un canal. El hombre acarició la mejilla de la mujer y la abrazó satisfecho de conseguir como siempre todo lo que se proponía.

3
Vivir

La casa era de caña flecha, una caña que los habitantes de Sacramento usaban como flechas en tiempos pasados para defenderse del tigre que acechaba en la noche montuna o para atrapar al bocachico que nadaba confiado en la ciénaga. Estaba empañetada con boñiga de vaca. No tenía ventanas, solo dos puertas doble hoja de color marrón. Cada diciembre, María Martínez la mandaba a empañetar y a pintar con cal de colores vivos para disipar el mal olor que solo se iba con el paso de los días, es decir, a inicios de la novena de aguinaldos. Para el veintidós de diciembre el olor empezaba a ser un recuerdo y daba gusto verle la inocencia primigenia a aquella casita, que la hacía aparecer como una nostalgia de pie. El techo era de zinc y cuando llovía, madre, hija y abuela sentían un tropel de agua que las acurrucaba en la cama llenas de pavor. Adriana creció acompañada del temor a que una de esas noches llenas de aguaceros un rayo la achicharrara sin oportunidad de pedir clemencia o bailar todos los bailes que soñaba sudar.

Pasaban los días y con ellos el hedor a mierda de vaca de las paredes se evaporaba del todo o tal vez se acostumbraban a él, decía la madre de Adriana. Entonces surgía la casa como única victoria de la pobreza de las tres mujeres. Allí, en medio de la calle principal de Sacramento, la casa era la única que no estaba construida con ladrillo sólido. Eso era un don, pero también una maldición.

Los aguaceros inefables de Sacramento parecían ensañarse con la casa. Ya se sabe, la cabuya se rompe por el lado más delgado y la casa de María Martínez, inmensa, de paredes altas y con cuartos separados por canceles, era tan débil, tan propensa a inundarse, tan expuesta a caerse el día menos improbable.

Después de cada tempestad, a la casa no llegaba la calma

porque amanecía anegada. En el patio el agua subía casi cincuenta centímetros del árbol de mango y de los guayabos. La madre de Adriana calzaba unas botas y chapaleaba en aquel río estático que era el patio, y en una jarra de peltre recogía guayabas blancas y rosadas que buceaba con sus manos.

Las entregaba a la abuela y ahí, al pie del fogón húmedo y calcinado por la lluvia, la abuela preparaba el dulce de guayaba que se convertiría en la cena: dulce de guayaba con casabe y café con leche. Esos árboles de guayaba soportaban la creciente y eran tan agraciados y agradecidos que, aunque el sol poco los visitaba, regalaban guayabas tan grandes que daba pesar comérselas.

Adentro, en los cuartos y la sala, las mujeres veían con ojos largos flotar las bacinillas como chalupas. Las chancletas —imaginaba la niña que era Adriana— parecían planchones de carga y las cajas de cartón donde guardaba los juguetes, inmensas lanchas de esas que ella corría a ver atracar en el puerto de tarde en tarde. La carga de las lanchas era depositada en tierra sin riesgo alguno, mientras aquellas a escala que flotaban frente a sus ojos desparramaban sus chocoritos, sus juegos de té, las camitas de las muñecas, los juegos de comedor, las muñecas cuyo preciado pelo Adriana pasaba horas peinando. Todo, todo era arrastrado por la corriente podrida que invadía la intimidad de la casa de María Martínez. Todo era un naufragio para las tres mujeres.

La madre solo fruncía el entrecejo, callaba y volvía a ponerse las botas de caucho que le llegaban hasta la rodilla. Encamaba a la abuela de Adriana y aceptaba la ayuda de los niños de la vecindad que traían ollas y baldes para achicar la montonera de agua color café que se empozaba en los sitios menos imaginados de la intimidad de la casa. Al mediodía de aquel día lloroso todo estaba seco. Seco y húmedo. Y olía a todo menos a bueno. María Martínez regaba creolina en los rincones para alejar a las culebras que saldrían del río sin movimiento que se había formado en el patio; porque el agua del patio había que dejarla bajar por su cuenta o por cuenta del sol. ¿Por dónde sacarla?

El patio de la casa inundado transmitía la sensación a las mujeres de que vivían a orillas de un río alejado del gran río. Como un afluente en pleno corazón del pavimento en Sacramento. Las casas alrededor de María estaban protegidas de todo mal, solo en aquella se oía en las noches cómo chapaleaban

los sapos; cómo crecía la angustia de un carrao que se había extraviado buscando la horqueta para colgarse porque era imposible hallar un caracol para alimentarse en aquel patio que él creía un río que había perdido la playa. Porque el carrao, ese pájaro negro, era fregado, no comía sino caracoles y el patio disfrazado de río no tenía la menor intención de ser casa para los escurridizos moluscos.

Siempre temían que la casa se les derrumbara. O que la arrasara la corriente de las aguas. O despertar y sentir que al posar los pies en el piso empezarían a chapalear agua y deberían sacudir el cansancio que el sueño no había aliviado para emprender la salvación del pequeño mundo que era el sitio que habitaban. Ese temor acompañó indistintamente a las mujeres en toda empresa que iniciaban. Que el mundo se les viniera encima era un fardo que cargaban en sus actos y miradas. Así que las puertas doble hoja de madera eran aseguradas con tranca y taburetes, mientras las de las casas de los amigos de Adriana se cerraban herméticas con chapas y llaves relucientes.

Pero con todo y sus achaques, y los sustos que les daban, ellas amaban su casa. Al final, era la única que tenían: ¿para dónde se irían si les faltara? Porque la casa era agradecida. Y en noches de verano sus paredes empañetadas se enfriaban tanto que María Martínez, su madre y Adriana eran las únicas habitantes de Sacramento que tenían la necesidad de arroparse. La frescura que expelía la casa les ahorraba el uso de ventiladores. Como las habitaciones no eran de cemento, sino cuartos divididos por canceles, la casa también ahorraba el gasto de pintura. Bastaba conseguir el papel en el que venían los bultos de azúcar y listo, cada una tenía su cuarto. El de María se llamaba Azúcar Manuelita, de pureza garantizada. El de Adriana, Marlboro, ven al mundo Marlboro, entra al mundo Marlboro y, a lo lejos, perdido en un ocaso escarlata, un vaquero exponía su perfil con ese arrebol granizado de rosas rojas. El de la abuela: Arroz Orizica Uno, el mejor arroz de la región.

Bien agradecida era la casa. Una noche, mientras Adriana jugaba a ver quién tenía la sombra más larga y el calor era una pared transparente pero viscosa que se podía amasar, María Martínez la agarró con brusquedad del brazo y la metió de un solo empujón a la casa. Como pudo guardó las mecedoras y cerró en un suspiro las dos puertas con las pesadas trancas. Gritó que se

metieran debajo de la cama y que guardaran silencio.

4
Caer

Adriana subió las escaleras y encontró a su compañera Luz, a Johanna y a Pablo rodeando en silencio a María Martínez. Se enteró de que se había caído al enredarse con un cable en la habitación de Pablo y que desde entonces no podía levantarse. De repente el silencio se vio interrumpido y todos miraron hacia el ventanal porque empezó a llover con furia.

—Mami, ¿te duele algo? ¿Cómo te sientes? —le dijo Adriana.

—Tengo ganas de obrar, pero no me puedo parar —alcanzó a responder María Martínez.

Obrar, así llamaba María al acto de cagar, de defecar, de hacer del cuerpo. Si existía un verbo que Adriana conocía, era ese: obrar. Ella soñó toda su infancia con obrar sin dolor, pero no podía. Un gigantesco pólipo crecía en su colon e impedía que Adriana alcanzara ese instante de felicidad que sucedía durante y después del acto de obrar. Una María preocupada corría hasta el baño a indagar si la hija había obrado. "¿Pudiste obrar, nena?", preguntaba angustiaba. "Nada, mami", respondía una Adriana, que se debatía entre los cólicos infames y un calor que amenazaba con deshidratar hasta su pensamiento más elemental.

Pablo y Adriana rodaron la silla rimax hasta llegar al baño situado en el pasillo y allí, entre súplicas, le pedían que se levantara. Pero la mujer no se pertenecía. Después de mucho rogarle, después de sopesar maneras de levantarla, como pudieron la pararon, le bajaron el calzón y la sentaron en la taza del inodoro. La mierda que salió de María Martínez fue tan copiosa como las noches de insomnio que sobrevendrían para todos desde aquella tarde en que tampoco la matriz de Adriana dejaría de llorar.

La lluvia caía con estrépito. Estrépito es un adjetivo lluvioso y ruidoso, pensaba Adriana. Y recordaba a su maestro de Semántica

que parecía un mamo de la significación. Él les decía que por muy desconocido que fuera el significado de la palabra, antes de buscar el diccionario, antes de indagar en el contexto en que se hallaba inmersa, la escucharan muchas veces, algo habría en su pronunciación, alguna pista en su sonido haría que atinaran con el sentido que necesitaban. Y estrépito tenía eso: un acelere, un ruido, una bulla, el bololó implícito de la lluvia, que a veces en aquel calor taimado se acompañaba de pedacitos de hielo que la gente llamaba granizo; y entonces sobrevenía en ellos una alegría inusitada por tal fenómeno, así al día siguiente los derrumbes paralizaran las vías entre los pueblos. *Es-tré-pi-to*: cuatro sílabas que inician con una primera silenciosa y zigzagueante que enseguida cede el paso a la explosiva *tr*é, para cerrar con *pi* (otra explosión) y *to*, que produce el efecto de la gota gorda cuando cae y explota. Podría decir que la palabra *estrépito* es una larga gota que tiene el fin de comandar un aguacero, pensaba Adriana.

Así que debido al estrepitoso aguacero tuvieron que cerrar la puerta del remedo de patiecito al que difícilmente entraba el sol, pero en cambio la lluvia hacía de las suyas y buscaba por dónde romper para entrar a su antojo. Luz tomó el tensiómetro y midió la presión de María Martínez. Levantó los ojos hacia Adriana y con el dibujo del gesto taciturno de sus cejas dijo que aquella tensión estaba por los aires. Pero transformó su angustia en una sonrisa como quien saca del bolsillo una máscara inusitada: "Todo bien, no debemos preocuparnos,120/70, tiene presión de jovencita, doña María", dijo sonriendo con esfuerzo. Y el silencio siguió como muralla que no dejaba avanzar, que no dejaba ver el camino a seguir. El silencio: una bóveda que caía paulatina sobre las sienes atribuladas de los habitantes de aquella casa.

Johanna dijo que el carné de doña María alcanzaba para llevarla al hospital de Villa Hermosa. Las palabras de Johanna, que siempre traían consigo la solución a cuanto problema surgiera, en ese momento cumplieron la función de crear una ilusión sólida porque, en medio de la lluvia —que de tan estrepitosa quería hablar—, contar con un hospital cercano suponía la reconstrucción del mundo sereno que había existido hasta las cinco de la tarde. Un hospital cercano, ¡la solución! La examinarían, radiografías, nada grave y a la casa nuevamente.

A Pablo se le ocurrió llamar a la policía para que colaborara con el transporte. La policía apareció…en realidad llegó un

hombre uniformado de unos treinta y cinco años, alto hasta el punto de tener que jorobarse para entrar a la vivienda de Adriana. Dijo que ellos no estaban autorizados para el traslado de enfermos. A cambio, él podía conseguir una ambulancia con unos amigos que conocía, pero costaba. Adriana miró a Johanna, quien le recordó el dinero que tenía guardado por si las moscas. Así que el policía llamó a su amigo y luego de una hora de silencios, de murmullos, de intercambios de miradas, María fue trasladada al hospital de Villa Hermosa, que quedaba a cuatro cuadras del apartamento donde vivía con Adriana, Johanna y Pablo. Eran las nueve de la noche y la lluvia insistía en caer como si se estuviera desquitando de los días de calor que la habían precedido. No ayudaba esa lluvia a María. El médico general que la revisó dijo a Adriana que tal vez era una fractura de cadera por la posición torcida que mostraba el pie izquierdo, pero había que esperar a la radiografía para estar seguros. Sin embargo, con ese temporal era muy difícil traer al radiólogo. Adriana recordó a su padrino Acar Janne, el médico que la recibió al nacer. Recordó cómo atravesaba el monte para llegar a los caseríos donde lo aguardaba el picado de culebra. “El picado de culebra”, se repetía. Sabía ahora que las culebras no pican pues no tienen pico, pero por allá por los espacios de su infancia y debido a la gracia de una lengua mutante, era posible cambiar los colmillos de cualquier víbora por un fatal pico que inoculaba veneno a su víctima hasta inmovilizarla e hincharla, a pesar de que se tratara de un humano grande y fuerte como un caballo corpulento y brioso. Hasta allá iba el padrino de Adriana, no importaba la oscura noche culebrera, ni la posible avería del motor de la chalupa al que podía enredarse una tarulla y quedar a merced de las mitades, siempre tan indecisas y ambiguas: en mitad del río, en mitad de la noche, en mitad de la nada montuna y cerrera; en mitad de la esperanza de llegar a intentar salvar al enfermo. Pero estos médicos nada tenían que ver con su legendario padrino.

5
Volar

La vida en San José transcurría como un paraíso colgante de tierra caliente que se vivía en medio de un tácito respeto conyugal entre los dueños de la finca. Juan viajaba religiosamente cada mes a Medellín y allá vivía los siguientes treinta días de su llegada al lado de su esposa y de los hijos legítimos. María, entre tanto, mantenía la finca con el mismo resplandor que iluminaba el inagotable amor que sentía por Juan. Canturreaba boleros mientras regaba las matas de ají dulce, de ají picante; mientras el tomate crecía hasta hacer reventar el verde y el escarlata que luego relucía en el plato de peltre de los trabajadores de la finca; mientras la jugosa remolacha fundaba su colorido imperio del color y del sabor y se alistaba para ser refresco o pieza protagónica de la ensalada; y entre ese amasijo de colores y sabores, María recordaba el rostro de María Dolores Pradera impreso en los elepés que Juan le regalaba y cantaba pensando que la felicidad se resumía en poseer un jardín, pero también una emoción*: Déjame que te cuente, limeña/ ahora que aún perdura el recuerdo/ (…) Jazmines en el pelo y rosas en la cara/ Airosa caminaba la flor de la canela/ Derramaba lisura y a su paso dejaba/ Aromas de mixturas que en el pecho llevaba (…)*

En la alharaca de las seis de la mañana que hacía la avioneta en la agreste pista que espolvoreaba al monte, él, de regreso a San José, venía cargado de vestidos, dulces y de los últimos elepés de Agustín Lara, Los Panchos, José Alfredo Jiménez y la infaltable María Dolores, cantantes que sostenían la ensoñación en que vivía la enamorada.

Juan era, según palabras de María, el mejor marido que le había tocado en suerte. Jamás una mala palabra, jamás un mal trato, pura risa y gracejos era ese hombre. Qué manera de tratar a sus trabajadores, qué puntualidad en el pago de la quincena. Y

ella, entre bolero, chiste y viaje a cuanta fiesta apareciera por las veredas, sentía que la vida no podía ser mejor. Había tanto por disponer en San José, que a María Martínez los treinta días que Juan Fernández Arango vivía en su otra casa de la lejana Medellín se le iban volando.

Con una nevera siempre llena, unos peones atendiendo a los caballos y al ganado, con la lealtad de su perro Bravonel, siempre listo a acompañarla, la vida se dejaba venir entre el cacareo de los galpones y el colgante moco de las docenas de pavos que había que engordar. En las tardes, cuando los ocasos regaban la tierra de una luz triste, la soledad de María estaba acompañada por la conversación animada de Lucho, el capataz, quien sólo se iba a dormir con su mujer e hijos después de las ocho de la noche, cuando la patrona había repartido limonada con bollo de arroz y queso para él y el resto de la peonada. Entonces crecía el sonido del chavarrí y del mochuelo. Surgían del río los vuelos silenciosos que delataban ese otro silencio inquebrantable de la noche montuna. Acostada en su amplia cama de mosquitero, María apagaba la claridad que le brindaba la lámpara de gas y habitaba plácida los predios de la certidumbre.

Bajo el toldo aireado con el abanico de techo leía novelas de Corín Tellado. El artefacto giraba gracias a la energía del motor eléctrico que retumbaba a lo lejos del patio y se confundía con la lechuza que atravesaba en un vuelo bajo, la noche, los árboles de naranja, de mango de chupa y de guayaba.

El día se despertaba con una María Martínez confiada en que la vida era un camino sin piedras que la hicieran tropezar. Incluso cuando la mirada cabizbaja de Nazaria asomaba por San José con la jarrita y el portacomidas, María sabía que aquella mujer agobiada por la pobreza podía ser nuevamente ella, por eso tal vez avizoró la necesidad de no dejar ese cabo suelto de Nazaria y el posible hijo negado de Juan Fernández Arango. Lo sabía desde muy adentro, aunque no se atreviera siquiera a pensarlo. No dudaba entonces en llenar de leche espumosa aquella jarra y de surtir con queso, ñame y presas de pollo los portacomidas de Nazaria, quien hacía más evidente el drama llevando ante María a un niño flaco y desvencijado que aseguraba era hijo no reconocido del cachaco Juan. María aviaba a la mujer y al niño sin pedir explicaciones ni indagar en detalles que sabía la iban a mortificar. Cada mañana del mes de ausencia de Juan Arango ella

asumía la responsabilidad que él se negaba a cumplir. Un día que Juan Arango regresó antes del mes encontró a María conversando como si nada con Nazaria. El hombre entró y nolas miró, pero detuvo sus ojos incrédulos en la mochila llena de alimentos que sostenía la asustada Nazaria, que enseguida apretó al niño hacia su cadera y no hallaba qué hacer. Juan miró a María, empuñó la boca y movió la cabeza desaprobando la escena. Pero no dijo nada, antes miró con desdén a la mujer y ni siquiera bajó la vista para indicar que el niño existía. Siguió hacia la habitación y aquella cocina fue ámbito para un silencio que se posesionó de las dos mujeres. Nazaria no encontraba dónde poner las manos: aprisionaba la mochila, abrazaba al hijo y sólo cuando sintió la mano apaciguadora de María sobre su hombro recobró cierta serenidad que la alentó a despedirse. Con voz encogida dijo a María que "Dios me la proteja, niña Mayo". "Que Dios te oiga, Nazaria, ve tranquila, él es puro peo de mariposa", dijo María muy seria.

Cuando Nazaria se había ido, María se quitó el delantal y se dirigió hacia la habitación en busca de Juan. Lo halló durmiendo y sólo pensó en quitarle los zapatos y las medias para que su sueño fuera más tranquilo. El hombre durmió toda la tarde y cuando se despertó encontró a María Martínez tirada disfrutando de una siesta tardía en la hamaca. Se acostó a su lado, empezó a acariciarla y a besarla hasta que ella, sonreída, correspondió entre sueños a los arrumacos que el hombre le prodigaba. Así estuvieron casi una hora hasta que Anatilde llegó a hacer tinto y a arreglar la comida de la tarde. Saludó a sus patrones y ellos entre risas respondieron. Juan no tenía intenciones de hablar del asunto de Nazaria, pero ella posó su rostro sobre el pecho de él y le insinuó, mientras pellizcaba la barbilla y las mejillas del hombre, que al menos reconociera al niño, que no le hiciera ese mal. Pero él replicaba que ese muchachito no era suyo y que dejara de darle de comer porque estaba alcahueteando la flojera de la madre. María callaba y no hacía caso a la orden del marido. Finalmente era ella quien administraba aquella finca y se sentía con derecho a tomar decisiones y disponer de acuerdo con su leal sentir.

6
Vivir

Un silencio maluco se apoderó de Sacramento y comenzó a escucharse una lluvia de plomo que al principio creyeron era el cascarazo de agua al que estaban acostumbradas después de un verano vil, pero por las puertas de madera vieron entrar una bala que rechinó en la tranca que ajustaba las dos hojas. Desde afuera escuchaban las voces atafagadas de los que debían ser policías porque la madre de Adriana dijo que creía escuchar la voz del agente Juvenal, el chocoano. "Pero hay dos más —decía—. Están cubriéndose aquí en la casa, bonita cosa", decía mientras se atrincheraba debajo de la cama y rodaba la silla de hierro forrada con plástico donde la madre pasaba la noche. La abuela, imperturbable, seguía echando humo de su calilla y pasando pepas del rosario para que la Virgen del Carmen las protegiera.

"Son tres —dijo María—, son tres, conozco la voz de Polo y la de Remberto, están aquí, en el pretil de la casa los tres policías, se atrincheraron en el pretil". Y así era. Los agentes de la policía tirados en el pretil de la casa de María Martínez se defendían con igual ahínco del grupo armado que se había tomado a Sacramento. Tres horas demoró aquello. Adriana se abrazaba a la madre sin saber bien qué pasaba porque la mamá temía que si hablaban entraría la muerte por la boca. Adriana imaginó que aquello era como el agua que se metía por todos los vericuetos vulnerables de la casa y temió entonces ahogarse apenas el agua entrara y las encontrara ahí, tiradas en el piso sin poder pararse.

El día las cogió dormidas debajo de la cama. María Martínez las despertó y salió a la calle. Frente a la casa había un tumulto de gente examinando las paredes, que parecían un colador; Benito, el vecino, empezó a meter el dedo en la pared y con su champeta fue sacando bala por bala. Nunca en su vida había visto una bala, sólo por televisión. Benito sacó treinta y dos plomos

que se quedaron incrustados entre la mierda de vaca seca y las resistentes caña flechas. Adriana miró la casa con un orgullo y una ternura que aún hoy le inflaman el alma. Tuvo María Martínez que mandar a llamar a Joaco para que curara las heridas de la casa y sin ser diciembre, la casa estrenó color porque la mandó a pintar toda, en gratitud por haberlas salvado.

Joaquín Acevedo era un viejo amigo de María. No había lugar en su rostro para una arruga más. Era blanco como la nieve improbable en aquellas tierras. Cada pierna de Joaco era un arco tensado, lo que daba a su caminar un ritmo pendular. A veces parecía que se iba a caer de un lado, pero rápidamente recobraba el equilibrio. Llevaba consigo tres baldes, uno con boñiga, otro con barro y un tercero donde mezclaba la mierda con el barro y con el agua que salía de la manguera que traía del patio María Martínez. Subía a una escalera amarrada con pita y en una mano llevaba el balde y con la otra se sostenía en un malabar que mantenía la boca abierta de Adriana, quien esperaba el momento en que Joaco cayera al piso y se bañara de mierda. Pero Joaco nunca se cayó, la miraba y le regalaba la media sonrisa que le dejaba el cigarrillo Hidalgo para decirle: “Niña Adriana, dígale a la niña Mayo que me regale un tintico”.

Adriana corría hacia la cocina y al rato llegaba María con el tinto. En esas estaban María y Joaquín cuando llegó Clementina, la hija menor de Joaquín, Adriana la miró y miró a su madre. Entendió María aquel interrogante pintado en los ojos de la hija y Joaquín carraspeó nervioso, pero disimuló preguntando a Clementina:

—Ajá, Clemen, ¿qué pasó?

—Dice mi mamá que se le olvidó dejar la plata del almuerzo, papá…

—¡Ah, qué cabeza la mía!, niña Mayo, ¿me da un adelantico para que esta gente coma?

Entonces María mandaba a Adriana a entregar los encargos a Clementina y se sentaba a hablar con Joaco en la puerta de la casa. Miraba hacia el mesón detrás del que se situaba Adriana y miraba también adelante, donde Clementina esperaba el arroz, el queso, la manteca, el ñame que le despachaba Adriana. Las veía y veía dos gotas de agua idénticas: dos gotas flacas, una mayor que la otra y reía para sí y recordaba a Juan, al tiempo que movía la cabeza y arqueaba sus espesas cejas. “Ambas iguales a Juan

Fernández Arango", se decía para sus adentros.

7
Caer

A las nueve de la noche llegó la ambulancia. El agente de policía acompañaba al conductor y entre los dos bajaron a María hasta la entrada del primer piso. Había dejado de llover, pero un sereno puntilloso entorpecía la vida. No era posible permitir que María se serenara, no sabían qué consecuencia traería en su estado contraer un resfriado. Así que la cubrieron con un plástico que Johanna sacó quién sabe de dónde. Johanna hacía magia: Adriana vivía sorprendida de la capacidad de Johanna para sacar objetos útiles y oportunos ante el percance de turno.

Johanna había soportado la amargura de María de saberse encerrada en un apartamento que en nada se parecía a su casa de Sacramento. Escuchaba cómo la madre cuestionaba la presencia de Luz y torcía la boca para decir que Adriana creía que ella era boba, que ella se daba cuenta de todo, pero que, ajá, con esto de vivir arrimada uno no puede decirle nada a esa hija loca que Dios le había dado. Ya estoy de salida y esa loca no ha comprado siquiera una casa por andar gastando en lo que no debe, eso para qué tanto libro, ya qué más estudia. Johanna la oía y miraba los colores de la ensalada que preparaba, mientras meneaba el arroz que secaba. Johanna no entendía qué había sido de aquella mujer sobre la que contaba tantas bellezas Adriana. La veía ir del lavadero al cuarto, de allí a la cocina a ayudarle a lavar los trastos y después se asomaba por la ventana de aquel segundo piso a donde le había tocado ir a vivir y suspirar profundo mientras miraba hacia las montañas que pugnaban por existir detrás del edificio. Hasta terminar frente al televisor gritando que el hijueputa nieto seguro le había puesto quién sabía qué clase de clave para que ella no viera *Pasión de gavilanes.* Entonces Johanna (quien tampoco sabía manejar el control del televisor) entraba en crisis porque a doña María le podía dar un mal con esa rabia que

cogía. Para Johanna era una incógnita ver lo alegre que era María hablando de las amigas que había dejado en Sacramento y cómo la rabia y la amargura se aposentaban en su rostro apenas llegaba Adriana del trabajo. “La gente cómo cambia”, pensaba Johanna.

*

Llegaron a un hospital pequeño con una antesala de urgencias de tres metros por tres y casi clausurado por un portón de doble hoja de metal. La blancura de su color estaba vieja y transmitía un olor a desconfianza que atribuló aún más a Adriana.

En una de las puertas había una ventana enrejada que semejaba un ojo cuadrado por donde asomaban los rostros de una mujer y un hombre de piel morena con gastados uniformes vino tinto. Eran una suerte de cancerberos que concedían o negaban la entrada al infierno, que en ese momento era para los parientes de María Martínez la llegada al cielo de donde saldrán victoriosos con una enferma revitalizada, lista para recuperarse, seguir viva hasta los cien y en franca competencia con la longevidad de ciento tres años de su madre, quien nunca tomó gaseosas, nunca se emborrachó, todos los días calentaba agua para bañarse con agua tibia en plenos treinta y ocho grados a la sombra. La madre de María Martínez sólo tenía dos vicios que la hacían feliz: emplear sus días en hacer que la vida de la hija fuera un camino oscuro y culebrero y fumar sendos paquetes de calillas desde que amanecía hasta que anochecía.

En aquel hospital demoraron dos días. Adriana se iba a las doce de la noche y a esa hora llegaba su hijo Pablo hasta que amanecía. María Martínez empezó un camino de regreso hacia los instantes de su vida en los que seguramente tuvo quién la protegiera. La fiebre no bajaba y la tensión permanecía 180/130. Antes de irse para la universidad, Pablo estaba pendiente de que la enfermera de turno cambiara el pañal que desde la noche de la caída María empezó a llevar. Adriana iba de asombro en asombro porque nunca imaginó que su aguerrida madre aceptaría con tanta docilidad llevar un pañal. Pero la madre, antes espontánea y dramática, no mostraba enojo ni preocupación ni angustia. Se dedicaba a mirar con los ojos muy abiertos y a preguntar con un tenue y arrugado tono de voz qué le había pasado a su pierna. Con una impostada naturalidad, Adriana le respondía que era una

fractura leve, que tranquila, que la iban a llevar a otro hospital de mejor nivel, le hacían unos exámenes y una operación sencilla, luego unas terapias y a caminar se dijo.

A las nueve de la noche del segundo día de estar en el hospital de Villa Hermosa otra ambulancia llegó por María Martínez. Adriana veía el rostro sorprendido de la mujer ahora convertida en una niña indefensa. Veía cómo llevaba el rastro de otros rostros anteriores, así como un árbol viejo lleva los anillos de la edad. La suma de ellos era ahora su madre, todos los rostros de las mujeres de su familia estaban en la cara inocente y exhausta de aquella mujer que era la derrota encarnada; de aquella mujer subyugada por el infortunio.

En la ambulancia iban Pablo y Adriana en silencio y María mirando el techo blanco del vehículo. El ulular loco y tortuoso de la sirena obligó a Adriana a abstraerse, pensó en su madre transitando siempre entre los extremos, o ganaba o perdía. Tuvo entonces que recordar un filme autobiográfico de Agnès Varda que recién había visto, recordó cómo Agnès jugaba y jugaba en el casino hasta que una empleada se atrevía a preguntar: "Señora, ¿puede usted perder tanto?". Recordó entonces que su madre hizo del perder y del ganar el mismo asunto. No había fronteras, no diferenciaba lo uno de lo otro, así que no se preocupaba cuando se amarillaban los cuadernos de cuentas perdidas por la acumulación de clientes malapagas que preferían pasar o por la calle de Las Damas o por la calle de La Estampa, con tal de evitar tener que pagar la deuda. "Nada es nada, mija —decía—. Aquí los veré regresar, la plata no es todo, es más la necesidad y de esa tienen bastante los sinvergüenzas esos".

En la tienda de su infancia todo era más barato que en las demás del pueblo: cincuenta centavos menos el Bom Bom Bum; un peso menos la papeleta de café; dos pesos más barata la libra de azúcar Manuelita. Y María Martínez perdía plata, pero decía que ganaba clientes… Y Adriana le reclamaba que de tanto perder nunca tendrían una casa de material.

El radiólogo no llegó hasta las cinco de la mañana. Pablo, Adriana y María empezaron a vivir sin hallar diferencias entre la noche y el día. María se quejaba y Adriana la abrazaba creyendo que así el dolor se apaciguaría. El médico ortopedista examinó los negativos y dijo a Adriana que en aquel hospital no había el nivel para tratar semejante fractura de cadera. Debían trasladarla al

hospital Universitario de Bucaramanga, porque además la tensión de la señora estaba muy alta y al parecer había sufrido un preinfarto.

8
Volar

La finca San José que se había convertido en una hacienda quedaba situada a tres horas del camino hacia Sacramento. Un camino sólo transitable a pie o en tractor hasta llegar al pueblo donde había nacido María. Allá había dejado ella a una madre que nunca le perdonó esa unión inmoral con un cachaco casado. Poco le importaron las maldiciones proferidas y los deseos de que ese cachaco malo la dejara por ahí tirada como había hecho con tantas, según la pendenciera madre, que gritaba aquello a todo el que le preguntaba por la hija. Poco le importó a María porque estaba hastiada de ser la sirvienta de sus hermanos.

María había sido el sostén de la casa desde que tuvo catorce años y falleciera su padre, el libio Yebrail, primero como telefonista y taquillera del Teatro Diana. Luego como tendera. Para el tiempo en que conoció a Juan Fernández era telefonista en el día y a las seis de la tarde se arreglaba con sus vestidos plisados de cuadros, sus zapatos de charol negro, de tacón playa y perfumada con Maderas de Oriente que mandaba traer de Magangué. Llevaba la canastica de mimbre con las boletas y la cartera sobre donde guardaba el dinero de las entradas. La sonrisa sonreía plenamente cuando escuchaba que la fanfarria se regaba entre el humo de los fogones de fritos y de las chazas apostadas a la entrada del cine. Su llegada al Teatro Diana era como si pasara una diosa o María Dolores Pradera. Con María Martínez no había necesidad de apellidos o de dinero para tener alcurnia, ella rezumaba clase y sencillez en su sonrisa tranquila, pero también en su carcajada pegajosa. Los piropos y silbidos acompañaban su camino y ella sonreía a quien le agradaba y fruncía sus abundantes cejas ante el rostro del que no era de sus afectos. Saludaba a Mañe Mico, apodado así por su figura pequeña y absolutamente peluda de la cabeza a los pies. Mañe

era quien manejaba el proyector, al que se subía por una escalera de madera que temblaba tanto como sus piernas.

Aquella noche darían *Aventurera*, con Ninón Sevilla y Tito Junco. María luciría por tercera vez un vestidito similar al de Helena, el personaje que interpretaba Ninón Sevilla. Era un traje de cuadros verdes con rayitas negras; manga sisa y canesú que caía sobre su cadera, que terminaba en un trasero parado y duro. Llevaba también su cartera sobre y calzaba medias veladas color piel morena con unos zapatos tacón playa, de charol negro. Había limpiado con primor el lacito dorado que los decoraba. Era un traje que María se había mandado hacer con los ahorros de la venta de boletas en el Teatro Diana. Papullo, como apodaban al dueño del cine, era muy especial con ella y le sobaba la cabeza siempre que se encontraban, que era todas las noches y la llamaba "María Magdala, María Magdala, ¿esta noche también vas a chillar con la Ninón? Cuando tengas razones reales para llorar ya se te habrán acabado las lágrimas, cuidado me demandas por extinción del llanto". Y llevaba sus manos largas y color rapé hasta los bolsillos de su guayabera crema para sacar el paquete de Kent que encendía con la cajetilla de fósforos de madera El Rey. Entonces se acomodaba en primera fila. María Martínez lo miraba con la ternura de la gratitud, soltaba la risa y seguía contando los vueltos para no embolatarse en las cuentas.

Vería *Aventurera* con Fortunato, el novio, con quien se casaría en unos meses. Tenía veintiún años María Martínez. Él le cuidaba el puesto, ponía su sombrero en una de las sillas de hierro que estaban pegadas al piso para que los espectadores no las dañaran o se las llevaran. María estaba acosada cerrando cuentas. Envolvió los billetes de cinco, diez y veinte pesos en tres rollitos amarrados con caucho. Vació las monedas de la pana de galletas de soda y guardó las boletas sobadas por el sudor en el cajón de madera; y en su cartera sobre, la plata. Afuera, por la bocina se escuchaba la voz de Cuco Sánchez cantando "Piedras del campo":

Soy como el viento que corre
alrededor de este mundo,
anda entre muchos placeres,
anda entre muchos placeres,
pero no es suyo ninguno.
Soy como pájaro en jaula,

preso y hundido en tu amor.
Y aunque la jaula sea de oro,
y aunque la jaula sea de oro,
no deja de ser prisión.
Háblenme montes y valles,
grítenme piedras del campo,
cuándo habían visto en la vida
querer como estoy queriendo,
llorar como estoy llorando,
morir como estoy muriendo.

La sala estaba llena. Ninón Sevilla era arrasadora. Nadie se resistía al cumbanchá de sus caderas. Muchos hombres, entre ellos Fortunato, sufrían erecciones con solo verla moverse. Y las mujeres, entre ellas María, admiraban el desparpajo, el alebreste y el arresto con el que sedujo a Mario para vengarse de la madre de este que posaba de gran dama, pero no era sino la *madame* de elegantes prostíbulos en Ciudad de México y Ciudad Juárez. Helena Cervera, interpretada por Ninón Sevilla, fue prostituida por la que habría de ser su suegra. Pero antes padeció la frustración por el suicidio del padre debido al abandono de la esposa que además llevó a la pobre Helena casi a la mendicidad porque en todos los oficios que hacía —secretaria, camarera, empleada doméstica—, los patrones se la querían empacar.

Aquel público masculino y montuno de ron y camándula que veía *Aventurera* cuestionaba a la Helena envalentonada que no se dejaba de nadie, pero a la vez, en un contrasentido que los llenaba de preocupación, la admiraban apenas la veían mover sus caderas y posar con melancolía en aquel cabaré en el que María Martínez disfrutaba la canción *Aventurera* en la voz de Pedro Vargas. Así que cuando se fue a vivir con Adriana y esta ponía los sábados el equipo a todo timbal con la versión de Natalia Lafourcade, aquella melodía no era nada nuevo para ella. En cambio, removía su juventud y la noche aquella en la cual empezó a defender a la madre de Helena Cervera porque tuvo los ovarios para abandonar al marido, pues ella se había enamorado de otro. O cuando decía "qué berraquera la de Helena enfrentarse a su suegra, aunque Rosaura era una vieja de raca mandaca también… Miren que llevar esa doble vida, no, no, si perrenque es lo que les sobraba a esas mujeres…". Y Fortunato empuñaba

las manos y la miraba que se la quería tragar… “Ah sí, muy berraquitas la Helena y la Rosaura —le decía—, es que quieres coger ese camino de puta…porque putas es lo que son la Helena y la Rosaura…”, y María Martínez lo miraba sorprendida, pero enseguida se llenaba de bríos y le respondía, “no lo he pensado, pero viéndolo bien si se me aparece un galanazo como Mario, hasta sí”. Fortunato se levantó de la silla, le estrujó el brazo y le dio una cachetada que María Martínez esquivó, pero respondió sobre el hombro de Fortunato con su cartera sobre repleta de dinero. Corrió hacia la silletería de adelante y se hizo al lado de su comadre Raquel, a quien le dijo vuelta un manojo de nervios: “Comadre, Fortunato me va a pegar, me va a pegar…”. Su amiga de toda la vida, pequeñita como era, se le cuadró a Fortunato y le gritó en medio de los violines que se elevaban ante el fragor de la pelea de Helena y su suegra: “Ajá, ¿y a ti qué te pasa, Fortunato? ¿Es que crees que mi comadre Mayo está sola? Ve a que te lengüetee un sapo, ¡nojoda!”.

En la pantalla gigante la vida seguía su andar y Helena Cervera se enfrentaba al Rengo, el matón que le enviaba la despiadada Rosaura…

9
Vivir

Adriana estaba sentada de primera en la fila y cursaba segundo de bachillerato. La profesora dibujaba en el tablero unas trompas de Falopio y escogía con lentitud tizas de colores para explicar cómo este órgano funciona como un conducto que conecta a los ovarios con el útero. Adriana la escuchaba y sentía que una fila diminuta descendía por su cogote y desataba una piquiña desesperada que no se aliviaba con una rascada disimulada, por el contrario: en vez de prodigar placer, acrecentaba la picazón y el descenso desesperado de los diminutos seres que vivían el drama de las uñas de Adriana. Allá, en la mata de pelo, cientos de animalitos corrían despavoridos y Adriana sentía que la picazón no sólo ocurría en el cogote sino detrás de sus orejas, en esa parte que la profesora les había nombrado como occipital y en todo el parietal. La picazón estallaba como cientos de volcanes al tiempo y Adriana hubiera querido arrancarse el cuero de su cabeza, espolvorear con sus manos a cada diminuto animalillo hasta lograr un poco de paz. Pero era la primera de la fila y los ojos de la profesora, que ahora hablaba de los ovarios, se fijaban atentos en que la niña hubiera dibujado las trompas y que las flechitas que indicaban cada parte estuvieran preciosamente delineadas. Además, que el uniforme era color crema, cualquier movimiento exagerado de su cabello expulsaría hacia sus hombros puntitos negros en movimiento y detrás de ella estaba Piedad, su compañera más querida, y qué asco que ella viera aquel espectáculo que recorría sus hombros.

Adriana vivió los cuarenta y cinco minutos más largos de su vida y sintió que era mentira cuando sus oídos oyeron la campana que la enviaba al recreo y de ahí al baño. Cerró la puerta, bajó la tapa del inodoro, sacó un paño blanco y un peine de su maletín y empezó a peinarse de atrás hacia adelante hasta ver cómo caían

sobre la blancura del trapo aquellos animalillos que ella con furia destripaba y luego restregaba cada cadáver en la blanca extensión que seguía creciendo de acuerdo con el fragor que las peinadas de Adriana se autoprodigaba.

Los treinta minutos de descanso los pasó vengándose del mal que atormentaba su cabeza. Del mal que solo cesaba después de aquellas espulgadas con su peine verde, pero retornaba cuando el calor arreciaba y esto era todo el día. La cabellera que le llegaba hasta los omoplatos no contribuía a darle paz, si de ella dependiera ya estaría reducida hasta debajo de las orejas, pero "qué pelo tan bonito tienes", decían todos en el pueblo. Qué pelo tan bonito repetía hacia dentro Adriana mientras se rascaba las orillas de su cabeza con el temor vivo de que un día aquel animalero saliera despavorido de sus sienes y bajara en manada por sus hombros, descendiera al pecho, a la espalda, apresara sus manos y se desgajara como una escalera colgante hasta caer al piso. Y allí reunido, emprendiera de nuevo la subida hacia ella por los pies, las pantorrillas, las rodillas, los muslos y ya cubierta toda, verse con una cara similar a los animalillos ante el espejo que, aterrorizada, le pasaba su adorada amiga Piedad. Y entonces, horror de horrores, todos sus compañeros de curso huían de aquella Adriana monstruosa rascándose la cabeza porque los animalillos que la habían trocado en ellos enviaron un contingente a que capturara a sus amigos.

Recostada frente a su monareta en el dintel de la casa, Adriana tenía esa pesadilla que soñaba despierta a cualquier hora del día y de la que la despertó la imagen de María, que venía hacia ella con un peine, un paño blanco y una bomba de *flip* marca Baygón. Resignada, Adriana se dirigió hacia el patio y se sentó en un taburete con la cabeza hacia adelante como a quien van a decapitar. La madre tomó un pote plástico, llenó con agua un balde y empezó a empapar la mata de pelo de su hija. Luego destapó la botella de Baygón y llenó la bomba con que rociaba la casa todos los días con aquel líquido hediondo que removió con estruendo el estómago de Adriana. Como si el cabello de Adriana fuera un enjambre de mosquitos, la madre impávida le regó Baygón y luego masajeó por cinco minutos la cabeza de la vencida hija hasta que, según su experiencia, no quedara ningún animal de esos que provocaban la flaquencia de Adriana. Porque bien flaca que era. A esas alturas del ataque materno con Baygón,

la hija no se pertenecía y sus ojos desorbitados pugnaban por saltar de sus cuencas. Y faltaban quince minutos más de ese remedio que era peor que la enfermedad.

María Martínez caminó largo hasta la tienda y desprendió del cartón de especias guindadas en el armario, al lado del almanaque de Café Puro Almendra Tropical, cinco sobrecitos de manzanilla; puso a hervir la olleta en el fogón y echó el contenido de las bolsitas hasta que en el patio se entabló una guerra de olores: el hervor de la manzanilla llegó hasta la nariz de Adriana, infestada de Baygón, que justo en ese instante tuvo que correr hasta el baño y arrojar en el inodoro todo el desayuno disfrutado aquel sábado fatal de despioje.

La madre dispersa con los clientes de su tienda había olvidado a la hija sumisa que esperaba su regreso al patio para retirar de la cabeza aquel menjurje del diablo que estaba a punto de dejarla ciega. Pasados treinta minutos, llegó y coló el agua de manzanilla, la terció con agua fría de la tinaja y empezó a enjuagar la cabeza de la infeliz que se hallaba envuelta con un plástico y se sentía desvanecer con cada totumada que la madre le echaba en el cabello. Masajeaba como quien amasa la mezcla dulce de la gelatina de pata de res y con cada tirón, Adriana sentía que una parte de sus sesos se irían en las manos de la madre. Cuando la nariz de María Martínez percibía que había retirado el Baygón y en cambio el pelo de su hija olía a manzanilla seguía la segunda parte de aquel ritual de espulgue: un peine con dientes diminutos y terminados en puntas lacerantes rastrillaba el cuero cabelludo de la niña. La madre veía cómo salían los cadáveres de los animalitos y cómo algunos parecidos a unos toros miuras de las corralejas caían al trapo blanco, agonizantes, borrachos de Baygón aún, a los que procedía a atrapar con índice y pulgar y luego a destripar con las uñas de los pulgares. Mientras, el cuello de Adriana parecía que ahora sí se rasgaría. La niña, con la barbilla sobre el corazón y el rostro cubierto de pelo, veía a través de esa cortina negra cómo caía su cabeza sobre la tierra del patio y cómo sus ojos se convertían en un par de huevos blandos con la yema a punto de esparcirse por el plato blanco que era su rostro; huevos que clamaban a la madre que por favor recogiera la cabeza, que si acaso no veía que se acercaban las gallinas a picotearla y quedaría tuerta, ciega…

Cuando terminó el tortuoso despioje, María levantó la cabeza

de la hija, secó con una toalla esponjosa el cabello, sacudió el trapo con los cadáveres de los animalillos y la mandó a que se bañara toda con jabón de olor y champú y bálsamo Konzil. Adriana la miró extenuada, pero no replicó y se dirigió a cumplir la orden. La madre salió hacia la tienda y en su carrera gritaba "ya voy, ya voy, espere un momento", para evitar que el cliente se le fuera.

Aquella cura de burro dejaba profundamente atontada a Adriana, quien salía del baño más cadavérica que siempre y, a pesar del fogaje y la sofocación que amenazaba con bajar su débil tensión, caía fulminada en la hamaca, fundida en un sueño que ni la bulla de la tienda ni los gritos de la abuela interrumpían.

10
Caer

Aceptar que tal o cual ser a quien amamos puede morir nos lleva a cubrirnos de piadosas mentiras. ¿Qué es una piadosa mentira? ¿Un engaño conocido y aceptado? Una anestesia que compramos sin receta y que el farmaceuta nos vende sin reclamar la prescripción médica porque en este mundo revuelto ya no cuenta más el médico: todos nos autorrecetamos para vivir el menor desgaste: evitar sacar la cita para consulta, esperar a que la cita ocurra, esperar a que te asignen el examen que determinará el mal que te matará mientras mueres poco a poco en la sala de espera del especialista que te manda otro examen para estar seguros. ¿Seguros de qué? ¿De que morirás? ¿O de que tu empresa prestadora de salud te autorizará la orden para el siguiente examen? No, es mejor ir donde Juan Carlos, tu boticario, y allí él te regala una mentira piadosa, un placebo que al menos te calma, aunque sabes que morirás, pero bueno, sin tantas colas y humillaciones.

De ese presente que parece un mal sueño se intenta despertar como sea, tal como en una pesadilla que se sabe que no es una pesadilla y por eso se lucha por abrir los ojos, pero el cansancio físico es tal que obliga a mantenerte en el horror. Hasta que extenuada, por fin los ojos se abren para encontrarte en un apacible espacio y ante rostros sin dolor. O al menos eso crees. Porque la pesadilla sigue en lo que se ha llamado realidad. Pero ahora se han roto las fronteras como unas compuertas y te arrastran y te ahogan en el lugar que creíste seguro.

Así estaba Adriana cuando logró instalarla en un pasillo de aquel hospital tumultuoso del que de inmediato pensó que había que sacar a María. Olores interminables a gasa hedionda; sudores cocinados en los rostros y en los sobacos de aquellos seres que acompañaban a su familiar impedían pensar; atrapaban cualquier

intención de hallar salidas de aquel sitio a donde la gente enferma y moribunda llegaba dizque a agarrarse de la vida.

Adriana veía a tantos médicos y enfermeras en una alocada carrera que los mostraba siempre ocupados, siempre a punto de salvar a alguien, pero intuía sin atreverse a repetirlo que aquella puesta en escena se trataba de una farsa muy ensayada que los llevaba a ser expertos en postergar todo; en hacer que se hacía llenando documentos, negando la respuesta serena y fiable que aliviara la zozobra de los padecientes; proporcionando silencios o monosílabos a los familiares del futuro difunto. Y recordaba a su padrino médico allá en el pueblo: sonriente a pesar de asistir a un dolor que muchas veces no tenía centro ni cura; abrazado por la gratitud de los pacientes y sus familiares que jamás olvidarían cómo los ayudó a bien vivir o a bien morir en aquellas lejanías de las que nadie nunca intentaba escapar y a las que nadie quería arribar. Mi padrino médico, el compaíto de mi madre, ojalá estuviera aquí, pensaba Adriana, salvándolos con su solo maletín y esas manos grandes y suaves que igual recibían a un recién nacido, cerraban una herida, calzaban un hueso o aliviaban una fiebre y sacaban la pastilla para extinguir al empedernido vómito o abrazaban para dar el pésame porque no había nada que hacer, "debieron llamarme ayer, ustedes saben que vengo enseguida", decía casi tan abatido como la familia del enfermo que no había rapado a la muerte.

Al Hospital Universitario habían llegado a las siete de la mañana. Aquello era una realidad rota. Un Dios sordo parecía haber desacomodado todo: el silencio era un estado inexistente, la risa exiliada sin esperanza de retorno, las cejas de aquella muchedumbre inocente y confiada que no imaginaba que asistía al fin del mundo de su madre, o de su padre, o del hijo, o del sobrino. Los pasillos habían mutado en habitaciones portátiles que igual recibían a un anciano aferrado a que la vida le llegara por tubos y dextrosas, que a un niño de tres años a quien la madre sostenía con una mano y con la otra presionaba la mascarilla por la que el pequeño inhalaba el líquido que se suponía amainaría la congestión nasal. Pasaban médicos impecables luciendo uniformes de marca con peinados y manos inmaculadas. Enfermeras que gritaban, reían, repetían una y otra vez "Ay, yo no sé, señora, espere que llegue el médico"; y carritos atestados de comida que chocaban con el que recogía las sábanas

embarrotadas de deposiciones y orines. Un médico anciano traía tras de sí un reguero de médicos casi niños que tropezaban intentando escuchar la cátedra que entre dientes daba el maestro mientras tocaba con pudor y casi con asco a María: “Esta señora la trajeron esta mañana con una fractura de cadera. Su tensión está muy alta, hay una baja de potasio y un posible preinfarto. Presenta problemas respiratorios. No podemos hacer nada por su lesión hasta tanto no la estabilicemos. Pueden mirar las placas…”.

Así se enteró Adriana del estado de su madre. Y entendió entonces que ni el Dios de la María Martínez que se hallaba postrada y dormida en un sueño del que nadie la despertaba siquiera para darle de comer lograría acabar con ese viento de ineficacia y de desidia que se metía en aquel pabellón en donde filas y filas de camillas guardaban seres a la espera de un alivio o de la muerte.

Adriana no dormía y María no despertaba. Y qué se podía hacer: esperar. Adriana recordó un video que vio en un Taller de Narratología. Era una montaña forrada por capas y capas de nieve. De pronto, del lado izquierdo en el que había una vegetación que intentaba sobrevivir a pesar de la nieve, surgieron una osa y su osezno. Estaban en la mitad de la cuesta. Intentaban subir, pero el peso de la osa, la inclinación de la pendiente y la inexperiencia del osezno los llevaba hacia abajo. Si no lograban escalar les esperaba un riachuelo con piedras que veía caer el deshielo y en cuestión de minutos los congelaría o las piedras filosas les romperían la cabeza. Así que había que subir. La osa comenzó a escalar y al hacerlo se separó del hijo. El ascenso del cachorro iba con buen ritmo animado por el éxito de la madre, pero el pequeño se distrajo y el descuido le restó los tres metros que había ganado. La madre detuvo la subida y de pronto empezó a descender de forma suicida al verlo distraído y a punto de caer. Ambos, casi al borde del abismo, produjeron una tensión de casi veinte segundos en los que, como la vida, puede pasar nada o pasar lo peor. La madre echó una mirada al hijo y reinició la subida. Implacable, casi indiferente, como queriendo dar una lección infructuosa subía y subía con nuevos bríos como si no le importara el estancado y angustiado hijo que colgaba esperando quién sabe qué. Subía la madre sin voltear a mirar. Hasta que el osezno, lleno de pánico, con endeble brío, pudo dar una escalada.

El viento se lucía y parecía no querer un papel secundario. Así que arriba los árboles se doblaban con encono ayudando a una mayor peripecia del osezno que, intimidado por la lejanía de la madre, hizo de tripas corazón y dio una escalada y luego otra y otra. Cuando dio la tercera la osa estaba a punto de coronar y continuaba sin volverse. El hijo entonces subió como si le hubieran insuflado toda la energía hasta entonces extraviada. Al llegar a la cima, la madre estaba vigilante y sólo cuando el hijo trascendió la cuesta, ella lo prensó con sus mandíbulas y se fueron como si tal cosa.

Adriana creyó que así sería el desenlace de su pequeña tragedia. Creyó, sin embargo, que ella era la osa y su madre el osezno. Y se aferró a que María sacara la fortaleza del cachorro.

11
Volar

Salió del Teatro Diana antes del final de la película. Llegó a su casa que quedaba diagonal al cine, se puso la camisa de dormir y se entoldó. Parte de esa noche la empleó pensando en la manera de devolver la sortija que Fortunato le había regalado ocho meses antes, que era el tiempo que llevaban de amores. Qué tal, si eso intentó hacerle sin estar casados, cuando fuera su mujer la mataba. Que ni se lo imaginara, también creía Fortunato que los sapos sudaban y les daba pecueca.

La noche era fresca y la planta de luz que iluminaba al pueblo de seis de la tarde a doce de la noche ya estaba apagada. La capacidad inagotable para hallar el lado bueno de las penurias hacía decir a la gente que a partir de la una de la madrugada la temperatura bajaría y que sería fácil encontrar al sueño. María daba vueltas en la cama de tablas cubierta solo por una vaqueta fresca y una sábana de popelina. A través del toldo miraba hacia el altar el cuadro de las ánimas del purgatorio y creía que las llamas que las azotaban y las hacían más suplicantes se encontrarían con las del reluciente Corazón de Jesús hasta ocasionar un incendio que achicharraría a todo el santoral que sostenía a la madre. Le dieron las tres de la madrugada mirando la danza de las gitanas que decoraban el tubo de la lámpara que parecía albergar un sol diminuto siempre echando humo. En ese desvelo sentía que había un sol sepultado en su pecho, un hueco abierto por Fortunato que echaba escombros sobre el recuerdo de los ratos gratos que vivió a su lado.

A las cuatro de la mañana cantó un gallo en el patio. La madre de María hendía la leña para atizar el fogón. Las ollas empezaron a cantar también en un estrépito casi rítmico que los oídos recibían casi con alegría. La mujer iba y venía del fogón a la tinajera por el agua para el café. A poco, el olor del humo que

expelía el café tinto se metió por el toldo alborotando las tripas somnolientas de María, que apenas tenía media hora larga de sueño y unas ojeras como recién maquilladas. Decidió entonces pararse a las seis de la mañana pese a las plegarias iracundas de la madre para quien despertarse a esa hora era casi el advenimiento de un desastre.

A las siete se levantó porque el sueño le hizo un traspié. Estaba envalentonada contra todo miedo y con más rabia que al momento de salir corriendo del Teatro Diana. Por la claridad de que estaba provisto el día, María pensó que aquella luz sofocante era una afrenta a los ojos, y a esa hora recordó nuevamente a Fortunato. Lo miró desde sus adentros y sintió que algo en ella se desplomaba tal como se vienen abajo las casitas que intentan sobrevivir a las andanadas del río. Vio a Fortunato irse vuelto escombros río abajo de su amor y se dijo que lo que el río se llevó, así se tratara de la casa más preciada, bien ido era.

Pero Fortunato era la persistencia encarnada. A las nueve de la mañana llegó a la casa de María Martínez: taciturno, ojeroso, derrumbado, recién bañado, con el sombrero cubriendo sus testículos, con una actitud de pesadumbre que no logró mover un pelo de María, quien al verlo le entregó en una bolsa de papel de azúcar la sortija y le dijo que la dejara quieta, que hasta ahí llegaban, que con él ella no iría siquiera a la esquina. Fortunato apretó la boca y la mano que sostenía el sombrero e hizo como si no fuera con él. Recibió la bolsa con la sortija, se sentó en la puerta de la casa y le pidió un tinto que María no sirvió, pero sí lo hizo la destartalada madre con el pendenciero ánimo de contrariar a la hija.

No era posible estar más emputada. María había crecido con pocas oportunidades de demostrar su enojo. Padecía de un dolor en el pecho donde guardaba todos los descargos que deseaba gritar a la madre, a la hermana, al puñetero hermano nacido con las prerrogativas de ser el hombre de la casa sin más ni más que por tener dos huevos y una picha. Aquel hogar mal regentado por la madre que nunca terminó de sufrir por la ausencia de su Yebrail, el libanés ese tan santo, tan bueno, que en mala hora murió un día sin más allá y sin más acá. Y la dejó con tres hijos adolescentes y un almacén lleno de cortes de telas y deudas. María era la hija mayor y a quien el padre reverenciaba. Los otros dos, Marina y José, eran los inútiles, pensaba María, los que la

madre alcahueteaba hasta el más nimio deseo. Tuvo que aprovisionarse de recuerdos y de querencias del padre para resistir el desafecto de la madre que en la arbitraria disposición de oficios la había relegado a la cocina, mientras Marina cosía vestidos y José palomeaba calle arriba y calle abajo.

Fortunato no contó con una aliada menos propicia que la madre de María. Porque aquel afán de la mujer por que su hija volviera con el novio era una oportunidad de María para sacarse dos clavos con el mismo martillo. Y es que así como los conservadores entraban a las casas por la noche, se sentaban a horcajadas en los taburetes mientras la familia liberal temblaba ante lo que habría de ser: que se sacaran la picha y orinaran sobre las hijas y la señora, que, aun siendo la amiga de toda la vida, incluso la comadre, era humillada; que levantaran a puño y pata al jefe de la casa y luego le pasaran la macheta por el cuello…así el hermano de María la golpeaba, la escupía, le metía la traba para que cayera de bruces siempre que por ahí no estuviera la madre, que nunca creería la versión de la hija porque José era el hombrecito de la casa, el pechichón, el consentido, el ángel protector de esa mujerá que le dejó en mala hora el padre turco muerto cuando más lo necesitaba y la dejó viuda…porque, con cuánto encomio se acicalaba José luego del esfuerzo que hacía para maltratar a María; igual que los conservadores, siempre bien puestos, pulcros y camanduleros, incapaces con su cara de sacristanes de atribuirse las muertes que se echaban en las noches y en las madrugadas del dolor sin pausa. No sería esa madre que protegía la felicidad del hijo cruel, del José desalmado que consideraba aquellos ratos de maldad como los mejores momentos de su vida; no, no sería esa madre la que la convencería de perdonar a Fortunato.

Así que soportó al conjunto trasnocha puercos que en serenatas cantaba esa canción mexicana que el sufrido Fortunato mandaba a repetir hasta que Dagoberto, el vecino, le gritaba que no jodiera más, que dejara dormir: *Yo soy un feo, un feo que sabe amar con todo su corazón, que te quiere de verdad.* Y María sintió pesar por las flores que tuvieron que morir para que el sinvergüenza ese luchara por conseguir una redención que ella no le daría; y se fastidió con las insensatas visitas a las seis de la mañana justo cuando ella salía a barrer las hojas amarillas de los palos de almendro que daban sombra en la puerta de la casa

donde todas las tardes moría el sol; y los asedios inclementes como si él fuera la víctima mientras ella se alejaba envuelta en el sol del verano que espoleaba más su convicción de habitar los predios del rechazo.

Borracheras lloronas se pegaba Fortunato con su excuñado José, borracheras que la madre alcahueta cuidaba preparando caldo de gallina y Alka-Seltzer con agua mineral mientras María intentaba ocultarse en la cama ajustando el toldo a la vaqueta como si aquella transparencia la hiciera invulnerable a la cantaleta de la madre que la conminaba a salir a atender al novio. Pero se mantuvo. No había leído en ningún episodio de las historias de Corín Tellado que la heroína terminara con el gañán, sino con el galán, que, aunque la hubiera despreciado durante todo el folletín y creído las mentiras de la mala, finalmente se enteraba de la verdad y volvía a ser dulce y cariñoso con la sufrida amada. María sabía que la vida era solo una migaja de tiempo y no estaba dispuesta a vivirla al lado de un tipo que cada vez que ella quería decir pío, la aporreara con el voraz apetito de los tipos que sólo conocían por trato el despotismo de amenazas y golpes.

Entonces, se decía, para qué había servido repetir tantas veces el quinto de primaria y escuchar decir un día a la seño Leonilde que ya no hallaba más qué enseñarle, que mejor le ayudara a educar a los más pequeños. Así que bastante había vivido hasta entonces, mucha película había llorado, bastante cosida tenía la pulcritud de una pobreza digna para entrar mansa, en el redil de aquel lobo embaucador y aparentador. “No me caso contigo, Fortunato. No me caso y punto”.

12
Vivir

María Martínez palpaba con cierta preocupación un bulto que dolía al tacto de su seno izquierdo. Acababa de bañarse y estaba sudando nuevamente. Terminó de empolvarse, aplicó en cuello y muñecas su perfume Maderas de Oriente, se puso los sostenes, alisó nuevamente los pliegues que nacían en la falda plisada recién planchada, echó una sacudida al polvo de sus zapatos y salió a decir a Adriana que le echara un ojo al negocio. Adriana estaba en pantaloneta dándose onda en una mecedora a la espera de que el reloj de péndulo del señor Gómez diera las doce del día para alistarse, pues tenía clase en la jornada de la tarde. María caminó hacia la calle de La Estampa y llegó hasta el consultorio del doctor Acar Janne, padrino de bautismo de Adriana. El médico la saludó con afecto y le dijo a su comadre que lo esperara, que había tres pacientes adelante. Ella esperó en silencio y con disimulo palpaba el seno adolorido. Pensaba, sin saber el diagnóstico, que se avecinaba un viaje hacia Cartagena porque allá, según se decía, estaban los mejores médicos de la región. Pensaba en su negocio y la atormentaba la posibilidad de dejar a Adriana al cuidado de su madre o de Marina, la hermana que no podía con su existencia al frente de tres hijos que parecían unos gallinazos desplumados y voraces. Pero se aferraba al Corazón de Jesús y se encomendaba a él, así que dejó de palparse el seno y sacó la camándula que llevaba en el bolsillo y rezó el rosario mientras aguardaba el turno. Era miércoles, misterios gloriosos, el primero la resurrección del Señor, Gloria al padre, al hijo y al Espíritu Santo…

“No se ve muy bien este bultico, comadre —dijo el doctor Janne—. Lo mejor es que vaya hasta Cartagena y se haga unos exámenes detallados, usted me conoce, aquí no puedo hacer nada”. Resignada pero decidida, la madre de Adriana llegó a su

casa y fue hasta el escaparate a revisar sus ahorros, calculó que estaría unos seis meses en Cartagena en casa de unas primas y pensó que tendría que acogerse a los designios del Corazón de Jesús y trabajar un mes más para reunir la plata necesaria de su estancia y convalecencia en la lejana ciudad.

Habló con la hermana para que se quedara al frente del negocio y le echara un ojo a Adriana. Sabía que aquello era una petición que no tendría resonancia en Marina, pero lo intentó. Y fracasó porque intuía que tocar no es entrar, pero a veces la puerta se abre. Por eso tocó y nada. Fue entonces donde Mercedes y le suplicó que se quedara al frente del negocio y de la hija, que ella buscaba una señora que hiciera los oficios de la casa y estuviera pendiente de la madre. Mercedes aceptó. Mercedes era una mujer que tenía dos sueños esenciales: tener el pelo indio y un hijo —así no se casara— para no pasar en soledad su vejez. Vio aquel favor que le pedía María Martínez como una oportunidad de conseguir marido, pues a la tienda ubicada en la calle central llegaban hombres de todos los colores y pelambres. Así que dijo sí y desde ese día empezó en compañía de María a clasificar los precios de los productos para la venta: los cortes de tela guindados en las pitas de curricán; las blusas y polleras floreadas y lisas; las babuchas, los zapatos de cuero y abarcas; las escobas de paja y de plástico, los traperos; las lamparitas de gas; el valor de los medicamentos que vendía al menudeo: Mejoral, Desenfriolito, Cafiaspirinas, las pomaditas de colores para el pelo, las laticas de Vick VapoRub y de Mentolín; el Dolex, Buscapina, Redoxón, las pastillas Vick y Penetro; las cuchillas Gillette; el precio del cucharón de aceite y de la panela de hoja; de la libra de arroz, de maíz, de azúcar, de sal, del fríjol cabecita negra, los cigarrillos Pielroja, Marlboro, Hidalgo y Kent; el Café Puro Almendra Tropical; las espermas Virgen del Carmen, la caja de fósforos El Rey.

Luego pasaron a la revisión de los cuadernos de cuentas en los que se trepaba como araña la caligrafía preciosa de María con la que apuntaba las deudas de medio pueblo. Mucho tiempo después, cuando había muerto su madre, Adriana guardaba aquellos amarillentos y mohosos cuadernos y en cada nombre ahí escrito recordaba el rostro del paisano que llegaba a casa de su madre con la cara compungida a fiar para el desayuno, para el almuerzo, para la cena. Nunca vio que ninguno de aquellos

clientes se fuera de la tienda con las manos vacías o la zozobra de que la prole no tendría con qué alimentarse. Aquel negocio de su madre era pródigo en gratitudes y escaso en dinero. Y a Adriana aquello la emputaba. No entendía en qué consistía esa noción de felicidad de su madre de estarle regalando comida, ropa, enseres a cuanto conocido arrugara la cara para impostar dolor y reclamar misericordia. “La vida da muchas vueltas, mija, hoy estamos aquí, mañana no se sabe…”, le decía María Martínez.

*

María Martínez viajó con su seno adolorido y el miedo a morirse en la mirada un veintisiete de abril. Adriana quedó a merced de la abuela —que era decir de nadie— y de Mercedes —que era decir al desgaire—. Al garete quedó la niña con sus trece años locuaces y preocupada por la piojera que no la dejaba dormir ni vivir el día. Cuando el calor llovía, Adriana sentía que los cascos que tenía como uñas eran insuficientes para calmar la picazón. La abuela tenía claro que esa nieta no era su preferida y la dejaba estar. Apenas estaba pendiente de que comiera y se bañara, asunto que Adriana hacía muy a menudo para prodigarse alivio, peinar la larga cabellera y ver cómo aquel peine verde biche se ennegrecía con la alocada carrera de cientos de punticos con patas que huían intentando salvarse del desespero de la niña.

Un día Adriana salió enfurecida del baño porque la abuela con un palo de leña golpeaba la puerta de zinc y la exhortaba a que saliera rápido, que si era que se había privado, que si era que estaba muerta, que se apurara que ella tenía que obrar, que ya no podía con los retorcijones en el estómago. Adriana salió con la rabia triplicada porque apenas iba por la mitad del despioje y aquellas bestezuelas diminutas se habían alborotado al punto que la rasquiña alcanzaba un fragor y una angustia indecibles.

Como pudo se secó y sacudió la toallita que transformó en turbante y salió mirando con profundo odio a la abuela, que aprovechó para asestarle un leñazo en la espalda. Un leñazo: era tan fácil agarrar un palo de leña en aquella casa llena de ellos. María Martínez los vendía porque eran el combustible para los fogones de la mayoría de los paisanos. La casa era una especie de plaza de mercado encerrada a la cual tenía acceso medio pueblo que pagaba en la tienda y seguía derecho para el comedor a

escoger la leña seca, la que no estuviera verde porque entonces el fogón no prendía. Aquellos burros de leña quedaban en un desorden que cada día correspondía arreglar a Adriana.

El día que la abuela la hizo salir corriendo del baño le tocó ponerse rápido la pantaloneta y el suéter chino. La abuela gritaba desde el baño que arreglara la leña. Tuvo que subir a una escalera porque la cantidad de leña llegaba hasta el techo de zinc y colindaba con un estante de madera repleto de cajas que contenían cachivaches. Adriana tenía laceradas las manos por las astillitas que le nacían a cada uno de los interminables leños que debía acomodar. Y empezó a sangrar. Apoyó la pierna izquierda en la escalera de palo y aflojó la derecha mientras se sostenía en una de las cajas del estante con la mano herida. La caja no tenía peso por lo que a Adriana le entró la curiosidad por ver qué había en ella. Se estiró y olvidó de inmediato el eterno fastidio de la piojera que la aquejaba, para ahogar un grito y evitar el vómito de su corazón que pugnaba por salir: una boa de dos cabezas reposaba en la caja de cartón y Adriana tenía en su mano el pellejo que indicaba la mudanza de piel de aquel animal que se estremeció e hizo que Adriana cayera de espaldas en el piso, mientras la caja que servía de cuna a la culebra también caía en picada. La niña se paró como quien pisa tizones encendidos y huyó hacia la tienda gritando: “¡Una culebra, una culebra, una culebra!”.

13
Caer

Dormía como si estuviera aprovechando el padecimiento que tenía para recuperar todos los sueños atrasados en sus setenta y cinco años de vida. Adriana había adquirido un rostro siempre expectante, un rostro carente de esperanza, y se obligaba de manera espontánea a hacer ejercicios faciales para contener las lágrimas. Se había apoderado de ella un silencio de embarcadero sin embarcaciones. Ella sabía toda la buena suerte que traía a quienes la rodeaban, pero ahora su aura estaba tiznada. Se lo decía esa nueva manera de llorar hasta por ver hervir el agua. Habían pasado ocho días desde que María había caído enredada con los cables del televisor del cuarto de Pablo y su menstruación era un río incontenible que amenazaba con arrastrar sus entrañas hacia quién sabe dónde. Fuertes e intermitentes cólicos habían anidado en su bajo vientre y debía usar a diario toallas maternas, pues no era amiga de los tampones. Las ojeras se disimulaban con polvos compactos, pero las lágrimas impertérritas hacían su trabajo con rigor y encono.

María Martínez era continuamente revisada por las enfermeras, pero su tensión seguía muy alta. Las enfermeras: esos seres cansados y fastidiados de su oficio ante quienes debían inclinarse los familiares. Ángeles desalados que arrastran lo que les quedaba de intención de vuelo entre la mierda de los enfermos y las jeringuillas que postergan la estancia en aquel limbo con ínfulas de infierno. Adriana las veía como zombis cargar aparatos cableados para tomar pulsaciones; canastas plásticas desgastadas por la ineficiencia burocrática, llenas de pastillas y líquidos que iban a parar al río de sangre de los que yacían esperando sanación. Andaban siempre silenciosas al llegar a la camilla de turno. Temerosas de proferir siquiera una oración simple para evitar que el familiar del enfermo soltara su perorata

de inquietudes y de ignorancias sobre el estado del padeciente. Porque la ignorancia, la incertidumbre, eran el aire que se respiraba revuelto de orines y vómitos en aquel hospital. Había que ir con mucho tacto: si Adriana se mostraba mansa, se envalentonaban con ella y la humillaban; si muy conocedora, la ignoraban, porque seguro que esta es una riquita metida en este hospital que es casi de caridad, aunque se nombre el mejor de la región; si muy amable, abusaban de su generosidad e igual no obsequiaban respuestas a su inquietud… Eran una paleta de estados de ánimo aquellas mujeres a las que hacía cuatro meses no pagaban el sueldo. En mitad de aquellos seres descorazonados estaban Adriana y María Martínez, a quien mantenían sedada. Sin embargo, cuando abría un poco los ojos, miraba a la hija o a Pablo o a Johanna y no decía nada. Quien estuviera allí entonces le hablaba, le acariciaba la cabeza blanca y las copiosas cejas negras; la invitaba a comer siquiera dos cucharadas de sopa. Y entre cucharada y cucharada, Adriana sentía que se le averiaba la piel, la mirada, el corazón. Aceptar que tal o cual ser a quien amamos esté sumido en una penosa enfermedad. Aceptar que este o aquel ser no sea más que un enfermo entre cientos de enfermos. Aceptar que están en medio de una rifa en la que participan más de mil aspirantes, pero sólo habrá un ganador, es alimentarse de gotitas diarias de veneno creyendo ciegamente que se trata del antídoto al mal. “Tanta comprensión y sonrisas, mami, para tus amigas y para los que no lo eran, y ahora ninguna respuesta para ti. Y yo callada —pensaba Adriana—, vuelta un silencio asustado, dejando, mami, que te crucifiquen estas mujeres caricaturescas; tanto dolor, mami, tanto miedo, tanto imposible y yo sin hacer nada sino esperar y desesperarme y rogar que te mejores o te mueras, pero que cesara ya aquella inercia, aquel déjame estar, aquel desasosiego que no ayudaba a saber la diferencia entre vivir y morir”.

Al quinto día de estar en aquel pasillo en donde entre cama y cama no había sino treinta centímetros de espacio y en el que se podían contraer los padecimientos con los que no se había llegado al hospital, la enfermera jefa, una mujer gordita y pequeña con las uñas pintadas de rojo y encima del esmalte pepitas blancas como las de la falda para cantar y bailar sevillanas, dijo a Adriana que trasladarían a María a una sala más cómoda a ver si por fin se equilibraban los bajos niveles de

potasio de la señora, dijo levantando sus cejas pintadas con lápiz marrón. Mientras tanto, la cadera seguía averiada y sin ningún tratamiento que indicara la esperanza de una operación.

Había que poner pañales a María cada tres horas o cuando ella sintiera que había obrado. Aquel trance estaba en manos de la enfermera de turno con el familiar también de turno. María gritaba si no se movía con el cuidado necesario y Adriana, Pablo y Johanna apretaban los labios para soportar aquella escena en la que veían degradada a aquella mujer que hacía unos días estaba sana y soberbia, dispuesta a insultar a quien no hiciera su voluntad y no con mucha alegría, es cierto, pero al menos sonreía en aquel apartamento de Adriana al que María con una rabia contenida llamaba una cárcel sin rejas desde el mismo día en que se despidió de Abdala, uno de sus vecinos de toda la vida allá en Sacramento, negro mojino esta vez es para siempre ...cucaracho viejo…

“Déjate de eso, mami, qué para siempre ni qué nada, un día de estos te traigo y te pasas un mes acá”, le decía Adriana. Pero María era una mujer de decisiones inamovibles. Su catolicismo exacerbado la llevó a crecer como los árboles que tuvieron el infortunio de encontrarse con el aserrador: están de pie con la única aspiración de ser derribados. Pero también María Martínez era el jabón, el estropajo, siempre lista a disminuirse, a empequeñecerse para disolverse limpiando a quien la necesitara. Pero esa voluntad de ser el borrador que corregía los errores de los otros también había sido su decisión. Hasta perder debía ser su decisión como morirse de a poco encerrando su cuerpo en el apartamento de Adriana mientras su halo, su alma, su esencia única habitaba en la puerta, en la tienda, en el patio, frente al escaparate de su cuarto empolvándose el cuello y la cara de aquella casa levantada en duermevela con el dinero ganado sin haberle robado nunca un peso a nadie en aquel pueblo caliente que ella amaba más que a la misma Adriana y a su nieto, porque el pueblo era ella y sus decisiones. Adriana y su nieto eran solo un cumplimiento a la vida para no pasar sin dejar siquiera una sombra, ella que había sido luz para tantos.

14
Volar

Fortunato se atragantó de películas mexicanas, *westerns* gringos y cine español hasta que no pudo más. Veía pasar a María como una cabañuela de enero, como una suposición fantástica que pronostica el tiempo del amor. Fortunato se regía por las señales cariñosas que María le había prodigado los primeros meses de sus amores, o deduciéndolo de la observación de los detalles que ella tuvo con él; así como el cultivador de arroz vaticina las lluvias con la mera observación de la actitud de los primeros doce días del año, así Fortunato creyó que María llovería sobre la cosecha de su amor, pero ella podía si quería trastornar las lluvias y tornarse como un sol que seca toda espiga. Ella había echado sol sobre aquel amor florecido para que se chamuscara de tanta canícula y ahora estaba entregada a ser la telefonista del pueblo durante el día y a las seis de la tarde se transformaba en la taquillera del Teatro Diana.

Los días se dejaban ir en aquel permanecer que era la vida en el pueblo: sin afanes, con la pretensión de estar ahí, no se pensaba en tragedia alguna, ni en la muerte, vivir era eso: permanecer. El tiempo era un hacha colgada en un clavo del horcón de la cocina que muy poco se usaba, que no importaba. Esa hacha hacía de las suyas cuando ocurría la presencia de un difunto o de un nacimiento, de lo contrario el tiempo parecía no existir. María estaba siempre perfumada y empolvada como si estuviera lista para una fiesta. Sonreía sin mayor esfuerzo y se volvía transparente como un velo. Cada vez comprendía mejor que ese asunto de vivir consistía en dejar estar, no mezclarse con quien tuviera la palabra espesa y taciturna. Porque las estrellas eran leves, los ocasos aquellos que ella veía aparecer sentada en su mecedora a la espera de que cayera la noche eran leves; Bravonel, su perro, era una sombra leve que le bastaba echarse a

sus pies y esperar sin afanes que le sobara el lomo para irse a callejear y regresar justo cuando ella volvía del Teatro Diana para echarse nuevamente debajo de la cama, mientras María cerraba su noche acuñando el toldo en la fría vaqueta que cubría las tablas.

El teléfono de cable en casa de María la volvió un personaje indispensable para el pueblo y las veredas. De repente era una necesidad llamar a El Palomar, a La Ladera, a Zapata, a El Jobo, a El Pando, a Sucre, a Achí, a Guaranda. María conocía a todas las operadoras de la región y se reía con las historias que ellas le narraban mientras no había clientes a quien comunicar. Aquella central telefónica en que se convirtió la casa de María trajo solvencia económica al hogar sin padre y trajo también el amor de Lucho Germán Paniza a la vida de María. Un hombre bello, decía, ante quien Fortunato se le antojaba deslucido y pequeñito. Un hombre alto, de ojos azules y pelo rojo. Parecía un vikingo de esos que salían en las películas. “Tenía plata Lucho Germán y muchas mujeres lo perseguían, y a las que él no despreciaba, caimán de aguja que va rompiendo agua y nadie se da cuenta”, decía María. Pero así y con toda la fama de alborotado que tenía Lucho Germán, con la misma desidia y rigor con que se desencantó de Fortunato, María Martínez se tragó perdidamente de ese hombre bonito que le tenía pánico al sudor y siempre olía a colonia y tenía las manos secas y el pañuelo listo para que su rostro y cuello lucieran rozagantes. Fortunato fue un camino desviado que Lucho Germán se apresuró a enderezar y que María recibió para caminar por la certidumbre del gozo doloroso.

Sucedió una tarde a las cuatro, cuando él llegó a que lo comunicaran con un tío que vivía en Magangué. Quién diría que ese hombre tan cotidiano que María veía pasar por el camellón; quién diría que esa tarde cuando Lucho Germán se paró en la puerta de la casa de María y le entregó un cartoncito con el número de teléfono apuntado para que ella empezara a discar hasta que saliera la llamada; quién diría que ese hombre tan gigantesco, con esas manos inmensas pero suaves terminaría la llamada telefónica no sin antes decirle: “Te palpo, te toco, María, con las yemas de mis dedos y ya después de que eso pase te voy a querer y tú me vas a querer y entonces ya nada estará perdido, María Martínez”. Quién diría que, a ella, con todo lo jodida que era, se le reuniría el corazón en una bola que hubo de tragarse y

que al bajarle por la garganta le estrujaría la piel y la entrepierna para que sus ojos vieran por vez primera a Lucho Germán. “¿Será? ¿Será que sí? ¿Será que este es el hombre que no me va a dar un amor que está muerto como todos los amores de estos hombres de Sacramento que ya vienen muertos y enterrados y una no se da cuenta, sólo hasta que ya no se puede sino vivir con resignación al lado del cadáver?”.

15
Vivir

La vecindad llenó la casa, aquello era un asunto nunca visto, qué era ese engendro: ¡dos cabezas! Había que acabarlo primero y después traer al padre Víctor para que bendijera la casa, porque aquello era cosa de no creer. En medio de la bulla, el único útil fue el carpintero Dagoberto (que de milagro estaba sobrio) y trajo una horqueta y agarró al culebrón que ya cogía camino para el patio, único sitio donde la frescura reinaba. Ensartada en la horqueta de Dagoberto, la boa movía con fragor su cola y la espesa barriga que parecía guardar otros engendros tal vez similares a ella. Una de las cabezas agonizaba y la otra amenazaba a Dagoberto serpenteando la lengua ante el espectáculo de los alaridos desaforados de la pequeña multitud que invadía la casa.

Mientras la vecindad alborotada gritaba, rezaba, murmuraba, Adriana permanecía resguardada en la poca intimidad del cuarto que compartía con la abuela y con Mercedes, y antes de que su abuela la levantara a leñazos por imprudente, empezó a vestirse. Se puso un pantalón de canesú con cuadros rojos y blancos, "un mantel", decía muerta de risa la descarnada abuela, y un suéter chino con el rostro de Pedrito Fernández que elevaba su mentón para cantar seguramente *la de la mochila azul, la de ojitos dormilones*. Se puso unos tenis Croydon rojos y se subió en su monareta calle arriba.

Pasado el susto, su cabellera aún húmeda recibía el sol de las tres de la tarde. Entonces parecía que su cabeza se incendiaba porque la piojera arreciaba la picazón. Adriana conducía su monareta sosteniéndola con la mano derecha y con la otra se rascaba sin contención deseando llegar a su destino. En Guayabalito, el último barrio del pueblo, vivía su profesora de matemáticas. Cecilia se llamaba. Era negra y se alisaba el pelo

apretado y rebelde que insistía en desafiar a la gravedad creciendo hacia arriba y hacia los lados como un sol negro y chamuscado. Tenía una voz hermosa para los cantos de la iglesia, y en diciembre reunía a sus estudiantes en su casa para ensayar los villancicos: *Zagalillos del valle, venid/ pastorcillos del monte, llegad…* Sólo hasta cuando terminó el bachillerato Adriana supo qué era un zagalillo, pero su confusión fue superior a la necesidad de aclarar el término, un zagalillo era un libro, pero también podía ser un pastor joven, entonces qué era eso de llamar dos veces a un zagalillo (un pastor joven) y enseguida a un pastorcillo del monte, ¿acaso no era lo mismo? ¡Ay, cuánta confusión! ¡Y pensar que pasó más de quince años de su vida cantando aquello, sin saber que un oficio podía nombrarse de una, dos y hasta tres maneras en virtud de la poesía y del ritmo. Entonces no lo sabía!

Cuando llegó a casa de la seño Cecilia, ella estaba cortando una falda para coserla. Se bajó de la bicicleta y le dijo sin dar vueltas: "Seño Ceci, necesito que me corte todo el cabello así me deje cocorrita pelá". La seño Cecilia levantó la mirada de la mesa en que medía la tela, se quitó las gafas y le dijo:

—Niña, y qué son esas ocurrencias, tan bonito que tienes ese pelo.

—Bonito sí, pero con una piojera que no me deja la vida en paz.

La seño Cecilia, bajita, gordita y cariñosa, empezó a indagar con sus manos en la cabeza de Adriana, que no sabía qué era más grande, si el estado deplorable de su cabeza o la vergüenza del padecimiento ante aquel examen que hacía con sus suaves manos la seño Cecilia. "Muchacha, tienes la cabeza llena de granos y de liendres —dijo la seño Ceci con los ojos desbocados—. ¿Y si tu abuela sabe de esto qué vas a hacer? Porque Mayo no ha regresado de Cartagena". Adriana dijo que sí, que precisamente la abuela la había mandado. "Bueno, está bien, vamos a ver, espérame aquí". La seño Cecilia entró al cuarto y al poco tiempo regresó con tijera y capa en mano.

A Adriana se le quería salir el corazón presagiando en silencio el castigo que le esperaba. Pero prefería una leñera inmisericorde al suplicio eterno a que la tenían sometida aquellas bestias diminutas que estaban acabando con su sangre, con su tranquilidad y con su sueño. Y se sentó en la silla alta que tenía la seño Ceci para motilar. Veía cómo caían mechones de su

abundante cabello negro abrillantado por las liendres incrustadas en aquella lisura. Liendres barrigonas, prestas a estallar en infinidad de piojillos que reemplazarían a cada ejército dado de baja por el peine de Adriana. La seño Cecilia peinaba y veía cómo se desgranaban los insensibles animales y empezó a dolerle el pecho de solo imaginar la angustia de la niña. "Mija —le dijo—, quieres mejor que te ponga la Gillette, es que estás cundía…". "Dele, seño", dijo echando las tripas en el canasto la anonadada Adriana. Y la seño Cecilia empezó a afeitarle la cabeza, eso sí con mucho cuidado de no lesionar más aquella redondez bonita, pero llena de costras asediadas como islas por los piojos del demonio.

Cuando la motilada terminó, Adriana parecía un niño. La seño Cecilia soltó la carcajada y le embadurnó la cabeza, primero con champú, luego con enjuague. Por primera vez en mucho tiempo, Adriana supo lo que era ser feliz. Vio con melancolía el piso tapizado con su larga melena, pero enseguida sonrió porque la paz que sentía era el premio. No había más remedio. La seño Cecilia retiró la capa plástica, roció talco en el cuello, sacudió con un cepillo de cerdas y notó que aún en el cuello de Adriana retozaban impertinentes animalitos moribundos. "Carajo, cuánta pernicie la de esta piojera", pensó sin decirlo.

La niña experimentaba sensaciones desconocidas, era como si pudiera ver sin manchas a su alrededor. Era extraño no querer llevar las manos hasta la cabeza para calmar una picazón que había desaparecido. Era rotunda su paz. Era posible hablar sin tener el dedo corazón hurgando detrás de su oreja. La seño Cecilia la sacó de aquel nuevo estado con una frase que la preocupó: "Niña, se van a burlar de ti; estás segura de que tu abuela autorizó, bueno ya ni para qué pregunto, lo que fue, fue… Mira, te regalo esta gorra de florecitas mientras te vuelve a crecer el cabello".

Adriana agradeció y dijo que su mamá pagaría el corte cuando regresara de Cartagena. Qué va, deja así, acuérdate que eres la hija de Mayo.

Y a la hija de María parecía que le habían nacido alas cuando empezó a pedalear hacia su casa donde la esperaba la abuela que muy seguramente iba a vivir el sofoco de su vida, cuando viera llegar a esa nieta nefasta convertida en un machito cocorrita pelá.

16
Caer

Las piernas de mami —pensaba Adriana— siempre firmes y frente al cañón: al cañón-literal-de-la-balacera-cruzada entre guerrilleros y policías que atravesaban el pueblo desde Guayabalito hasta el Barrio Abajo de todo Sacramento. Carrera loca para que los policías se guarecieran en la estación forrada solamente con trincheras hechas de bultos de arena y afrecho de arroz. Relampaguean las piernas de mami, las piernas firmes de mami dispuestas a desplegar todo el desparpajo del mundo que impedía al corazón correr como puño loco por entre los sostenes y golpear con su sangre salida de madre al paraco armado sin pudor y con ostentación que le hacía la visita cada mes y se llevaba como vacuna parte de sus ganancias en la tienda.

Las piernas firmes de mami que escondían entre los pliegues plisados de su pollera el pavor a la muerte cuando recibía la puñetera mañosería del guerrillero que se cuadraba, como quien no quiere la cosa, en el pretil de la entrada a la tienda y con media sonrisa a lo bandido de cine, tratando de sostener el palillo con el que esculcaba la comida perdida entre la cerca de sus dientes, murmuraba: “Anímese pues, vecina, lléneme la talega, ombe, que la gente necesita comer, anímese pues, vecina, el mercadito para la causa”.

Las piernas de mami. Firmes y de pie subiendo y bajando los escalones de la casa-reino-del-orden-desordenado hasta llegar de nuevo a la sala con el temblor adentro y la firmeza de la piel tapándolo, como si vistiera en aquellos calores de las tres de la tarde unas medias veladas del valor para descender hasta la nevera de donde sacaba dos avenas y caminaba hasta la canasta de los panes por dos galletas de burro para alimentar a los policías que se sentaban a coger el fresco bajo los palos de pimientillo, mientras ella los agasajaba con el miedo regado en el

cuerpo con una, dos, tres avenas porque los lisos esos encima traían a la novia a tomar avena a donde la niña María que echaba ojo para ver que no estuviera por ahí un guerrillero viendo cómo atendía esta vez al tombo, al polocho que se carcajeaba con la boca llena y hacía lluvia de galleta desde su boca.

Mami, que también tenía piernas firmes al frente de la estufa de gas y de la eléctrica para no espabilar ni arrugarse frente al fogaje que botaba el caldero de avena o frente a la bullaranga de la licuadora cuyo ruido se enredaba con el torno sin silenciador de Dagoberto, el vecino carpintero; o frente a las botellas de gaseosas Postobón y Kola Román en las que envasaba ochenta avenas diariamente para después descender por los innumerables escalones que había en aquella casa en construcción, que tenía unos altos y bajos por los que nunca tropezó ni tuvo la más remota insinuación de caída porque aquella era una casa de la que ella conocía hasta el ratón y la cucaracha más escondida.

Las piernas de mami, firmes y ágiles: incansables para sostener la cadera y la sonrisa fingida ante el paraco que le palmeaba el hombro: "Quiubo pues, paisana, ya me tiene la platica, mire que los estamos cuidando de esos bandoleros-facinerosos-comunistas-hijueputas que quieren imponer su ley, quiubo pues que este mes le hago un descuentico, paisana"; y mami caminaba con sus piernas firmes y en silencio hacia el escaparate y abría con la lágrima a punto de caer (pero no caía, porque así era mami) los potes de Avena Quaker que usaba como alcancía para sustituir las paredes de boñiga por paredes de bloque y cemento. Y se descuadraba mami en las cuentas, y la tristeza merodeaba y el desánimo la hacía apretar los labios y fruncir las cejas frondosas que coronaban su rostro, pero sus piernas seguían firmes para despedir con cariño al paraco y seguir en la tienda vendiendo al menudeo para volver a llenar los potes a ver si por fin podía levantar la casa de material.

17
Volar

Esos amores de María y Lucho Germán recibieron también la cómplice oscuridad del Teatro Diana. Bajo la brisa de la noche, María aprovechaba los sustos vividos por los marineros en la Isla del Faro y recostaba su cabeza en el hombro de Lucho, que se sentía engreído y le sobaba con pericia el brazo y la cadera. Estaban viendo *King Kong vs. Godzilla*. No espabilaban, tenían la boca abierta y estaban apretaditos, como protegiéndose entre la oscuridad del teatro y la inmensidad del simio que tenía la particularidad de ser más grande, alcanzando de esa forma la altura de Godzilla, altura de Godzilla, el enorme dinosaurio mutante cuyos brazos conducían electricidad y atemorizaban a todo el país. María no sabía distinguir cuál alegría la hacía más feliz: si los abrazos de Lucho Germán o el deslumbramiento por ver la primera película a color. Había que derrotar a Godzilla y aquel simio traído por los japoneses sería la salvación. Pero la derrota de Godzilla se llevaría casi todo el país con cada puñetazo intercambiado con King Kong o con cada pisada para avanzar o retroceder. María pensaba en las familias que estaban viendo televisión o comiendo en cada apartamento de los edificios y que caían a causa de la pelea entre los dos monstruos. Y no evitaba evadirse de la batalla para lamentar tanta injusticia.

La noche en el Teatro Diana se perdía en una luz que no brillaba y en el aire inmóvil y pesado de los espectadores boquiabiertos acostumbrados a sufrir el dolor y la angustia de los personajes que aparecían en aquella pantalla gigantesca que fácilmente se desvanecía ante el descuido de Mañe Mico. Mañe, pequeño y peludo, cazcorvo, parecía más un gnomo que un mico, se embelesaba fumando cigarrillos y se asomaba por la ventana de la torre del Teatro Diana a ver pasar a Cleofe que le picaba el ojo, mientras daba la espalda al proyector trabado por su

descuido. Mañe Mico se ganaba chiflidos e hijueputazos y el privilegio de que le recordaran hasta el más lejano de sus antepasados: “Sácale el rabo, Mañe”, le gritaban.

Un repertorio elaborado de frases a punta de sentimientos guarecidos en la duradera ilusión de fortalecer un enamoramiento que estaba por venir invadía a María y a Lucho Germán. Ella conocía que los hombres eran una vaina espesa y vacía, que no dejaban dormir, y pocas veces ponían de buen humor a las mujeres. Pero habitaba un mundo en el que decir aquello podría ser perjudicial. Mejor lo pensaba y se mantenía alerta y se lo callaba. Decidió con cautela sucumbir a ese vacío que la llenaba y que se llamaba Lucho Germán. La madre, como siempre, renuente a cualquier decisión que medio hiciera sonreír a la hija, instaló la cantaleta desde que el día daba los buenos días. Experta en atormentar a todo aquel que diera señal de ser feliz, la madre de María perfeccionó el arte de hociquear con verdadera antipatía cada vez que Lucho Germán asomaba por su casa a hacer una llamada. Lo veía venir y sacudía la escoba, y sin disimulo la ponía detrás de la puerta. Cuando Lucho, cansado de intentar sostener una conversación con María, se iba, la madre insistía en que ese hombre malo la iba a dejar por ahí toda baboseada y preñada, que eso era lo que ella estaba buscando.

María pensaba que su madre pertenecía a una raza de gente maldita porque siempre estaba diciendo lo contrario de lo que en realidad pasaba. Cada insulto de la madre sembraba en ella unas infinitas ganas de llorar y de huir de aquella casa, como había hecho Libertad Lamarque en *Rosas blancas para mi hermana negra*, porque le gritaba que en qué cabeza cabía que ese hombre de plata, mono y ojiverde se iba a casar con una prieta como ella, que apenas si tenía para comer. Cómo la madre lastimaba a María era un secreto que ella atesoraba y no se permitía divulgar. La salmodia desquiciada invadía sus días y sirvió de acicate para que el apuro de querer a Lucho Germán creciera. Pero jamás le confió a nadie el fragor del amor y de la necesidad de quererlo a pesar de que alcanzaba a ver en él una luz que no brillaba y un aire pesado que particularmente a ella no le aliviaba sus deseos.

María se encerraba con Lucho Germán en casa de Carmen Teodora. Allí se amaban hasta donde ella le permitía y el hombre entendía que con María el asunto era con calma. La pareja pasaba la tarde de su encierro dándose onda durante horas en la hamaca

de aquel cuarto oloroso a naftalina. María acariciaba el cuello liso y colorado de Lucho Germán, se reía con esa carcajada que le hacía perder los ojos entre las cejas espesas heredadas del padre libanés cada vez que él la apretaba fuerte y le susurraba, "María, no me hallo, María, hoy no estoy en mí, María, por favor". Pero debía contentarse con lo que había: besos profundos y caricias alborotadoras que los dejaba a ambos acezantes y con ganas de terminar metidos la una dentro del otro y viceversa. La tarde empezaba a caer y los enamorados se despedían retozando en la hamaca y eran alertados por el grito de Carmen Teodora que a través de la cortina decía con voz domesticada por la alcahuetería: "Mayo, Lucho, ya es tarde…".

Caminaban por los pretiles del Barrio Abajo y se miraban con pudor cada vez que debían cruzar por las calles interrumpidas por callejones que a esa hora de la tarde recibían el aroma musical expelido de las puertas abiertas desde las que salían los gritos de las mujeres llamando a comer. Los miembros de la familia recibían el pocillo de agua de panela y el plato de peltre con la presa de carne, el arroz y las tajadas de plátano maduro para dispersarse por toda la casa. La casa toda era el comedor: comían frente al televisor, otros al pie del fogón y los más viejos en el patio llevando la cuchara a la boca con una mano y con la otra sacudiendo la mosquitera que estaba en su hora sabrosa. María y Lucho Germán sabían que durante aquella hora las calles estaban habitadas por la soledad porque en cada casa reinaba el apremio del hambre. Regresaban de su amoroso encierro a las seis y pico y en un claroscuro que desembocaba en la plaza se agarraban las manos, oteaban con susto la soledad de la plaza y se daban un beso a las carreras. Ahí partían camino. Ella se alisaba la blusa, la falda, el cabello. Ajustaba las barritas de gancho que impedían que algunas hebras del cabello se escaparan de detrás de las orejas y se secaba el bozo como queriendo borrar el olor de los besos de Lucho Germán.

A esa hora encontraba al hermano sentado en una mecedora esperando que Marina y la madre sirvieran la cena. Ella soportaba como si tuviera los oídos taponados el insulto de la madre que le gritaba que era una floja y vagabunda, que quién sabe dónde estaría mientras en la casa se le necesitaba para tanto oficio que había. El afecto, o quizás el desafecto, no requería esa reunión confusa de intereses distintos que era la familia que le

había correspondido habitar. Hacía ya tiempos que María tenía la certidumbre de contar tan solo con ella misma, sabía que los asuntos que le interesaban en la vida no guardaban relación alguna con el “déjame está que yo sé lo que hago” de su hermano; ni con las cosas son así porque ajá de su hermana; mucho menos con la actitud siempre tremendista de su madre, cuya norma de conducta era que las cosas son así y no así y punto. Y así y no así era como ella quería que fueran.

18
Vivir

Adriana entró por el lado de la tienda porque se percató de que Mercedes no estaba atendiendo, tal vez se hallaba en la cocina con su abuela. Pero no valía de nada que su entrada estuviera sin obstáculos porque la casa no tenía cuartos, ni puertas, ni intimidad. Así que más se demoraba ella en pasar a la única habitación de la casa que Mercedes y la abuela en verla llegar. En el cuarto donde dormía con su madre estaban las tres camas, cada una con su toldo para evitar que el mosquito cargara con sus carnes. Estaba también el escaparate metálico al que un día se le oxidaron las puertas corredizas y las gavetas se torcieron como si les hubieran echado ácido. Una vez oxidado, dañado se quedó como un buque anclado en mitad de las camas.

Al pie de la cama de María estaba el altar en cuyo centro se erigía la imagen del Corazón de Jesús, sobre el que Adriana había pegado una calcomanía de Heidi, la niña de los Alpes, que le había salido en un confite. Heidi en lugar de correr por la pradera parecía hacerlo por las nubes que rodeaban al mono ojiazul del que su abuela y su madre eran devotas. *Sagrado Corazón de Jesús/ en vos confío*. Cerca al gran cuadro del Corazón de Jesús se recostaba el de las ánimas del purgatorio que se quemaban sin salvación ante la impavidez e inclemencia de la Virgen del Carmen, que miraba ausente a la niña rubia vestida de blanco arropada por el fuego del infierno. Era improbable que la Virgen descendiera de su nube a rescatarla, pensaba Adriana, porque además cargaba al Divino Niño, que se notaba ya muy grandecito para estar en los brazos de la mamá. Vestido de rosadito, llevaba en cada mano un escapulario con la insignia de una cruz azul. Miraba al horizonte y a él también le eran indiferentes las nueve almas que se calcinaban y elevaban sus brazos para que los ángeles de alas gigantescas los rescataran de la candela.

Almas benditas del purgatorio, protéjanme, rezaba todas las noches la abuela y pasaba su mano por el fuego y el rostro de las padecientes como si las pobres ánimas ya no tuvieran suficientes problemas para encima salvarla a ella. A la izquierda del Corazón de Jesús se recostaba el cuadro de san Judas Tadeo. Un bollazo, se reía Adriana: erguido, blanco y con una barba bien recortada que lo hacía lucir divino. Portaba su cayado en la mano derecha y lucía un vestido blanco con verde y una lágrima de fuego iluminaba su sien. A él toda la familia le rezaba cada noche. Adriana y María repetían con la madre y abuela: *Muchos son los que te honran y te invocan en el mundo entero, como el patrón de los casos imposibles y de las causas desesperadas. Ruega por mí, que me siento tan impotente y solo*. En octubre nació María, en octubre nació Adriana y en octubre nació Juan Fernández Arango. Así que san Judas Tadeo, junto con el Corazón de Jesús y san José, el patrono de Sacramento, eran los preferidos de María y así lo estaba aprendiendo Adriana.

Pero ninguno de ellos salvó a Adriana de la limpia con pringamoza que le propinó la abuela cuando entró al cuarto y la vio sentada en la cama cual machito puerco y sucio. Parecía que la mujer iba con la presión tan alta que le hizo saltar los ojos de la cara. Agarró lo que primero encontró: un palo de escoba y no hubo Mercedes ni vecino que impidiera levantar a escobazos las costillas de Adriana. Después se la llevó para el patio arrastrándola y arrancó varias ramas de pringamoza y le dio por esas piernas hasta que los ojos le volvieron a la normalidad en aquellas cuencas incapaces de detener la ira que salía de ellos.

Adriana lloró y supo domesticar las palabras que pujaban por salir para injuriar la cara de palo de su abuela y la repelencia con la que acompañó cada golpe y varetazo en sus flacas piernas con aquella rama del tormento. Se las miró y recordó las de Cristo crucificado en Semana Santa. Intentó tragarse sus lágrimas, pero el ardor de la paliza impedía la dignidad de no llorar. En la delgada oscuridad de su cama recordó a su madre y lloró aún más al sentirla lejana. Odió a la abuela y odió la imposibilidad de sentirse querida por la madre de su madre. El pudor y la rabia de aquel llanto incontenible la hicieron dormir a esa hora del día, con el calor como un martillo que golpea en todo el cuerpo, mientras escuchaba a su abuela dándole con el manduco a la ropa enjabonada en la batea con el mismo fragor con el que minutos

antes la golpeaba.

*

María regresó de Cartagena después de cuatro meses. Le habían extirpado unos quistes que guardaba en el seno izquierdo. Llegó más limpia que la conciencia de los santos, solo con la plata de los pasajes y con un único regalo para Adriana: un suéter chino estampado con una imagen del grupo Menudo. Encontró a la hija más flaca que siempre y a la tienda casi en las tablas. Mercedes salió con unas cuentas largas y otras cortas; con los cuadernos atestados de deudas anotadas de manera desordenada y con los armarios desurtidos y cargados de telarañas y polvo. La abuela de Adriana recibió a la hija sin sacarse la calilla de la boca y le ofreció una sonrisa apurada. María miró a su madre y no se mosqueó por el indiferente recibimiento. Cuántos días de sus años la había visto pulir su indiferencia, acicalar su desdén, perfeccionar la desidia hacia aquella hija que la había hecho quedar tan mal ante el pueblo y ante Dios, que eran el mismo asunto. María la miraba aún con el cansancio del viaje en su vestido y deseaba gritarle: "Hablemos, mami, sin trampas ni sermones; deshazte de tu papel de víctima y de mártir. Las dos somos iguales, estamos solas. Podemos llorar juntas, pelear juntas, reír juntas de las injusticias de la vida y también de los días que no pasan y se empozan en este pueblo en el que, a pesar de toda la dosis de culpa que me echas a diario, me quieren y me necesitan. ¿No los ves, mami? ¿No ves cómo sufren cuando me enfermo y me doy las únicas vacaciones que me permito? Ven, mami, mira que yo no vivo sino por ti, por Adriana y por servirle a esta gente de Sacramento que me hace sentir útil y viva. No te fijas que solo tú recuerdas al cachaco Juan, que ya eso es historia patria, que no me volví a casar porque hombre como ese en dónde encuentra uno; que no me interesa salir a parrandear, que no me gusta descansar porque ya vendrá la muerte y me dará todo el tiempo del mundo para hacerlo. Porque al final qué es la vida si uno se la pasa pensando en descansar. No, mami, aquí estoy contigo y con Adriana, pendiente de las pastillas Artensol cuarenta miligramos para que no se te suba la presión; aquí están siempre tus calillas, tu ropa, tu agua tibia para que te bañes, ven, hablemos".

Pero no, ni María era capaz de decirlo, ni la madre prestaba oídos para semejante pendejada.

19
Caer

La nueva sala en la que ubicaron a María Martínez daba un poco de sosiego a Adriana. La cama de su madre estaba en un pabellón con un asomo de privacidad brindado por cortinas plásticas que simulaban una pequeña habitación. A la derecha de aquel esbozo de habitación mínima, una mujer rubia, de nombre Lydia Camacho, yacía amarrada de sus muñecas a la cama y permanecía sedada. Cuando abría los ojos sucedía que sonreía y la enfermera de turno aprovechaba para embutirle más pastillas que la mandaban a dormir nuevamente. Tendría unos cuarenta y cinco años y a pesar de la postración conservaba una boca con el labio superior carnoso y unos ojos adornados por unas cejas negras delineadas con cuidado. Los pómulos suaves tenían la altura exacta para no aparecer ni levantados ni aplanados. Era bella Lydia. Sus manos amarradas también. Las uñas aún conservaban el cuidado de una manicura hecha con constancia y sin mayores esfuerzos por parecer bellas porque lo eran, así no estuvieran cuidadas. Sus pechos sin sostenes se negaban a caer y asomaban por el camisón que la cubría unos pezones redondos y en pugna por mantenerse erectos. Soltaba una risita ingenua cuando la movían para cambiar las sábanas y su pañal. Casi nunca la visitaban y cuando se acercaba otra mujer, Lydia no se daba por enterada. Soledad se llamaba la mujer que la visitaba y desde que llegaba no hacía sino excusarse porque a ella le quedaba muy difícil cuidar los dos hijos de la pobre Lydia y encima cuidar a la enferma; que ella sabía que su pobre hermana Lydia estaba mejor cuidada ahí en el hospital, que qué podía hacer con esos arrebatos de Lydia, al menos aquí la alimentaban y le daban los medicamentos porque con qué tiempo ella podía ir a la EPS a buscar la orden para las medicinas, ahí se le iba toda la mañana y esos muchachitos solos, ja, y a veces la hacían venir al

día siguiente porque no alcanzaban a despachar al montón de gente que reclamaba tantos medicamentos… no, su hermana estaba mejor ahí, aunque pobrecita, ella la veía cada vez más ida… pero bueno, qué se podía hacer, así es la vida…

Adriana la oía y trataba de no ser descortés, pero le daba la espalda intentando ocultar aquel rosario doloroso a María Martínez que también dormía y dormía. A la izquierda estaba la señora Hilda con su hija Stella que la cuidaba y tenía la risa siempre floreciéndole, Adriana no entendía cómo hacía Stella para fabricar y sostener su risa y buen estado de ánimo y se cuestionaba la cobardía que a ella la invadía. Hilda iba por la cuarta cirugía para intentar destapar su estómago. La pobre mujer no podía recibir alimentos por la boca pues su esófago estaba cerrado. Stella tenía una colección de tubitos llenos de algodón con sabores distintos para pasarlos por los labios a la desesperada madre que, en la cúspide de la ansiedad, se los comía. Adriana cerraba la cortina que presentaba como una escena de Brueghel la derrota humana ante la enfermedad y entonces lloraba por su madre, lloraba por Lydia y lloraba por Hilda y por todos los otros enfermos que tenía al frente de aquel pabellón.

Diagonal a la cama que ocupaba María estaba Yadira. Flaca, desnutrida, sin dientes. Su delgadez no requería símil alguno para ser descrita, era extrema y había vuelto su piel negra de lo pegada que estaba a los huesos. Rompía el camisón que la cubría con la mano que le quedaba libre de atadura. En aquel ambiente infestado por el aire acondicionado, Yadira pasaba largas horas desnuda sólo cubierta con el pañal desechable. A veces quedaba guindada a la cama de la pierna y la mano que permanecía amarrada. Ese malabarismo incómodo no era impedimento para que cesaran sus gritos y la petición de comida. Llamaba a alguien de nombre Sergio y las enfermeras iban, venían y hacían chistes, “tu novio aún no ha llegado, Yadira, aguántate, a ver, mujer, deja la bulla que ahorita entra y te trae flores”. “Comida, comida, comida, comida, comida, comida”, decía Yadira en una salmodia infinita que apretaba el alma de Adriana y despertaba a María, quien con la lengua empelotada alcanzaba a balbucear “ay, hombe, denle algo de comer a esa pobre mujer, ve a comprarle algo, nena”, conminaba a Adriana. Y volvía a dormir.

Adriana miraba a Yadira, miraba a su madre, miraba a Lydia, miraba a Hilda y pensaba en las reservas de alegría acumuladas

para los tiempos en que el dolor aparecería en forma de madre convertida en hija extraviada, entre el delirio producido por el sufrimiento que partiría cada hueso de su cuerpo acostumbrado a nunca estarse quieto, a no permitirse un descanso. Porque no existía la palabra "descanso" en el transcurrir de María Martínez. ¿Vivir? No. Vivir no es el verbo que escenifica la vida, es andar, es trabajar, es moverse sin jamás descansar. Para qué descansar, ese estado no existe. Ni siquiera cuando María dormía descansaba porque el dolor en las piernas y en la cadera le quitaba una o dos horas de sueño; entonces, durante la vigilia aprovechaba para organizar en su cabeza los abonos a cada comerciante que le surtía la tienda.

El trabajo era el dique que contenía el vendaval de la vida de María. Era su vida, no la conversación, ni el sentarse a chacharear con la primera que se presentara a comprar. El trabajo daba forma a sus días. Hablaba mientras vendía una libra de azúcar y dos papeletas de café. Reía mientras pesaba dos libras de queso y empacaba tres bollos de arroz con queso. Se enteraba de quién se sacaba a vivir a quién mientras ofrecía los cortes de tela para que la clienta mandara a coser una falda o una blusa. Pensaba mientras anotaba en el cuaderno los fiaos que hacía a sus amigos maestros de escuela. Escuchaba *Mochuelo pico e maíz/ de ojos negros brillantinos/ sí, como mi amor por ti/ entre más viejo más fino*, mientras llenaba la nevera de botellas de avena, Pony Malta y gaseosas Postobón, hasta altas horas de la noche. No trabajaba con el fin de terminar el oficio que hacía y luego descansar, no; el trabajo era algo que podía durar para siempre.

Descansar para María era una forma de morir. Ahora estaba tirada en una cama sin trabajar, entonces vivía una no vida.

20
Volar

La luz de los días de María Martínez estaba enredada entre los silencios con los que combatía la altanería de su madre y su hermano José y el malestar que empezaba a llenarla por la mermada insistencia que notaba en Lucho Germán de no sostener el amor que hasta entonces los unía. María los vio venir, a Lucho Germán y a su desdén. Los vio venir y alcanzó a entender el disimulo con el que se lo brindaba. A ella le pareció absurdo que, con solo un año de quererse, él empezara a tejer el fastidio con la misma dedicación que había tejido el amor, mientras ella adobaba su querencia y aspiraba a conservarla hasta que san Juan agachara el dedo.

Pero tenía bastante fortaleza acumulada por los sinsabores que alimentaban su vida en la familia que le correspondió. Le pareció absurdo e incluso le causaba pena ajena ver a Lucho Germán inventándole excusas insulsas para no ir a cine con ella. Le producía ternura ver la ingenuidad con la que no encontraba las palabras y se embolataba tratando de armar un cuento chimbo para no encontrarse donde Carmen Teodora.

Se sentaba a ver la película de la noche. Se sentaba sola y recordaba. Nunca sintió rabia por el desdén de él, era un desconcierto el que se había aposentado en su mirada y en su piel. La evidencia de que algo se escapó de sus manos y que ya no podía volver a armar, así como el plato de loza que había caído justo encima de la piedra que sobresalía en el piso de tierra del lavadero de trastos. Cómo arreglarlo, a la basura iba a dar.

Con los días, el rumor le llegó con el peso de lo cierto. Lucho Germán andaba encaprichado con Lisandra. Tan encaprichado que hasta se hablaba de matrimonio. María Martínez lo supo y se le erizaron los vellos del cuello hasta volverse un dolor palpitante, pero silencioso. Tan grande como su desazón era la

cantaleta de la madre solazada en el cumplimiento de su vaticinio y empeñada en perfeccionar el arte de escoger las palabras-sal para la herida de María. Estaba también la perrata del hermano el día del acontecimiento cuando María salió del cine y se sentó en la puerta de la casa a escuchar los voladores y la banda de música que festejaba la felicidad de los recién casados que bailarían hasta el otro día al ritmo de "El mochilero", que Pedro Laza tenía pegao en las emisoras. No se permitió una lágrima porque sabía de la banalidad de los sueños imposibles y bastantes películas había llorado para ignorar a estas alturas que la dicha es una visita que no se queda muchas horas y que sólo aparece para sobrellevar el espanto de la vida. Pero siguió viviéndola porque le gustaba mucho vivir. Le gustaba el calor atosigante del amanecer, de la media mañana, de la hora del almuerzo, de la hora del burro, de la hora del mosquito, de las diez de la noche. Le gustaba esa dejadez del que solo espera la brisita tenue de la noche como una esperanza para comprobar que no todo estaba perdido y ahora en la hora del desdén, le gustaba estar convencida de la sabiduría del encono que cargaba cada frase de su hermana. Su intransigente hermana empotrada en los pedales de la Singer para sostener a los dos hijos que le había dejado el marido que se fue sin dejar rastro dizque a trabajar a San Cristóbal, Venezuela:

—Está bueno que no lo llores. Los hombres no saben sino cagarse en los pantalones y salpicar con su mierda a la primera que encuentran.

María continuó su vida porque le gustaba mucho vivir: con Fortunato, sin Fortunato; con Lucho Germán, sin sus arrumacos. Se dedicó aquella noche larga del matrimonio de él con Lisandra a leer fotonovelas atrasadas que tenía en la cabecera de la cama y se durmió entre las lágrimas de Juana Iris, las suyas y los solos de clarinete de Pedro Laza y sus pelayeros, la banda que había contratado Lucho Germán para la parranda de su matrimonio con Lisandra.

Para María no amaneció sino hasta el tercer día que duró el festejo. Esos días en que corrían el ron y la cerveza en la calle de La Estampa, María los pasó como en duermevela. La madre extasiada en proferir insultos, mientras los vecinos se cuidaban hasta de tararear en su presencia aquel porro llamado "El iguano", que Pedro Laza puso de moda junto con *Cebú y Pelayo*. Como si ella no los tuviera metidos en la mente, en el cerebro, en

la piel. Como si el guapirreo de los festejantes no atravesara la calle, el patio. Como si no ascendiera por los palos de mango y de guayaba y se enconchara en cada rama para que la brisa oficiara su labor propagadora y aquellos porros dejaran sus notas salidas del redoblante, del clarinete, de la trompeta con sordina que Pedro Laza había puesto de moda. La música se empozaba en su mirada que pretendía ser serena. Al tercer día del festejo no había necesidad de que le detallaran lo que pasaba al otro lado de la calle en aquel matrimonio que Lucho Germán sacó de la manga de su camisa de perro infiel y caprichoso al que no le alcanzaba el pecho y la picha para querer con arrebato a cada próximo nuevo amor.

María supo que la gente seguía comiendo y parrandeando en la casa de los padres de Lisandra y que los novios se habían ido a comer su luna y su miel a Cartagena. Así que con su pan se lo coman, pensó y empezó a echar merthiolate y cloranfenicol a esa herida que esperaba secar en cuestión de días. Porque bien sabía que hasta donde llovió, hizo barro.

21
Vivir

María tuvo que pedir fiado a los paisas de la calle de La Estampa para montar la tienda de nuevo. Adriana se sentaba a cuidar los armarios vacíos y aprovechaba el paso de Juancho Perico con la carretilla de naranjas dulces para comprar una media docena. Le pedía que pelara tres porque se extasiaba mirando la destreza de Juancho en el corte de cada pedacito de la corteza. Tenía un reloj Casio con el que contabilizaba los segundos que Perico empleaba en cada naranja: cuarenta y siete segundos y ni una herida para la naranja, mucho menos para los dedos índice y pulgar que sentían pasar el filo de la champeta. La naranja surgía desnuda de su vestido verde y ahora era blanca en las manos bicolor de Juancho Perico, que en la palma surgían amarillas y al voltearlas descubrían un dorso prieto: manos de Juancho Perico, listas para partir la naranja en dos y llevarla a la boca hasta volverla una faldita libre de la pulpa. Las otras tres naranjas que Adriana pedía a Perico que no pelara se las guardaba a María, que regresaba cargada de bolsas para surtir los armarios y las pitas que se extendían de un extremo a otro de la destartalada tienda. Adriana le pedía a María que la dejara pelar las naranjas y emprendía el trabajo opuesto al que hacía Juancho Perico: ella no ambicionaba superar su agilidad y velocidad, lo de ella era la lentitud para no herir a la naranja y lograr sacar la cáscara cual si fuera una falda completa que iría a tenderse en la hornilla del fogón hasta secarse y luego a la ollita de su abuela para preparar tomas que aliviaban la soltura y la llenura de estómago.

Como quien arma una partida de dominó, María Martínez surtió su tienda nuevamente. A Adriana le había crecido el cabello y empezó a sentir que la vida se le iba intentando obrar. Pero más era la fuerza que hacían sus codos aprisionando las rodillas y el sudor que manaba en aquel baño de zinc y sin ducha,

con la alberca siempre llena para bañarse a totumadas, que el excremento que salía de su estreñido colon.

María Martínez, entregada a su tienda, no dejó de darse cuenta de que Adriana demoraba mucho en el baño y al salir su rostro era un verdadero espectáculo del dolor. “Pareces una Magdalena”, le decía. Adriana la miraba y se llevaba las manos al estómago. María preguntaba: “¿Pudiste?”. Adriana, que tenía constreñidas hasta las palabras, empuñaba los labios y negaba con la cabeza.

Los actos piadosos que constituían la vida de María Martínez en ese hacer por el solo premio que traía consigo lo realizado impidió que reclamara a Mercedes la irresponsabilidad de fiarle a medio pueblo y no anotar los fiados en el cuaderno. La dejó estar y sólo le alcanzó la rabia para decirle: “Pareces cachaca de lo mala gente que te portaste conmigo, Mercedes, porque tú sabías que yo regresaba de Cartagena más limpia que el culito del Niño Dios”. Mercedes no dijo nada y por el contrario le entregó una lista con los artículos que necesitaba para el mercado. María le quitó con brusquedad el papel y empezó a despacharlos en silencio. En esas estaba cuando llegó Ida María buscando cigarrillos y, entre un pedido y otro, a María se le pasó la rabia con Mercedes y la mujer se fue con el saco cargado de alimentos fiados en medio de un ambiente cuyo aire estaba saturado con la fría tensión de la amistad fracturada. María sentía más culpa por la desvergüenza de la que hacía gala Mercedes que por ser la víctima de la sinvergüencería. Compadecía la incapacidad de Mercedes de ser honesta, de sostener su palabra y resistir el apremio de calmar sus necesidades a costa del desmantelamiento de la tienda de ella, María Martínez, su amiga de toda la vida que tanto le había servido. Se entristecía y pensaba: “Por eso es que nunca tienen nada, porque lo que por agua viene por agua se va”. Estaba vuelta un bulto repleto de tácitas justificaciones y misericordias para exculpar a su amiga Mercedes y terminaba dejando todo a Dios, tarde o temprano ella recibirá su castigo, se decía.

Dos meses después de aquel día en que Mercedes se empleó con encono en resarcir su imagen ante la entristecida María, la resistencia serena dio paso a la misericordia y se volvió a condoler de la mujer que con marrullería consiguió que le siguiera fiando todos los días como antes de estafarla, tan solo

con un abono incipiente que hizo extenderse dos hojas de lado y lado al cuentón contraído desde antes de comprometerse a cuidar de manera cachureta la tienda de su amiga.

22
Caer

Dieciocho días llevaba María en aquel pabellón esperando una sala de cuidados intensivos que la resguardara luego de la cirugía que debían practicar a su cadera rota. Adriana tuvo que contratar a una enfermera que la acompañara en las noches porque no confiaba en las que allí deambulaban. Eran días turbios. El dolor en sus variadas representaciones era quien mandaba sobre la vida de Pablo, Johanna y Adriana. A Pablo se le había detenido su estar universitario como si una mano gigantesca hubiera oprimido el control y hubiera cambiado el canal a una película dramática de tensión prolongada e incierta. Y era esta una estancia vital que lo hizo evocar el tiempo en el que su madre había abandonado a su padre y él había llorado tanto que era imposible pensar que un niño de cuatro años pudiera sufrir con tal certidumbre y empeño.

El de Adriana era un dolor en su espíritu cuyos síntomas físicos eran la persistencia de la duda, de la inquietud, de una desesperación sin límites que la hizo aumentar de peso. Un desaforado apetito nocturno contrastaba con la inapetencia que sufría en el día. Las nalgas empezaron a crecer más y su cintura a diluirse y a verse envuelta de un grueso cinturón de llantas repletas de grasa. Los brazos delgados de Adriana comenzaron a inflarse y el ala de murciélago parecía la de un hipopótamo volador. Se agitaba cuando caminaba de prisa y empezó a padecer celulitis cutánea que disminuyó su movilidad. Un sábado a mediodía se disponía a pasar la tarde con su madre y la pierna derecha se negó a sostener su obeso cuerpo: estaba pesando ochenta y tres kilogramos. No pudo salir del baño y Johanna la encontró acalorada y adolorida. Llamaron al servicio médico a domicilio mientras Adriana pujaba por caminar hacia la sala apoyada del brazo de Johanna. Cuando Adriana logró sentarse,

ambas notaron que una especie de sarpullido recorría como un mapa su pierna. Iniciaba desde el tobillo y proseguía su camino hasta recubrir casi todo el gemelo. Aquella mancha rosada casi escarlata picaba al tacto e inmovilizaba a Adriana. Su pierna era un fardo difícil de manejar por el dolor. El médico llegó una hora después del llamado. Examinó a Adriana. Determinó que la tensión estaba muy alta y que aquel brote en la pierna era celulitis ocasionada tal vez por un golpe, por el roce con alguna superficie infectada o un pequeño trombo formado debido a fallas de circulación, les explicaba el médico sin dedicarles una mirada. "Tiene que cuidarse, señora, porque su tensión está muy alta, le recomiendo controlarla dos veces al día durante una semana y acudir a una cita prioritaria para que empiece a medicarse". Y le recetó ejercicio, mejorar la alimentación y llevar una vida serena y tranquila. Adriana empuñó la boca mientras levantaba las cejas para mirar a Johanna. Ambas sabían que no existía la esperanza de vivir como aconsejaba el médico. Bien adherida al fondo de la caja estaba la esperanza y libres y al garete transitaban los males, las desgracias, los infortunios, los engaños.

*

Adriana dudaba de todos los médicos, esos púberes que andaban pegados al móvil y al computador y que más parecían amanuenses eternos que llenaban y llenaban informes dirigidos a quién sabe quién. Su dolor era una duda ante los actos mecánicos de la enfermera, que desconocía el sufrimiento de su madre rota cuando cambiaban el pañal ahíto de mierda. Era una inquietud su dolor y un desespero al escuchar cómo reaccionaba María, cómo despertaba de su letargo y gritaba ante los movimientos bruscos de la mujer vestida de blanco y de desdén. Su dolor era desconfianza otra vez, cuando el médico le repetía entre dientes el mismo diagnóstico. "La señora tiene el potasio bajo, sufrió un preinfarto, tiene la cadera rota a la altura del fémur, no podemos operarla hasta que el hospital disponga de una unidad de cuidados intensivos, mire a ver cómo hace porque aquí corre el peligro de contraer una bacteria". Su dolor entonces se tornaba en angustia y desesperación cuando no podía evitar las lágrimas y casi suplicaba a la amiga de toda la vida, esposa de un senador de la república que, por favor, la ayudara como pudiera a sacar a su

madre de aquel sitio. Su dolor entonces era humillación cuando, con voz serena y pausada, la amiga que oficiaba como la poeta más reconocida de la ciudad le decía que si en sus manos estuviera lo haría, pero qué va, “Adriana, no podemos hacer nada, la cosa con la salud está enredada y Luis Eugenio no tiene tanto poder como crees, lo están siguiendo de cerca y no podemos ayudarte en estos momentos, espera a ver mañana…”. Cuando Milena pronunciaba la palabra mañana, Adriana recordaba cuando su madre llegaba emputada con el candidato por el que sus amigas le pedían el voto, ja, y que mañana tendremos acueducto, mañana luz todo el día, ¿mañana pa’qué? Hagan hoy, digan hoy, den hoy, y se sentaba a la orilla de su puerta a sacudirse los mosquitos en aquel Sacramento, pueblo de su querencia.

Con Milena tenía una relación como de calma chicha. Adriana entendía sus silencios y cambios de humor cuando se hablaba de alguna infamia palpable en la Argentina donde se crio Milena. Pero se le enturbiaba la bilis al percatarse de que su amiga justificaba aquel orden que llevó al mar a convertirse en un cementerio. Era un cariño manchado con trozos de inconformidad que pugnaban por salir para enrostrar a Milena aquella historia que Adriana consideraba ignominiosa. Pero no se atrevían, ni Milena a defender su cuestionada historia, ni Adriana a erigirse como el adalid de los justos. Se guardaban sus opiniones para defender la amistad sostenida en tardes felices de cine y de Virginia Woolf. Hacían como si no existiera la grieta que las separaba y amenazaba con tragar aquella amistad necesaria para ambas por el afecto extraño que se profesaban. Un afecto con todos los defectos, como un volcán bello pero peligroso que más temprano que tarde eructaría provocando con su vómito quién sabe cuánta mortandad.

Un día, en el éxtasis del dolor, Adriana llamó a Milena pese a que ella le había sacado el cuerpo con el cuento de que su marido tenía que protegerse y que, si estuviera en sus manos “Adriana, tú crees que no haría algo, pero imagínate, la cosa está dura y Luis Eugenio se cuida mucho”. Pero Adriana abrazó la humillación y le lloró sin pudor a través del celular mientras Milena sólo escuchaba.

Milena era una mujer que había encontrado en Luis Eugenio la manera de tener una vida cómoda y llena de lujos, que ante los

ojos de la ciudad se mantenían ocultos con la prudencia propia de quien usufructúa un privilegio por el que no ha trabajado. Había mucha turbulencia en sus gestos elegantes y moderados. Adriana presentía que de un momento a otro iba a huir de su marido y se iba a declarar partidaria real de los justos del mundo, pero no. Milena publicaba en Facebook apoyo a todas las luchas por el maltrato a los indefensos toros y perros; protestaba y denunciaba la perversidad de Minesa, que hacía desplazar el páramo hacia el abismo hasta volverlo un punto infinito de la nada. Milena lucía su cultura musical y poética y nadie podía imaginar el desmedro que ejercía para interferir con contundencia en las causas que decía defender. Lucía su cultura musical y poética, pero a la hora de ayudar de tú a tú a dos o tres a los que no les corriera la sangre familiar se declaraba diplomáticamente impedida.

Padecía lo que Adriana llamaba el síndrome de Françoise. Adriana conoció a Françoise en la novela *Por la parte de Swann*. Su percepción de Françoise, la criada de la tía Octave, era la de un ser que manifestaba un respeto casi tierno por las clases altas a las que servía. Françoise se sentía agradecida hasta las lágrimas por la emoción que le generaba que su vida, sus dichas y desdichas, pudieran ser de interés o motivo de tristeza y alegría para otros seres, y más si eran sus amos. Fluía en ella —aunque no lo expresara— una velada certeza de sentirse por encima de las otras criadas que servían a la familia.

Françoise era adusta y rígida, pero desmoronaba su adustez y se volvía suspiros entristecidos cuando escuchaba hablar de una desgracia acaecida a un desconocido, aunque este habitara un país lejano a su lugar de residencia. Admiraba a su ama por su elegante manera de prescindir de las visitas y por el exquisito régimen con el que estructuraba su vida: la señora Octave pugnaba siempre por que la compadecieran por sus padecimientos, pero que no faltara la consecuente frase de tranquilidad sobre su futuro. Esto es, un equilibrio entre el buen vivir y la perspectiva que había algo en su salud que no funcionaba bien. Y Françoise era garante de que así sucediera.

Sin embargo, había el riesgo de que Françoise (pese a prestar atención de manera casi devota al menor detalle de la caprichosa tía Octave) desarrollara un odio hacia su ama. Y es que Françoise, a solas, cuando sacrificaba a los animales para preparar los alimentos, se ensañaba con sevicia en los pobres pollos que se

aferraban a la vida mientras ella hundía el cuchillo hasta verlos expirar. En esas escenas surgía esa Françoise que nada tenía que ver con la lacrimosa que padecía el dolor por la humanidad desgraciada.

Era ella un ser que se preocupaba por sus parientes siempre que estuvieran lejos. Narra Proust: “Me di cuenta de que, aparte de sus parientes, los seres humanos despertaban más su piedad con sus desgracias cuanto más alejados vivían de ella”. Françoise podía derramar torrentes de lágrimas ante la desgracia de una persona sobre la que había leído en el periódico, pero ¡ay! de que la desgraciada cobrara materialidad y cercanía, de inmediato surgía la indiferencia que rayaba incluso en el desdén. Así Milena ante la adversidad que afrontaba su amiga Adriana.

Pero Milena era la amiga a la que Adriana le aceptaba que dijera que no había tal infamia en el general Videla, por ejemplo, porque la amaba como sólo Adriana amaba a la gente a quien le dedicaba horas de su vida. Y en las horas de cine que compartían, echaba en saco roto la postura de su amiga que callaba cuando Adriana mencionaba, atribulada, la larga lista de muertes que día a día enturbiaban los caminos y el alma del país que las dos habitaban, hechos que ya se habían convertido en una costumbre noticiosa.

Alejada de Adriana porque siempre postergaba sus visitas a la madre enferma, Milena enviaba a buzón los llamados de la amiga. Adriana entendió que no había desgracia peor que la mentira escenificada en la evasiva y el fastidio que ciertos seres nos proporcionan. Pensó que era peor que una mina quiebrapatas, porque tú sabes que esa cosecha maléfica está ahí y que si te arriesgas a caminar por ese sembrado puedes morir, hay una certeza trágica, pero sabes que caminas hacia la muerte. Mientras la mentira es un camino sinuoso, gelatinoso por lo ambiguo; que pinta de gris el ahora pero luego de amarillo las mismas palabras. Estar al lado de un mentiroso, como decía Montaigne, es tener por compañía a un desmemoriado, tantas veces ha mentido que pierde la cuenta de la próxima nueva falacia. Es lamentable el mentiroso porque en el fondo sus reiteradas mentiras son una vana esperanza, una íntima necesidad de querer cumplir lo que dicen sus palabras enfrentadas a la imposibilidad de hacerlas verdad. El silencio y el rostro austero que fingen una alcurnia que está muy lejos de

poseer es la apariencia preferida del mentiroso. En este caso, la mentirosa calla para que no le pidan, para que la respeten, para fundar la muralla de la desconfianza, para defender a fuerza de ojos impertérritos su apatía que en el fondo es un desdén hacia los humillados y ofendidos, pero a la vez un deseo de solidaridad que quisiera hacer realidad. Debía ser fatigante escenificar a un mentiroso, o a una mentirosa. Así Milena en la vida de Adriana, un naufragio en la orilla.

23
Volar

Había aprendido de aquella lección de desdén impartida con experticia por Lucho Germán que cuando los deseos no se cumplen, se transformaban en frustración y entonces se vio obligada a vivir una vida diferente a la que deseó para no caer en ese pozo. Sabía que a Lucho Germán había que convertirlo en un sitio de referencia y no en un lugar de residencia. Así como el campesino que aguardaba las lluvias de abril para que el arroz y el millo despuntaran y soltaran el amarillo que habría de recubrir al grano para ser luego afrecho, pero ve llegar, en reemplazo de la bondadosa lluvia, aguaceros de sol que vuelven vana la semilla porque no aguanta la prueba del mortero y se transforma en harina mala y nula para ser cocinada y servida humeante, extendida en la hoja de bijao con yuca y suero a la hora del almuerzo; así el deseo de María hacia Lucho Germán se volvía vano, incipiente, polvo insulso incapaz de ser grano nutricio y aliviador del hambre.

María sabía que, aunque pasada la luna de miel tuviera que verlo los domingos en misa con su esposa, en la KZ del dieciséis de julio, en la tambora de diciembre. Aunque se lo encontrara en la calle de La Estampa haciendo las compras, sería el tiempo, imparable y demoledor, que lo haría asumir ante ella un papel secundario, casi de escenografía en el paisaje de Sacramento, de donde María no pretendía salir nunca. Ella debía aprender a sentirlo con el ardor que ocasiona la sal en la herida y solazarse con esa tortura hasta que un día brotara la costra que la cicatrizara. Debía esperar que emergieran muchas Marías: Primero, la María desdeñada; después, la María silenciosa de mirada torva que deseaba que recayera sobre aquella pareja todo el mal posible; con el paso de los días, una María fastidiada de sentir rabia, deseosa de abrir la puerta de la impasibilidad hasta

ver, sin mosquearse, a aquel hombre contonearse con la esposa como quien ve en una escena de Corín Tellado a los enamorados alejarse en un final feliz que se concentra en la última página del folletín que ella leía entretenida y que, por supuesto, añoraba. Sí, la añoranza de que aquel hombre ahora era para ella un personaje más de sus queridos folletines y películas.

*

No había afán en María por que pasara lo increíble en sus días, estos con solo transcurrir eran una fortuna. Estar viva, perfumada, empolvada y sin dolencias del cuerpo era todo lo que ambicionaba. La risa, que desde hacía tiempo desplegaba como un acto inherente a su ser así como se adhiere la noche a las sombras, creaba en ella un habitar plácido, como si la amenaza de la madre turbia no existiera. Lucho Germán era un ser de humo que con el paso de los días ni siquiera tos le producía. Aprovechó todas las películas de María Félix que empezaban a llegar a Sacramento para reír, rabiar y, cómo no, llorar por las bravuconadas de la Doña.

Ahora era también la telefonista de Sacramento y su fama, cimentada en la construcción de puentes por donde se trasladaban las conversaciones y urgencias de los moradores de Sacramento con el nuevo invento del teléfono que superaba en alivio al lacónico y demorado telegrama. Las tristezas, las urgencias, las alegrías, las banalidades de los pueblerinos eran de conocimiento público y María era la guardiana de ellos. Más historias para habitar el mundo. Más historias para olvidar la propia, que con el paso del viento se escabullía y la hacía querer más a sus vecinos que tenían vidas más elocuentes que la de ella. Aquellos seres que con solo respirar el mismo aire amarraban un lazo de fraternidad hasta convertirse en sus reales querencias. Allí estaba su vecina Ida María, alta, morena, con las cejas más pobladas que una calle a la hora de la novena del patrono san José y la altivez para llevar el cigarrillo Kent de sus dedos largos a sus labios de descendiente árabe, soportando la molicie que le brindaba Dagoberto, el marido carpintero, que había logrado un descenso a la degradación mayor del espacio llamado casa, transformando el cuchitril donde vivían en una bodega de palos, maderas, sillas, escaparates, camas, mecedoras a medio hacer que

no tenía planeado entregar a los clientes que habían pagado por adelantado. No era posible, pensaba María, que aquella mujer tan bella, tan llena de esplendor con las únicas piernas peludas hermosas que ella había visto en mujer alguna a pesar de tanta película que había vivido en su vida, amara a aquel gañán. Pero ella permanecía entregada a los dos fogoncitos Esso que dejaban la sopa y el arroz hediondos a gas. Comiendo chipichipi frito todos los días porque nunca alcanzaban los pesos para el bastimento y la carne de res o las pechugas de pollo guisada para que aquella salsa también adobara el bocado de yuca y café con leche para el desayuno. Entregada al cigarrillo y vistiendo batas anchas como si todo el día fuera de noche para andar en camisa de dormir, pero no, era que el baño estaba a medio hacer y ella decidió no pasar más sustos orinando de pie sobre una poza que el marido había cavado mientras completaba aquel medio inodoro, aquella medio puerta de lona mugrosa y peligrosa porque usar el baño implicaba estar atenta a que los sobrinos no se les diera por ir a orinar cuando ella estaba en la taza fumando los cigarrillos que compraba con la plata que le prestaba a María Martínez.

Dos tejas de Eternit (de eternas porque no había vendaval que las rompiera), que dejaban colar el sol o las ramas del mango de la casa de María, dormían y danzaban con la brisa justo encima del baño de Ida María Janne. Aquel palo de mango que se levantaba como catedral del sabor y desplegaba alegría sonriendo a la creciente y les enseñó la geometría de la luz. Pero cuando estaba taqueado de mangos de azúcar y de hilaza parecía inclinarse a besar la tierra o se mostraba en él la intención de eructar el dulcísimo cargamento, dejarlo regado y la madre de María trajera la totuma y los recogiera para venderlos a las vecinas, porque el tamaño de la mezquindad de la señora era semejante al de la cantidad de rosarios que rezaba todos los días a la Virgen del Carmen. En ese vuelo de la rama a la tierra la fruta no respetaba a nadie y caía en la cabeza del que tuviera la desdicha de estar debajo de la rama. Ida María Janne recogía los que guindaban de las ramas que caían en su medio baño, pero también recibió más de una vez la reprimenda de la fruta que la hacía decir: “Uy, María, casi me escalabran los vergajos mangos que caen hacia el lado mío”.

Poco a poco el arte de hacer bellezas con la madera se

degeneró por la pendencia y la amargura que habitaba a Dagoberto. Ida María Janne debía justificar con el credo en la boca, con el susto empelotándole la lengua, a todo el que llegaba a buscar su mueble; y enseguida se empeñaba en que desocupara la casa antes de que llegara Dagoberto. Cuando el cliente porfiaba por quedarse y Dagoberto aparecía despidiendo sudor oloroso a ron se lo comía a golpes porque seguro que era uno de los mozos de Ida María y si el cliente le salía general, y le respondía con una lluvia de trompadas terminaba desquitándose con Ida María.

Para María Martínez el mundo de Sacramento se descubrió como quien abre una puerta que había estado clausurada. No lo sabía ella, pero las derrotas y alegrías de sus vecinos empezaron a ser de su incumbencia; empezaron a ser el sostén de su vida, la razón de la renovación de su mermada existencia y el inicio del entierro de las cenizas de Lucho Germán en las que ella —apresurada a veces, serena otras— se empleaba sin saberlo. Porque construir cenizas tiene su ciencia; así como como se levantan las ruinas hasta convertirse en una belleza inmortal, igual con las cenizas había que trabajar, aunque no se percatara de la inmensidad de su empresa, pensaba María. Porque, se decía, mirando la agria vida que llevaba Ida María Janne: Lo que no muere es como si no hubiera nacido. Ambas estaban en un limbo sostenido por el maltrato de Dagoberto y el reciente desdén de Lucho Germán. Y había que transitar hacia cualquier lugar, así se tratara de un renovado infierno.

Fue por ese tiempo que a su hermano José le tocó sacarse a vivir a Everlides, una de las hijas de Hipólito Ravelo y Elsa Alemán, de las llamadas familias de bien que, sin embargo, dirigían sus vidas con la rudeza de los puños para solucionar todo lo que les estorbara. Nunca habían cambiado su papel en el teatro de su vida porque no era lo acostumbrado, en el teatro llamado Sacramento a ellos les correspondía ser los ricos finqueros tomadores de whisky con hermanas que comandaban la Congregación de la Hijas de María y para quienes no había en el pueblo hombre que las mereciera. Ellas eran felices con su boca apretada y su andar simple como el sabor del icaco, y se les iba el día en aprobar o desaprobar a cada holgazán o vagabunda que a su leal entender ofendía a dios y a la Santísima Virgen del Carmen. Esas mujeres, Casilda y Nicolasa, antes amigas de María Martínez, se declararon de un día para otro enemigas

encarnizadas de ella desde que José embarazó a Everlides y hubo que ayudar a sostenerla.

La casa se poblaba de las intrigas sólo vividas en el Teatro Diana, y María Martínez se reprochaba situar en el centro de su mundo a Lucho Germán y creer con lágrimas dolorosas que él era su porción de cielo en la tierra, cuando había infiernitos prendidos a su alrededor. Empezó a interesarse por la dolencia de la mirada de Ida María sosteniendo a Dagoberto con aquellas manos que poseían la suavidad y la pericia para tejer y coser en la máquina Singer; o para preparar carruzos de coco y arequipes empolvados con harina como nadie hacía en Sacramento. No bastaban las lágrimas y aventuras lloradas y reídas en el Teatro Diana y en los libros de Corín Tellado, ahora la vida en carne y hueso, con sus olores, sabores palpables, manoseables estaba ante ella. Estaba también cada historia gritada a través del teléfono que ahora administraba y que aumentaba sus ahorros para ayudar al hermano que no se había querido mudar con la novia embarazada.

Entre Ida María, el hermano, las historias del teléfono y la llegada a aquel pueblo inefable de las películas de María Félix, María Martínez empezó a hacer de Lucho Germán un puñado de ceniza que habría de lanzar al Mojana, una ruina memorable, se decía, pero ruina al fin y al cabo.

24
Vivir

Edgardo y Belinda eran una pareja de paisas que habían emigrado de Ituango huyendo al plomo que no los dejaba dormir. Viajaron con sus dos hijos pequeños hasta Nechí y de ahí subieron a una chalupa que los llevó al puerto sobre el río Cauca donde estaba el pueblo de Guaranda. Después se apretujaron con petates e hijos en una Suzuki que los condujo por una carretera destapada hasta que llegaron a Sacramento: desvencijados, la piel amarilla por el polvo que los cubría; con la mirada cargada de furia, con la tierra entre las uñas, con el bramido agonizante del ternero en los oídos, con los dos pequeños hijos llenos de hambre, pero silenciados aún por el pavor y la desconfianza. Edgardo traía la rabia contenida en el brazo izquierdo que cubría el hombro de su mujer y el derecho que cargaba un morral y una maleta. Cuando llegaron a la incipiente tienda de María Martínez, Belinda y Edgardo rápidamente maquillaron su derrota con la marrullería propia de quien sabe desde niño que, a punta de palabras graciosas, de gracejos que provoquen la carcajada a quien los oiga, se podía tener al mundo en el bolsillo por muy persistentes y hediondas que fueran las pérdidas.

Compraron cuatro avenas y dos bolsas de pan de sal y pidieron a María que los orientara para encontrar una pieza donde pasar la noche. María llamó a Adriana y le dijo que se quedara atendiendo y los llevó a donde Pablo Luis Choperena, quien tenía una vivienda de dos cuartos con una cocineta de gas propano, dos camas y un comedorcito.

Alquilaron la pieza para los cuatro en la calle de La Estampa. Colindaba con el patio de María Martínez. Por la cerca, María hablaba con Belinda y así se enteró de la deteriorada existencia que traían. Belinda le mostró las cicatrices que guardaba a la altura del fémur de la pierna izquierda porque la guerrilla casi la

deja inválida un día que invadieron la casa buscando a Edgardo porque dizque era ayudante de los paracos, que esa generosidad no era exclusiva para ellos, que seguro así trataban a los asesinos esos. María la escuchaba y parecía que las dos mujeres sincronizaban sus lágrimas porque más tardaba Belinda en quebrársele la voz que María en ver resbalar gordas lágrimas de sus ojos.

Edgardo amaba a su mujer y a sus hijos con la misma intensidad del dolor que lo horadaba cada vez que recordaba la parcela y las cabezas de ganado que debió dejar atrás. Miraba a Belinda hablar con María y ante aquella imagen que parecía un inicio de algo, una pieza diminuta para recomponer el rompecabezas de su vida, la dureza y el ánimo de desquite que no lo dejaba estar y que maquillaba con zalamerías para ocultar el desbarajuste de su alma, daba paso por un rato a la aparición de aquel hombre que una vez creyó que la vida solo era esperar los soles rojos de los que hablaba León de Greiff y que él recitaba a sus hijos mientras comían a la seis de la tarde la arepita con el chocolate: *Cambio mi vida —al fiado— por una fábrica de crepúsculos/ (con arreboles)* y empezó a ser sincera la querencia por la amistad simple y generosa que aquella vecina les ofrecía. No dudó entonces en empezar a abrirle un hueco en su maltrecho ser a María Martínez, quien sin mayor interés de hacer lo que ella llamaba "el bien" se esmeraba por pasar a través de la cerca y con disimulo para no ofender la dignidad de sus vecinos, que la bolsa de sal, que la papeleta de café, que el cucharón de leche, que la ollita de sopa, que la libra de arroz y de fríjol cabecita negra, que la botellita de aceite, que la libra de ñame, que los *shorts* en buen estado que ya no usaba Adriana. Edgardo las miraba y le decía:

—Doña María, yo me voy a levantar y esto que usted hace por la familia no se me va a olvidar.

—Tranquilo, Edgardo, Dios proveerá.

María también se estaba levantando apenas de la quiebra propinada por el viaje a Cartagena y el robo descarado de Mercedes, pero tenía la certidumbre que ayudar a otros era una forma de trabajar por ella misma. La madre, siempre predispuesta, miraba con malos ojos y peores insultos lo manisuelta que era María, la insensata costumbre de sacarse la comida de la boca para ofrecerla a unos cachacos que quién sabe qué habrían hecho por allá y por eso estaban huyendo vaya una a

saber de qué. “Acuérdate —le decía— de que son la mata de la ingratitud, son malos esos cachacos, el día menos pensado levantan el jopo y se van”. Mientras la perorata impregnaba la cocina, María servía unos bolillos de yuca con queso y café con leche a Anatilde, su antigua empleada en San José, que habitaba un presente sumido en la miseria y el abandono de los hijos que no veían la hora que aquel hilillo frágil y endeble se rompiera para siempre. Parecía que aquel diario desayuno que María le obsequiaba ahora que le pesaban sus ochenta y tres años la mantenía con vida, o tal vez se trataba de que María Martínez, con quien había pasado años de abundancia en la finca que entre las dos organizaban, fue siempre la primera persona, junto con su marido, que le brindó la grata emoción de sentir que su vida, sus tristezas y venturas de mujer pobre podían presentar interés, ser causa de tristeza o de felicidad para otra persona. Así que María Martínez, con la tienda a medio hacer, con Adriana creciendo y con la madre que regaba todos los días la flor del encono y del fastidio hacia aquella hija que trajo otra boca a la casa, no le prestaba ni cinco centavos de ayuda sino a su hijo José a quien había que tenerle el almuerzo listo porque él le puso casa a Everlides, la hizo parir cinco hijos, pero no había querido salir de la casa materna para no tener que darle para el mercado a la esposa que desde siempre despreció. De eso se encargaban María, la hermana y ella, que se la pasaba pegada al fogón haciendo caballitos de calabaza, cocadas, gallitos de caramelo, merengues, dulces de arroz, arropillas y turrones, cuyos ingredientes compraba María y su madre ponía a vender en la misma tienda sin cobrarle el vendaje: el negocio era redondo para la madre, pero el beneficiado era su hijo José, porque la madre con aquel dinero compraba alimentos para los nietos y se los llevaba a la pobre Everlides que sólo veía al marido cuando iba a dormir la borrachera o cuando iba a buscar los gallos de pelea para largarse hacia la gallera.

25
Caer

Adriana pasaba los días entre el hospital, su trabajo en la universidad y el apartamento del que Luz se había ido poco a poco a salvar a la que ella nunca dejó de considerar su verdadera familia. Luz no se dio por enterada de la tragedia de Adriana, quien oteaba su túnel del cansancio sin tregua y pensaba que el peso de lo no vivido (lectura de películas, poemas, ensayos, cuentos, artículos, memes, novelas, canciones, bailoteos) se hacía leve, se rebelaba en las noches apenas se aprestaba a dormir. Porque era una tragedia la vida que llevaba, aunque ella creyera que transitaba por un drama. Tal vez por eso la esperanza seguía guardada y un poco invisible, pero ahí estaba. De saberse personaje trágico, ella misma se habría enfrentado a los dioses mortales que desde el día que instaló a María en el hospital de Bucaramanga definieron el fin de María.

Como si no le bastara, la menstruación seguía fiel y con la misma ansiedad que compraba en la farmacia los pañales para María, hacía de las toallas higiénicas un artículo de primera necesidad de gasto semanal. Una noche soñó que flotaba en un río de sangre que, en realidad, era una bañera que sólo podía evacuar si cubría su vagina con una toalla materna, pero a su vez las toallas flotaban como salvavidas de los que no podía soltarse porque entonces se iría por el desaguadero que era ella misma. Como si aquella película trágica fuera un simulacro de vida, una obra de teatro en la que le asignaron el papel más sufrido. Pasaba los pocos ratos del día y los muchos de la madrugada insomne, leyendo con más ahínco para entender, para encontrar un objeto de consolación, pero aquello era nada, no encontraba respuestas, ni una vida iluminada que la ayudara a escoger el camino en aquella encrucijada. Y esto irrumpía como una traición a su convicción de siempre considerar que todo lo que leía era vida

verdadera. Nada más real que la poesía o que el cine, pensaba.

Pero el asunto era que amanecía, se levantaba agotada por tanta vida vivida durante el sueño. Y eran tan palpables los hechos que le pasaban y que ejecutaba mientras dormía que ocurrían mañanas que al despertar no le interesaba continuar con el previsible y horrendo día. Y se agotaba mucho, como si le hubieran chupado todas las emociones durante el sueño. Como si leer o escribir o lavar los chismes o ver pasar a nadie a través de la ventana, o dictar clases o ver a María ahí tirada musitando sólo lamentos de tiempo en tiempo, avisando que estaba cagada o en exceso orinada no le bastara. Entonces se detenía en sí y se veía presurosa con las horas, ansiosa por caer en el sueño para tener esa real ilusión de vivir de verdad verdad, y alejarse de esa vida llamada real a la que nunca quería regresar. Muchas noches, en medio de un sueño, hablaba con María, que entonces lucía sana, joven, entera. Le oía la risotada que soltaba por cualquier anécdota y era feliz, pero en el sueño sabía que esa no era la real condición de su madre, y mientras la veía reír echando los repetidos cuentos de sus paisanos de Sacramento, veía también pasar, como una coreografía de la tambora decembrina que tanto le gustaba a María, a dos, tres enfermeras hablando con ese tono de superioridad que se extinguía cuando aparecía el médico:

—A ver, madre, ayúdeme a voltear a la mamita que ya es hora de cambiar ese pañal.

*

Veinte días había cumplido María en el hospital de Bucaramanga. Y nada sucedía con su cadera astillada. Adriana buscaba una sola médica o médico que hubiera sido estudiante suyo en aquel mercado en el que se entrecruzaban vendas, gasas, maletas con tubos de ensayo, dextrosas, médicos púberes adheridos como si la vida se les fuera al eterno diligenciar de documentos frente al computador; con los oídos taponados por audífonos conectados a los teléfonos móviles, pero no identificaba uno solo en quién confiar, a quién asirse. Caminaba como esquivando un atraco, así como el amigo de adolescencia allá en Sacramento vadeaba el río pleno de tarullas en la brega por que una de esas flores no rompiera la hélice de la chalupa, así Adriana intentaba buscar el cauce más despejado que la llevara a atracar a la orilla de un solo

médico honesto que le dijera con certeza qué hacer. Pero la certeza en aquellos ámbitos era una flor proscrita, casi envenenada.

*

La mujer que vestía un uniforme que la hacía distinta de las médicas y enfermeras se acercó con una sonrisa que Adriana sostuvo. Se acercó e indagó por María. Era un sábado a las dos de la tarde, recuerda Adriana, aunque en aquel sitio las horas tenían el mismo color fluorescente de las luces siempre encendidas. La mujer miró a María con la derrota en los ojos, pero enseguida prestó atención a la historia que Adriana le narró. No movió un solo músculo de su rostro, sólo le dijo:

—Haga hasta lo imposible por conseguir un sitio que tenga unidad de cuidados intensivos para luego de la operación. Si sigue aquí a su madre se la comerá una bacteria.

Enseguida le mencionó las clínicas a las que podía trasladarla y que estaban dotadas con UCI. ¡Vana esperanza! Solo mucho tiempo después supo Adriana que quienes llegan a una UCI salen con graves lesiones cerebrales, psicológicas y motoras, ¡motoras! Una lesión motora podría sobrevenir a María, que tenía la cadera rota. El oxímoron en todo su esplendor. Pero quien no sabe es como el que no ve. Y Adriana creyó que al fin la esperanza pudo salir del fondo de la caja de Pandora. Miró el reloj y supo que podía correr hacia una oficina llamada de Trabajo Social antes de que fueran las cuatro de la tarde. Alcanzó a llegar y la empleada encargada le hizo pedir una cita. La obtuvo para el lunes a las siete de la mañana.

Desde las cinco de la madrugada del lunes estuvo aguardando a que abrieran la portería del hospital. Una lluviecita desnutrida caía sobre la larga cola de seres somnolientos que esperaban derrotar a la muerte o que deseaban sin decirlo en voz alta que su enfermo muriera para descansar por fin de aquel velar en ese presidio llamado hospital. Adriana no decía nada, no preguntaba, no indagaba. Siempre con el temor de que sus palabras desviaran cualquier fortuna en aquel desierto del infortunio, se sentía como la mujer de Lot si miraba hacia atrás, pero en su caso, el temor era decir más de lo indicado. Aquello era una derrota más, ella tan acostumbrada a vivir de lo que decía o escribía, ahora tenía

que ocultarse en el silencio para sostener la esperanza de sacar a su madre de aquel antro. Lucía tonta.

A las 7:35 fue atendida por la trabajadora social. Aquella diminuta oficina olía a humedad y el escritorio que guarecía a la mujer parecía un barco anclado en un mar de gabinetes grises oxidados. En el escritorio se hallaba el computador situado sobre dos mamotretos que parecían ser dos directorios telefónicos anacrónicos de Bucaramanga. Alrededor de la mujer, una meseta de carpetas se extendía en un amago de convertirse en montaña y contribuía a aquella atmósfera de desorden y de trabajo acumulado que ni siquiera en dos vidas daba la esperanza de ser evacuado. Adriana sacudió su cerebro, prefirió no pensar que su madre hacía parte del atascamiento intuido y mientras escuchaba a la trabajadora social se distrajo con un muñeco de caucho que la mujer hacía mover chutando con sus dedos índices para que no cesara el movimiento pendular que hacía temer una caída, pero no, no caía el falso muñeco de caucho con pretensiones de muñeco de nieve. Adriana y la mujer se distrajeron por casi un minuto en ese oficio, hasta que la trabajadora social, que era una mujer alta y negra, poseedora de unas manos con clase que no hacían juego con la tosquedad de la mirada, en cambio sí se emparentaban con la voz de tono dulce, habló precisamente para decir a Adriana que su madre podía ser trasladada a la Clínica Gestionar Bienestar situada en la calle 35 de Bucaramanga. Allí sería operada María. Adriana se sintió como una tortuga a la que después de caminar por la lentitud de kilómetros y de días encuentra la sombra de una mata de lechugas. Estalló en lágrimas y recogió la pila de documentos que debía aún certificar para llevar a María a una clínica decente. Como si la decencia fuera una actitud que se pudiera hallar silvestre.

*

Pablo venía en el bus de la universidad al hospital. Miraba a lo lejos como ciego y se llenaba de la música que le ofrecían sus audífonos. Pensaba en la madre y en la abuela que se encontraban presas en la ausencia de fortuna como si los hados de las desgracias hubieran decidido hacer una fiesta con ellas. Y también con él, que desde hacía casi un mes no dormía ni respondía por sus obligaciones en la universidad. A esa misma

hora Johanna terminaba de llenar los cuatro fogones de la estufa con la comida para el almuerzo. Adriana los aguardaba para que la ayudaran a recoger los enseres que se habían acumulado en torno a aquel boceto de habitación en el que yacía María Martínez.

Pablo llegó al hospital y vio a su madre como gallina clueca recogiendo aquí y allá y farfullando que se habían robado una cobija de María. Pablo, que había, desde la caída de su abuela, concentrado también su parquedad, le dijo que no se preocupara, que al fin se iban de allí. A pesar de su mutismo y del disgusto que sofocaba a su madre, saludó a las pocas enfermeras que a esa hora vegetaban con un celular que las salvaba del suicidio. Nadie contestó el saludo. Pablo miró a Adriana y levantó las cejas diciendo:

—Vámonos ya, mami, qué esperamos.

—A la ambulancia, Pablo.

De la pared donde reposaba la cama de María Martínez salió una lagartija escuálida y cubierta con una piel blanca, lechosa que dejaba traslucir su interior y que observaba la escena del traslado de María Martínez con sus diminutos ojos relampagueantes como dos pepitas de oro.

26
Volar

El hombre que parecía tener unos sesenta y pico de años entró a la salita que María acondicionó y extrajo como un apéndice espacial del cuarto en el que dormía con la madre, la hermana y ahora con José, que se negaba a sacarse a vivir a Everlides y trabajar para arrendar una pieza donde vivir con ella. El hombre llegó y le hizo coro a la risotada que María sostenía con la operadora al otro lado de la línea. Al escuchar que su risa tenía eco ella volteó a mirar, la frenó en seco y frunció las espesas cejas. Pero deshizo el fastidio que aquel atrevimiento le provocó y se dirigió al hombre:

—Buenas tardes, ¿qué se le ofrece?

—Que no deje nunca de reírse, mijita.

—Gracias, señor, pero de verdad verdad, ¿va usted a llamar a algún lado?

—Eh ave maría, mija María, no se enfurrusque, pues qué le digo, a llamar sí vengo, pero se encuentra uno con esa risotada y hasta el número se le olvida.

—Pues acuérdese, porque aquí hay gente esperando, por si no se ha fijado.

—Tranquila pues, María, llamame a este numerito, mientras llega Juan a buscarme.

María sacó el cable y empezó a levantar la voz: Cartagena, Cartagena, sácame a Sincelejo que necesito a Medellín.

Aquella fue la vez primera que tuvo noticias de Juan Fernández Arango. Luis Eduardo Fernández, el padre, que ese día la fastidió con tanta zalamería, sería su futuro suegro. A partir de entonces tomó por costumbre casi diaria llegar a la casa de María a comunicarse con su ciudad de origen y se convirtió en un cliente que la llenaba de historias y de regalos. Y también de carcajadas mal vistas por la madre de María que se asomaba

enfurecida por la cortina sostenida por los dos canceles. Pero se tragaba la indignidad que la felicidad de María le despertaba porque finalmente era esa hija casquivana y terca quien sostenía la casa que ahora tenía una boca más por alimentar.

Un día Luis Eduardo Fernández llegó con una sombrilla que le trajo de Medellín, una sombrilla que no había visto María sino en cine y ese acto tan nimio provocó en ella tanta alegría y gratitud hacia don Luis Eduardo Fernández que el hombre se convirtió en uno de los clientes mejor atendidos. Era un hombre vejancón, blanco y chapeadito casi tirando a rojo debido al calor permanente de Sacramento. Parecía que su rostro estallaría en cualquier momento. Pero no solo trajo la sombrilla que embelesó a María, también vino con él su hijo, Juan Fernández Arango.

Eran las dos de la tarde cuando Juan Fernández llegó y le preguntó que si ella era María Martínez. Ella no pudo evitar sonreír para decir que sí. Entonces él sacó, envuelto en una bolsa de papel de regalo, un elepé de Los Panchos. María lo miró con un interrogante en cada ojo y Juan Fernández le dijo: “Es de parte de mi papá, que le desea feliz cumpleaños, porque hoy veintidós de octubre usted está de cumpleaños, ¿no es cierto?”.

*

Los días que uno tras otro son la vida, como dice el poeta, comenzaron un camino de una claridad diferente para María. De repente se vio decepcionada cuando don Luis Eduardo Fernández no venía a llamar en compañía de su hijo Juan; o extrañamente erizada con la presencia de los dos hombres. La salita se bañaba del aura primaveral de la colonia que impregnaba la piel de los hombres, quienes, a pesar de vestir ropa de trabajo en el monte, siempre olían bien. Una amnesia de toda tristeza reciente o remota invadía a María cuando los hombres se quedaban a conversar con ella después de hacer las llamadas a Medellín.

María Martínez estaba aprendiendo a estar en paz, ese estado al que ella había recurrido como reemplazo de la esquiva alegría y de la aún más utópica felicidad. Hasta que un día llegó Juan Fernández Arango a solicitar una llamada con la sonrisa regada en todo el rostro. Una sonrisa que era bendición para María. Entonces no supo cómo en medio de ese despliegue de coquetería de Juan Fernández Arango, atinó a que le saliera la llamada con

lo congestionada que estaban las líneas telefónicas a las cinco y media de la tarde. El hombre le agradeció sonriendo, como si no pudiera dejar de mirarla sin sonreír y entró a la cabina de madera sin vidrio desde donde se simulaba una privacidad inexistente. María leía la revista *Vanidades*, pero tenía los oídos parados escuchando la conversación que entre dientes sostenía Juan Fernández Arango.

Mala cosa fue inmiscuirse en lo que no debía —pensó— porque si hubiera seguido en su lectura y no fingiendo que lo hacía, no se habría enterado de que ese hombre bello y cariñoso le hablaba a ella con la misma (o quizá más) zalamería que a una distante mujer que tenía en Medellín; se enteró también de que debía mandar un dinero para el colegio de uno, dos hijos, no lo precisó María que para ese instante le había retornado la misma aprehensión en el pecho de los tiempos del desdén de Lucho Germán.

Juan Fernández Arango salió bañado en sudor y la miró a los ojos sin sonreírle, hurgando en ella la posibilidad de haber sido descubierto. Pero María estaba ocupada comunicando a dos clientas que mientras aguardaban a que saliera la llamada se carcajeaban con ella. Juan se tranquilizó y convocó nuevamente la sonrisa a su rostro para ofrecerla a una María que también sonreía. El hombre le dijo al oído para espanto de María y las presentes: “Voy a cine esta noche, después de que usted venda las entradas la espero para ver juntos la película”. Ella lo miró y fue incapaz de negarse.

*

La sala del Teatro Diana estaba llena. María tardó en encontrar a Juan Fernández porque tuvo que vender entradas hasta después de que sonara la marcha final por el altoparlante. Llevaba casi un mes en la cartelera *Juana Gallo*, protagonizada por María Félix, Jorge Mistral y Luis Aguilar. Aquella plomera que desataba esta mujer con pantalones traía a las mujeres de Sacramento la ilusión de una posible emancipación, esa campesina de nombre Ángela, quien, al enterarse del asesinato de su padre y de su novio, se levantó en armas contra el gobierno federal y tuvo el coraje de cambiarse el nombre y hacerse llamar ‘Juana Gallo’, consigue el apoyo de todo el pueblo; inclusive de algunos federales que pasan

a defender su causa. Encarnaba la ilusión inconsciente de muchas mujeres de Sacramento y enervaba de manera extraña los afectos de los hombres que siempre veían en María Félix la mujer de sus sueños para dominar y domesticar.

María no se había perdido una sola película de María Félix, había visto *Doña Bárbara*, de quien aprendió a no dejarse golpear nunca de hombre alguno por más enamorada que estuviera, pero se llenó de ira contra esa mujer tan mala madre a quien no le nacía el espíritu maternal. Había visto *El peñón de las ánimas* y se enamoró perdidamente de Jorge Negrete, al punto de pedirle a Julio Ordóñez, el dueño del teatro, los afiches en blanco y negro que se pegaban en las carteleras y que entusiasmaban a sus paisanos que al entrar se quedaban mirándolos; y al salir también: *Te acuerdas, aquí fue donde la descubrió…mira, aquí le disparó.* En una constatación de que la vida vivida adentro no se había evaporado con el fin de la película, sino que había una memoria fotográfica que daba cuenta de que aún sucedía. Y así, aunque no repitieran película porque la plata no alcanzaba, pasar por el frente del Teatro Diana y mirar los tráileres fotográficos era como involucrarse de nuevo en la trama de la historia.

La sala de bancas de cemento y hierro adheridas al piso del Teatro Diana retumbaba cada vez que un soldado caía bajo el plomo del rifle de Juana Gallo. Los aplausos y chiflidos hacia la mujer envalentonada interrumpían la trama y el público masculino y femenino gritaba eufórico cuando María Félix los miraba con sus ojotes embravecidos y decía ante su más reciente víctima:

—A ver qué puede hacer por su alma, padrecito, y rece también por la mía. Juana Gallo ya aprendió a matar.

María Martínez se reía con los gracejos de Juana Gallo y no se hallaba de la dicha por estar al lado de Juan Fernández Arango. Y así como Juana Gallo no se andaba con miramientos para levantar a plomo al primer soldado federal que se le atravesara, así Juan procedía a apretar la cintura de María con su mano derecha y aprovechar una pelotera de los ejércitos para ofrecerle sus besos que los recibía y los sostenía con un deseo del que ella no había tenido noticia hasta esa noche.

27
Vivir

Adriana cursaba el grado noveno en el bachillerato de Sacramento. Vendía periódicos en su monareta para ayudar a María Martínez con la tienda que se había levantado nuevamente gracias al paisa Edgardo que de un año para el otro compró casi media calle de La Estampa y montó un depósito. Era el negocio de "Los cachacos" que vendían al por mayor. María hacía parte de los afectos cercanos del hoy poderoso Edgardo, a quien le había salido barriga y parecía un buda blanco. Él se sentaba en mitad de su tienda detrás del mesón a esperar que los seis empleados que tenía le trajeran la plata de las ventas, plata que entraba a los cajones como si en aquel negocio los productos los estuvieran regalando. Apoltronado en su mecedora, con la camisa abierta hasta la mitad, con un palillo en la boca que no lo abandonaba ni siquiera cuando soltaba la escandalosa carcajada, Edgardo era ahora la prosperidad echada, con las piernas abiertas y secándose el sudor que mantenía su rostro colorado. Belinda, la esposa, era ahora una mujer situada en su papel de dueña de aquellas victorias a la miseria e iba de un negocio a otro haciendo un diario inventario de los bienes recién adquiridos. Era duro su rostro, poco dado a sonreír y empeñado en dirigirse a quienes vivían a su lado sólo con preguntas parcas a la espera de una respuesta también lacónica.

María Martínez dejaba la tienda al cuidado de Adriana o bajo la vigilancia de don Velo, el vendedor de limones que con puntual casualidad pasaba por allí todos los días a las dos de la tarde. Caminaba hasta la calle de La Estampa y se quedaba hasta las cuatro tirando risa a costillas de los gracejos de Edgardo que la trataba como si fuera su familiar. Y decir que era como su familia era mucho. Edgardo y Belinda estaban hechos de piedra, la zalamería que desplegaban para vender era proporcional al

encono y a la persecución con todo aquel poblano que no pagara una deuda contraída con ellos. Venían de la barbarie y llegaron a Sacramento con una mano adelante y otra atrás, así que no se permitían regalar un gramo de afecto o de confianza a quien no pudiera garantizar lealtad; sólo María les había dado la mano, y ese acto era inolvidable para la pareja que entonces sólo sabía de derrotas, y hacía de María la depositaria del respeto y el cariño que ellos le profesaron. Por eso no vacilaron en abrirle un crédito para que surtiera su tiendecita. Ella llevaba del depósito los productos que deseaba y los revendía a esa otra parte de Sacramento condenada a comprar al menudeo. Para María, aquel tiempo diario de visita al depósito de Edgardo y Belinda representaba un solaz. Tomaba tinto, chupaba raspao, se traía arepas para su casa empacadas por Belinda. Y uno de los ayudantes de Edgardo acomodaba la paca de café, de cigarrillos, de baterías, de jabón de lavar y de tocador, el Bom Bom Bum, la galleta festival, el chito, las papas fritas, el supercoco, la fruna, la chocolatina Jet. A las cuatro y media de la tarde María regresaba de donde el paisa Edgardo y cerraba la tienda porque aún se mantenía de pie el Teatro Diana y ahora lo atendía en compañía de la seño Juana Teresa y de Adriana, que no se perdía una sola película. Pero María sabía de boca de Papullo, el dueño del teatro, que ya se estaban despidiendo de él pues el pueblo estaba invadido de televisores que, a pesar de ser en blanco y negro, eran la novedad. A María se le apretaba el alma cada tarde que cruzaba hacia el teatro porque presentía menos asistentes. Y así era: nada de filas extensas ni de escuchar a Tomacho anunciar con premura el inicio de la película; ahora la bocina repetía la música de las marchas una y otra vez para dar espera a que la sala estuviera medio llena. A lo lejos detrás del campanario del templo, donde parecía que terminaba el horizonte para que empezara otro, un sol rojo iluminaba la tarde y anunciaba la llegada de la noche, tal vez esa sería —pensaba María Martínez— la última en que ella, ahora con Adriana casi adolescente, tendría un poco de alegría no tanto por lo que ganara vendiendo boletas en el Teatro Diana, sino porque seguiría viviendo todas las vidas allí proyectadas, las canciones y corridos entonados. Era esa una alegría triste por la amenaza del fin de las carcajadas y lágrimas que corrieron en aquel aire de esplendor y de viaje que era la película. La misma que transcurría a la intemperie del teatro cuyo

techo eran los luceros y los palos de almendro del patio vecino; aquel teatro donde besó y apretó a Juan Fernández Arango, que ahora agonizaba como sucedía con tantos sacramentenses que aparecían muertos sin más allá ni más acá, desde hacía un buen tiempo.

28
Caer

Cuando la ambulancia arribó a la nueva clínica a donde llegó María Martínez, Adriana no tuvo ningún presentimiento. Iba con la esperanza inflada. No se percató de la precariedad del barrio donde quedaba la clínica, no sospechó de la excesiva amabilidad de los trabajadores que con el paso de los días sería la sepultura de María. Esa amabilidad, qué peligro, ese tratarte bien, ese ponderar la cama, el servicio de comida. "Qué peligro, mami, y yo —pensaba Adriana—, con la sonrisa de quien cree que amaneció más temprano, pero con el dolor quebrándome el horizonte avisté de buena gana la habitación iluminada, limpia, silenciosa que ahora compartía no con un batallón de moribundos como en el Hospital de Bucaramanga, sino con tres ancianas; la cama grande y cómoda, el rostro joven y atento de dos aprendices (¡aprendices!, cómo no te fijaste, Adriana) de enfermería".

La situaron en el piso cuatro. Y desde el primer momento el aire aquel de la habitación quiso convencerlas de que allí estaban de más, pero Adriana no se percató, embolatada como estaba en sacar a su madre ilesa, sólo veía lo que deseaba ver: esperanza, esperanza para quitarles peso a sus noches que se parecían a las cargas de las latas de arena que sacaban del río para mezclar el cemento y levantar las viviendas de los que allá en Sacramento tenían la posibilidad de tener una casa de material con bloques y calados.

Subieron por un ascensor amplio y nuevo. Y ya instaladas, María seguía silenciada y sólo emitía una lejana queja cuando la cadera averiada se rebelaba debido a algún movimiento que profundizaba su mal estado.

Un médico joven, calvo, con barba, con una voz inaudible y empeñada en transformar cada palabra en una papa caliente, se dirigió a Adriana, "madrecita, hay que tener paciencia, tenemos

que empezar de nuevo con todos los exámenes para ver cómo viene ese potasio, ese corazoncito de la abuelita, la tensión, los riñoncitos y ahí sí mirar cuándo programamos la cirugía".

—Ay, docto… ¿Y eso para cuándo sería? —alcanzó a decir María.

—No sé, abuelita, pero aquí la vamos a cuidar bien, no se preocupe.

—Pero es que estoy cansada, docto, haga lo imposible.

—Lo imposible no se puede hacer, abuela…

Adriana no sabía si levantar a cachetadas a aquel parapeto de médico. "Abuelita tu madre —pensaba—. ¿Madrecita yo? Madrecita la malparida que te trajo a este mundo, so inútil", hubiera querido gritarle y cargar a María y llevársela de ahí… Esa semántica de la humillación, del vamos a ver qué podemos hacer, del usted está subsidiada por el Estado así que aguántese ahora… ¿Volver a empezar? ¿Qué era eso? Si su madre tenía los brazos llenos de mapas morados, rosados, verdes, de la cantidad de perforaciones para exámenes y dextrosas. ¿Volver a empezar? Como si la vida que se olvida no fuera vida perdida. Y María no había hecho sino olvidar desde aquella tarde-noche que fue a buscar quién sabe qué a la habitación de Pablo. Quién era esa María ahora instalada en aquella dizque clínica: un costal de silencios y de insatisfacciones; un chifonier de calamidades; una camioneta repleta de fastidio. Y para contrarrestar la sufridera de ese último mes, Adriana durmió cinco horas seguidas y despertó casi eufórica para ir al trabajo y a media mañana pedir permiso para pasar la tarde con su madre.

29
Volar

María aprendió a domesticar el corazón que se le quería salir por la boca. El corazón que deseaba saltar y caminar por toda la casa con paticas brinconas y una lengua larga para gritar a la madre, a José, a Everlides, a Dagoberto, a la triste sonrisa de Ida, que ella, María Martínez, se enardecía con aquel picor delicioso que hacía humedecer su entrepierna en las noches, bajo el toldo, y no era precisamente por la sofocación que permanecía hasta pasada la medianoche. Porque aquel dolor lacerante que la estremecía en su centro ocurría en medio de una llamada telefónica o con la sola evocación de las manos de Juan Fernández Arango. Este hombre de piel rosadita y que siempre olía a una colonia que, según el leal saber y entender de María, no era para hombre y tampoco para mujer, era un olor que echaba sombra sobre los otros amores que le habían dejado un tatuaje en la piel y el corazón.

Qué difícil es quererse, pensaba María, pero el fastidio y el desdén, ah, qué fáciles son: florecen sin abonarlos; florecen sin suplicar por una lluviecita benefactora siquiera; crecen y dan ganas de tocarlos, o mejor, provoca apresarlos, amarrarlos con cáñamo y echarlos río abajo…envolverlos en hojas frescas de bijao para que se pudran en la hornilla. Ella veía a su hermano con la borrachera siempre renovada y las ganas de martirizarles la vida a las mujeres de la casa que, hacia él, sólo tenían buen trato. Aunque María ya no, María le botaba en la cara el insulto como una manera de quererse y de enfrentar la innata torpeza en prodigar ternura que tenía José.

Qué difícil es quererse en comparación con la fácil costumbre que tiene el amor de crecer sin más allá y sin más acá. Juan Fernández Arango llegaba a hacer una, dos, tres llamadas al día. Se miraban con esa mirada cautelosa que impedía a los demás

percatarse de la ansiedad que caminaba por sus cuerpos. Esa mirada ansiosa pero cuidadosa con sus corazones que se decían que todo estaba bien, que para cuándo caería la muralla de los pretextos. Y fue esa tarde de viernes que María aprovechó que el Teatro Diana estaba repleto porque llevaban tres días pasando *El ángel exterminador*, con Silvia Pinal y Enrique Rambal. La mitad de Sacramento estaba consternada con esa historia, que los hacía gritar y agarrarse incluso a los hombres, tan machos ellos, que aprovechaban las emociones despertadas para brindarse un amor sin sospecha, aceptado; un amor entre golpes que manifestaba su virilidad y a la vez ocultaba la alegría de tenerte cerca, tigre, de contar contigo, mi *brother,* mi hermanazo.

María había visto esa locura de película en la que un poco de ricos no podían salir, vaya una a saber por qué, de la mansión en la que se habían reunido a pasar la noche. Y la verdad es que la había intrigado, pero era la tercera noche en cartelera y ya estaba bueno de repetirla. Juan la esperaba donde las Torres. Acomodó las boletas en el cajón y cerró con llave. Guardó la plata en su cartera sobre y se la metió debajo de la axila. Y María tomó camino por la salida hacia la calle de Las Damas que a esa hora estaba más vacía que su calle Central, pasó por donde su amiga Chema, que se encontraba en la puerta intentando meter a Reynaldo con la pea viva y estaba recalcitrante negándose a entrar. Así que Chema no la vio pasar. Jeca tenía la puerta llena de pelaos comprando pan de yuca y no se dio cuenta de que María era quien le gritaba desde la mitad del camellón y respondió por cumplir: “Adiós, adiós…”. María vio a los Royero jugando arrancón bajo el palo de almendro y aprovechó la concentración que tenían los hermanos para evitar ese saludo. Le quedaba una cuadra para llegar a la casa de su amiga Fanny, donde la esperaba Juan.

Cuando llegó estaba Modestico, el papá de Fanny, jugando dominó con Julián Oswaldo. Fanny, sentada hablando con su hermana Judith, le sonrió y le hizo seña con los ojos para que subiera. Juan la esperaba arriba. La casa de las Torres era de madera y tenía una segunda planta con dos balcones enrejados que daban hacia la calle Central. Cada vez que subía un escalón, se oía el traqueteo de la madera y María sentía que todo Sacramento la veía subir como si ella hiciera parte de una película. Pisaba, la grada traqueaba y el corazón era un pedazo de

mango que pugnaba por salir. Cuando entró, vio a Juan parado en la reja mirando hacia la calle, él la sintió y se volteó a mirarla. La abrazó con todo su cuerpo. Tenía una camisa rosada y unos pantalones de dril y olía delicioso, aunque estaba sudando. María le tomó la cara con las manos y lo miró con miedo y alegría; Juan se aferraba como náufrago a la cintura de María y le dijo que se fuera a vivir con él, que su esposa no molestaría, que estaba bien lejos en Medellín, que él la necesitaba, que si pudiera retroceder en el tiempo ella sería su verdadera mujer, pero, ay, ya tenía tres hijos y de repente la había encontrado a ella que era el amor andando, riendo, que era su amor.

María lo miró y lo besó con tanto apremio que creyó que se le acabaría el aire en aquel beso. Ella no dijo nada, aprovechó el comienzo, lo gozó, lo exprimió. No dejó lugarcito del cuerpo de Juan sin conocer. Eso es lo que queda, el recuerdo de la caricia, del olor, lo había aprendido en una *Mujer sin destino* protagonizada por Marga López, Víctor Junco y Guillermina Grin. María imaginaba que ella era Esperanza, la consoladora de Julio que padeció la locura de su esposa Soledad. Y soñaba en ese inicio con Juan Fernández Arango y se empeñaba en hacerlo olvidar a la esposa, de la cual no quiso saber mucho. Deseaba aprisionar el olor de Juan, el sabor de su piel; deseaba repetir el dolor que le nacía en medio de sus piernas y que extrañamente calmaba el placer. Eso es lo que queda, se repetía. No se reconocía María Martínez; mientras hacía suyo a Juan en el encuentro de sus entrañas amorosas, de sus dientes y músculos, de los cuerpos amarrados, pero saltando como las olas del mar. Ese alebreste de la carne que ese hombre entrón, pero cariñoso y suave, le hacía vivir no se lo conocía María. Y se decía mientras ocurría la felicidad y la humedad en aquella habitación de balcón de Las Torres, "aprovecha, María Martínez, para cuando estés aburrida, cuando te persiga como perro hambriento el desasosiego; cuando estés con el morro caído, aprovecha para que sobreagües en el río putrefacto del abandono, aprovecha esta dicha que ahora es toda tuya. Lo demás (la existencia de la esposa y de los hijos de Juan Fernández Arango) es puro peo de mariposa, amenazas de peleadores borrachos, lluvia de verano, café tinto claro y frío, serpentinas de diciembre". Había que vivir y conservar para siempre el olor de ese hombre, el color del tacto de sus manos que hurgaban hasta hacerla llorar y enseguida reír.

Proteger al recuerdo como quien cuida la última flor o el primer llanto. Porque perniciosa crecería la maleza del olvido y del aburrimiento cuando, vaya una a saber, Juan Fernández Arango no estuviera.

30
Vivir

A Ida María la tos no la dejaba hablar. Pero no dejaba el cigarrillo Pielroja. María Martínez no podía decirle que no fumara porque entonces Ida cogía la puerca por el rabo y creía que ya no quería fiarle. De las diez decenas de cigarrillos Pielroja que María traía de donde el paisa Edgardo, fijo tres eran para Ida María. El único hijo que tenía con Dagoberto era un trasto inservible que a sus dieciocho años apenas logró terminar el bachillerato. No conocía oficio distinto que tomar ron y subirse a la bendita moto perdido de la borrachera. Trabajaba trayendo y llevando pasajeros de un corregimiento a otro, pero a veces escaseaba el trabajo porque los paisanos temían quedar regados en el camino. Jairito, el hijo, estaba enamorado de Vitalina, una mujer del barrio Guayabalito a quien Ida María no veía con buenos ojos porque era negra y pobre. Ida María, subyugada por Dagoberto, vivía de apellidarse Janne y de sus ancestros libaneses, así su casa estuviera flotando en el desorden y las carencias, tal como el nido del chavarrí, construido a orillas de un río siempre con el riesgo de que la corriente lo hundiera.

Jairito era una migraña para Ida María Janne. El padre era un cáncer. Ida María sabía (como lo sabían María y casi todo Sacramento) que el palo no estaba para cucharas, que los tiempos eran turbios y que en esas idas de la luz día de por medio a las ocho en punto de la noche, era posible vislumbrar sombras de hombres que no disimulaban el traquetear de las armas ocultas en sus morrales, y que a pesar del parapeto del apagón parecían complacerse con el oído y el ojo agudo de las ventanas cerradas a la prima noche.

Después de que pasaban las armas a sus anchas, la luz volvía. Una luz amarilla encendía los focos que como cocuyitos alimentaban las casas desde las cuatro de la tarde, hasta que el

reloj de la iglesia tocaba las doce campanadas. Ya se va la luz, se escuchaba decir cuando iban seis, era hora de acostarse, no vaya a ser que pasemos un sofoco con los forajidos del monte en la puerta de la casa.

Pero en más de una ocasión terminaron las doce campanadas y el calor y la conversación ordenaba a los sacramentenses que se quedaran un rato más en la puerta. Entonces el perfil de una cuadrilla aparecía dibujado en el lienzo de la noche, cuya luz plateada había bajado del cielo y se posaba sobre las calles del pueblo para que vieran sin opacidad a los encapuchados gritando: "¡A dormir, gente, a dormir, que esto no es con ustedes!". Advertidos por los que corrían calle abajo y sonaban los fusiles en su carrera, las puertas se cerraban al unísono como si un par de brazos gigantescos clausuraran cada casita del pueblo. A esa hora, mientras los del monte rodeaban la estación de la policía desde el parque, hasta la brisa y los palos de pimientillo se quedaban quietos esperando que pasaran las dos o tres horas del combate. Por muy encarnizada que fuera la toma, se podía hacer la cuenta de los heridos y muertos que dejaba la guerra en aquellos tiempos. Y eso era una ventaja. "Anoche se metieron los que sabemos y pasaron con tres heridos frente a mi casa", se decía al día siguiente. Y se llevaron para la capital a otros tres policías, uno iba muerto y era cachaco. María callaba y miraba a Adriana y en voz casi inaudible le decía: "Esa es la guerra, acostúmbrate a ella porque esto va para largo". A pesar de ella eran felices. María le había contado a Ida, en un acto de imprudencia del que se arrepentía, que el paisa Edgardo le había dicho con la cara adusta y casi iracunda: "Se les va a acabar la maricada a esos malparidos guerrillos, yo que se lo digo, señora María".

En un mal invierno de esos en los que se desbordaban las cunetas de las alcantarillas y había que ir en canoa a buscar la leche para el desayuno, llegó una nueva forma de la guerra. Al pueblo lo invadió una hedentina que no era aquella conocida después de que bajaban las aguas. Era diferente. Y de la misma manera que veían los sembrados morir anegados por las aguas enfurecidas, de esa misma manera, al llegar el verano, empezaron a morir paisanos tan queridos como la torre de la iglesia. Ayer fue Félix Latorre mientras megafoneaba para una reunión en el mercado. Antes de ayer, Griselda, la de la farmacia La Mano de Dios, una señora que no se metía con nadie. Y al pobre Carmelo,

el de la emisora, lo dejaron casi mudo al arrancarle la mitad de la lengua. A Jairito, el hijo de Ida y Dagoberto, unos extraños le quitaron la moto y días después le mandaron razón para que fuera por ella y en la misma moto, conducida por un amigo de él, lo devolvieron metido en un saco de urea y se lo tiraron en la puerta a la niña Ida. Dicen que daba un dolor ver a esa pobre señora intentando armar el cadáver de su hijo para darle cristiana sepultura, porque le tocó sola: nadie se atrevió a socorrerla. Hasta los burros amanecían muertos rellenos de plomo que sonaba a cualquier hora del día o de la noche. Pero nadie veía, ni sabía de dónde venían las balas.

Entonces el pueblo agradeció la llegada del séptimo hijo de Gregorio: todo un capitán del Ejército colombiano, del EJÉRCITO COLOMBIANO. El capitán González era la esperanza para develar el misterio de los muertos queridos. Más bien callado y tartamudo, se mantenía ausente de todos los grupos que se armaran para bien o para mal en las clases. Siempre trabajaba solo, pero no era antipático. En las reuniones, su rostro era un tatuaje y si se armaba un bololó, él era el primero en retirarse del sitio de la trifulca. Como quien dice, no se metía con nadie. Así que el séptimo hijo de don Gregorio, a sus treinta y dos años, había regresado de la capital convertido en capitán del Ejército colombiano.

Y era octubre de puertas cerradas a partir de las ocho de la noche. Don Eliécer, la niña María Amalia, don Pedro, don Carlos José y muchos otros señores prestantes se reunían con ese hijo del pueblo que tanto orgullo despertaba en todos. Y como parecía que era desde el Ejército donde se gobernaba el mundo, todos en el pueblo se sentían seguros con el capitán González, porque a qué negarlo, sustos con los del monte no sucedían desde hacía mucho tiempo. Pero el asunto era que hasta Lucho, el mochito, había dejado de acicalar su miseria, de pulirse la mugre, de brillar sus heridas para mendigar con éxito porque lo habían pasado a mejor vida por cuenta de dos balazos. Mientras tanto el capitán seguía rodeado de toda nuestra admiración, aunque la esperanza de que la matazón parara, cada día se hacía más densa. El paisa Edgardo se desternillaba de la risa hablando con el capitán González. Ambos eran muy amigos de María Martínez y ella los miraba con una mezcla de asombro y miedo. Pero qué podía hacer, no estaba en ella llevarles la contraria a sus vecinos,

finalmente todos en Sacramento sabían que entre esa gente de bien había surgido aquella solución que acabó con la guerrilla.

Por aquellos días al salir a la calle el único que hablaba era el viento y uno que otro arrestado que no dejaba de hacerle armonía a la brisa con el acompasado golpe de la ficha de dominó sobre la mesa de madera. No alcanzaban a ver caer una lágrima cuando ya la otra venía en camino.

El capitán González trastocó su otrora timidez por una portentosa carcajada y saludaba con todos los honores a los policías que cada mañana le hacían la guardia.

Pero si hubo dos muertes que se sufrieron en el pueblo y se lloraron con un llanto quedo, hacia adentro, en silencio, fueron la de Ruperto, el maromero venido de Caucasia, y la de Jairito, el hijo de Ida. Ruperto se había quedado en Sacramento después de que su circo estuvo casi tres meses anunciando la última función. A diferencia de la gente de Sacramento, el maromero era blanco, fornido pero no musculoso, era un bailarín de las alturas y tenía unas cejas tan negras como el cabello largo que lo hacía parecer una niña. Para entonces decía tener veinte años, aunque parecía de quince. Vivía en una piladora de arroz abandonada que quedaba en el barrio Panamá, a la orilla del río. Como la función se acabó, montó su propio circo para sobrevivir. Y empezó a escenificar papeles que le dieran el bocado de cada día. Un día armaba una zorra para recoger la basura de quien le pagara y luego iba y la botaba en el río. Otro día fungía como técnico de radios y ventiladores. Al siguiente cargaba la lavadora de alquiler y mientras esperaba que terminaran de lavar, la dueña de la casa le daba de comer. Nunca aguantó hambre el maromero, porque cada día tenía un oficio, un papel que representar. A veces, cuando la situación apretaba, imitaba con una hoja de almendro el canto del jilguero, del canario y el del sinsonte. “Ven acá, maromero, tócate Mochila, el porro Mochila, con la hojita esa”, y el maromero tocaba la canción con pulcritud musical.

El capitán González inclinaba la cabeza cuando se lo encontraba en la calle y el maromero agachaba su mirada y perdía su espontaneidad diaria ante el saludo de nuestro héroe.

—¿En dónde vives, maromero?

—En la piladora vieja del barrio Panamá, mi capi.

Y allá lo visitaba el capitán. En la primera visita le dijo que él era su muchacho y llevó un rosario de madera y una botella de

ron. Se acostó sobre su espalda y lo invitó a morder la vieja colcha que el maromero usaba como sábana. Luego le repetía rítmicamente que él era su muchacho, que nada malo le pasaría nunca, caerán a tu lado mil y diez mil a tu diestra; mas a ti no llegarán.

—Ven, mi muchacho, recemos el rosario.

—Sí, mi capi, usted dirá.

—Cada cuenta del Santo Rosario debe entrar suavecito para que alcancemos el cielo, mi muchacho.

—Sí, mi capi, usted hará.

—Vas a alcanzar el cielo, mi muchacho.

Cuando el muchacho del capitán llegaba al cielo, lo arañaba y se traía de las alturas celestiales unas nubes convertidas en hemorroides. Y el capitán entonaba cánticos celestiales cuando su cayado se enderezaba y expelía la salida de los únicos plomos lechosos que echaba en su vida.

Dos meses con sus largas noches rezó el rosario el capitán con su muchacho. A principios de enero, el maromero también amaneció reventado como los burros de la calle, pero él apareció en su vieja piladora. Mientras tanto, María y la vecindad toda lidiaba con el dolor de Ida que inconsolable gritaba: “Desespero es poco lo que siento, ay, Jairito, ay, Mayo, tú sabes que lo agarré, lo encerré, me le arrodillé, le dije que no agarrara para allá y ese muchacho parecía un loco. Sacó una fuerza que no le conocía y se fue en la bicicleta, Mayo. Yo no sabía si rezar, gritar o llorar. Ay, Mayo, qué voy a hacer con este dolor, con este déjame está si todavía me despierto en las madrugadas con el ruido de la moto, esa frenada en seco, esa certeza del dolor. Escucho la risotada de ese hombre sin alma que devolvió la moto de Jairito y dos bolsas de basura con mi pelao adentro. En la entrada me tiró las bolsas ese maldito Tigre y cuando cayeron a la tierra se salió la mano de mi Jairito, Mayo, ¿tú te imaginas?, ¿tú alcanzas a imaginarme a esta edad tratando de armar el picadillo en que quedó convertido Jairito?”.

31
Caer

Cuando los deseos no se cumplen se transforman en sueños y, en el peor de los sucesos, en frustración. Quienes así transcurren se ven obligados a improvisar una vida diferente a la que desearon.

El director de la clínica donde María Martínez aguardaba a que le arreglaran su cadera rota se llamaba Óscar Lizarazo, parecía tener la sonrisa tatuada, pero si alguien poseía el don de mirarlo desde arriba, podía observar que una vez daba la espalda apretaba con exasperación y fastidio el rostro que segundos antes era amabilidad y simpatía. No tenía la serenidad o la adustez que los médicos traducían en mal genio hacia los pacientes, y esto, en principio, reconfortó a Adriana. Pero con el paso de las noches, Adriana entendió que aquel director de la clínica Gestionar Bienestar era un fantoche, una vida feliz como diría María si se perteneciera, pero ella no se hallaba. Un negociante disfrazado de médico que respondía a toda inquietud de los familiares de los pacientes con una explicación general sólo diferenciada por uno que otro detalle y siempre concluida con una sonrisa y un toquecito en el hombro sospechosamente condescendiente. A Adriana, que se percató de tal desprestigio, empezó a arrugársele el alma y en mitad de sus piernas la sangre seguía saliendo sin contención, como un llanto anticipado. Esa menstruación llevaba manando veintitrés días, los mismos que María Martínez completaba entre el hospital de Bucaramanga y la Clínica Gestionar Bienestar.

María estaba situada en la habitación del piso cuatro de ese edificio de cinco; a su lado izquierdo estaba un amago de armario y un baño que podía ser usado por la enferma y por las tres compañeras de dolencias. Todas pasaban de cincuenta y cinco años de edad. María cumpliría en octubre de ese año setenta y siete. Y en el cartelito que la identificaba pegado sobre la

cabecera de su camilla se leía: María Martínez Cervera/76 años/ EPS Coosalud.

Las enfermeras de la clínica eran en exceso cariñosas. Hasta la jefe de Recursos Humanos de nombre Briggitte (así con doble g, en ese encono por parecer más foráneo que los foráneos que tiene la clase media de Bucaramanga) estaba pendiente de María Martínez, "¿cómo amaneció la abuelita más linda del piso cuatro? Ya casi, doña María, ya casi la operamos para que salga corriendo de aquí". María le sonreía y dejaba que se le pintara la credulidad y la esperanza en los ojos. Pero a pesar de aquella exquisitez no vista en el hospital de Bucaramanga, Adriana descubría con cada detalle impostado la amplitud del naufragio. "Debí sacar a mami de ahí antes de la primera cirugía", pensaba Adriana meses después, es increíble cómo en instantes determinantes algo nos falta como el centavo para el peso que niega el dulce al niño y se resigna a no disfrutarlo porque mañana quizás lo tendrá.

María Martínez se había silenciado y sólo pedía con insistencia que le frotaran las piernas con alcohol. Tal vez era una manera de alargar el tiempo de las ya largas visitas de Adriana, quien vivía humillada por verse obligada a la prudencia con los dueños de la clínica, ella siempre tan independiente y claridosa, ahora se hallaba sola, enfrentada en silencio a una madre destruida que miraba con ojos impertérritos que con el paso de las horas y los días la vida se le volvió cambios del pañal porque el picor en la vulva y en el ano era desesperante; suministro de medicamentos por la dextrosa, que al pasar por sus venas le proporcionaban un dolor más; alimentarse de la comida más insípida e inodora; desear sentarse y no poder hacerlo; depender de Adriana, de desconocidos, María siempre tan dispuesta a hacer para los demás y ahora hasta la chapa tenía Adriana que lavarle, y las enfermeras que la aseaban con el desafecto y descuido propio de quien no se siente vigilado por ningún familiar de la enferma. María pasaba días sin pegarse un baño que le quitara el cansancio de la enfermedad; esperaba la llegada de la noche para sentir impávida cómo huía el sueño y se le daba por llamar a las enfermeras. Desde los primeros días allá en sus reservas de lucidez y de instinto de conservación, añoraba como una iluminación que estuviera de turno en la noche una enfermera dadivosa y se acercara a sostenerla para no caer en el abismo de soledad y desvarío que la hacía llamar gritando a Tani, su

bisabuela. Porque no era ni a Juan Fernández, ni a Adriana, ni a su nieto Pablo, ni a Johanna (Luz era una luz extinguida que ella nunca había vislumbrado como la compañera de Adriana) mucho menos la despótica madre en quien María aún pensaba de manera temerosa y frustrada. Así que en las noches que llegaba una Führer vestida de blanco y la amarraba y le embutía medicamentos para dormirla que no hacían cosquillas en su cerebro despierto a esas horas, María Martínez veía las gigantescas manos del desamparo cargarla en sus garras. Porque a ella siempre la había cogido el sueño a eso de las tres de la mañana. Cuando salía de cine en el Teatro Diana le daban las once de la noche entregando cuentas a Papullo, llegaba a su casa y la esperaba una pila de chismes para lavar en la troja de la cocina que quedaba en el patio y que a esa hora era el escenario para la danza de los palos de mango y de guayaba agria y dulce. Ella aprovechaba el son de una brisa que recibía con beneplácito aliviador de la sofocación que sólo amainaba a esa hora. Entre el lavado de la chismera y el disfrute del fresco le daban las doce. Luego había que apagar las luces, ordenar la ropa de la madre, rezar, pensar y pensar; y ahí sobrevenían las dos de la mañana. Cuando se asomaba el sueño por su toldo, el reloj de la iglesia daba impasible y acompasado las tres.

Años después, al frente de la tienda en la que se conseguía desde una aguja para coser calderos hasta el más barroco botón necesitado por la más monera modista, María no se acostaba hasta que contaba la plata de lo vendido, limpiaba la nevera, sacudía el polvo de los armarios, acomodaba los cortes de tela y limpiaba la vitrina, que ya estaba por tirar la toalla pues tenía el vidrio roto por la mitad. Después llenaba la nevera de bolsas de agua para el hielo, de Pony Malta, de jugos California, de gaseosas Postobón y Kola Román; y en reemplazo del cine veía dos o tres capítulos de la telenovela colombiana y, sin falta, la mexicana de moda. Hasta que todo aquello ocurría ella no iba a dormir. Pero el calor se lo impedía y el abanico de pie le daba más calor —decía— y le llenaba la nariz de polvo hasta taparla y hacer que se untara Vick VapoRub, entonces se iba a dar onda en la hamaca hasta que el cansancio la vencía. Para entonces eran las tres de la madrugada y el fresco del amanecer la mandaba a la cama por una sábana.

Cuando vino a vivir a Vista Hermosa con Adriana, era lo

mismo. Su sueño empezaba cuando casi aparecía el día, no era la noche el tiempo para que María Martínez durmiera, partía la noche o mejor, la alargaba arreglando lo arreglado porque Johanna dejaba todo impecable antes de ir a descansar. Pero María sacaba la ropa sucia de la hija, del nieto, de ella, y lavaba y lavaba hasta que le daban las nueve de la noche. Entonces se sentaba frente al televisor a ver *Pasión de gavilanes* o a repetir por tercera vez *Marimar*. Y ahí, sentada frente al televisor, recibía la llegada de la una de la madrugada, entonces pasaba a la cocina, llenaba un vaso de agua, lo tapaba y se iba a su cómoda habitación (y canturreaba: *Aunque la jaula sea de oro/ aunque la jaula sea de oro/ no deja de ser prisión*, a esperar el sueño que asomaba bordeando las tres. Pero ahora podía pararse a las nueve o diez de la mañana porque ya no estaba en Sacramento sino en la cárcel sin reja (como lo llamaba con sarcasmo y sin ningún pudor) que era el apartamento de la hija y del nieto.

Ahora que yacía en la cama de la clínica, dos deseos surgían con cierta claridad del marasmo que habitaba su memoria: que su abuela Tani la viniera a cuidar y las ganas de continuar durmiendo a la hora de siempre y despertar en Sacramento, en la puerta de su casa, sudando, contenta, despachando en la tienda mientras peleaba con el cliente que no traía menudo para pagar una papeleta de café con un billete de cincuenta pesos.

No iban a ser aquellas mujeres desalmadas que a diario le agujereaban la piel quienes la obligarían a dormir durante horas a las que ella no estaba acostumbrada.

32
Volar

María Martínez estaba ocupada en ser feliz. Ni siquiera el desmantelamiento de las dos cabinas telefónicas logró averaguar la placidez que la blindaba de los insultos de la madre, a quien le había llegado el rumor de que la hija se había convertido en la moza de un paisa casado y con hijos. Qué inmoralidad era esa, qué mal hado se había instalado en su familia, ocurrirle esa desgracia a ella, a la niña Pati, que, aunque pobre, llevaba consigo el linaje de los Mangones.

María la miraba y esperaba a que diera la espalda para hociquearle y atender a los empleados de Telecom, a quienes durante dos días entregaron los equipos para que el progreso de una más amplia oficina se instalara en Sacramento. No cultivó resentimiento ante la incertidumbre económica que llegó al hogar de los Martínez. Papullo, el dueño del Teatro Diana, le consiguió un puesto como maestra en La Ladera, una vereda de Sacramento. ¿Y para qué fue eso? Para el encoñamiento mayor entre los amantes. Juan Fernández Arango mandaba a recoger a María en su chalupa con uno de los trabajadores de la finca que estaba montando en las afueras de Sacramento, y antes de llegar a La Ladera, María se encontraba con él todas las mañanas y los mediodías también. Se amaban en las propias barbas de la iracunda madre.

Por entonces, lo único que María Martínez extrañaba era su oficio de taquillera en el Teatro Diana. La había reemplazado Carmen Teresa, una vecina y amiga a quien María protegía de las lenguas largas de Sacramento porque luego de unos amores tórridos con el puñetero de su hermano José, quedó embarazada y él no se dio por enterado. María Martínez supo que ella se deshizo del niño (con razón, pensaba, pero no lo decía en voz alta) y no se sumó al coro general que la despellejó y encima le

echó sal como quien dice “para que no lo vuelvas a hacer, mala madre, mala cristiana, al infierno te irás, nojoda”. Ignorantes del entierro que marcha por la sangre de Carmen Teresa, y quiere salirse por los ojos en forma de lágrimas a ver si encuentra por fin un cementerio.

*

Durante un mes María soportó la gritería de los alumnos y un mediodía Juan atracó la chalupa en el barranco y entonces ella tiró en el fondo de la embarcación dos cajas de cartón amarradas con pita de curricán y un neceser. Eran todas sus pertenencias. Uno de los trabajadores de Juan la ayudó a descender, mientras él la recibía con un abrazo y un beso que casi la hacen caer al agua. De inmediato se encendió el motor y una estela espumosa removió la sábana flotante que formaban las verdosas tarullas. María acababa de dejar su trabajo como maestra en la vereda La Ladera y la noche anterior había ido a donde su compadre Julio, “el Papujo”, ahora jefe de Telecom, para que le mecanografiara una carta de renuncia. Caminó hacia la calle de Las Damas con paso lento a ver si en el trayecto hacia donde su compadre se arrepentía de la decisión tomada, pero cuando llegó a la casa del Papujo, el jugo de guayaba agria con hielo que le brindó la comadre Luisa, el recuerdo del aroma de las manos de Juan Fernández y la estridencia del reproche eterno de la madre disiparon todo resquicio de arrepentimiento y aunque avergonzada con Papullo, quien la había nombrado profesora, envió la carta de renuncia. En la misiva le expresaba que ella no había nacido para maestra, que le diera el cargo a otra persona que tuviera talento y vocación. Y se voló con el cachaco Juan.

33
Vivir

Eran tiempos en que Sacramento nunca tuvo paz, sólo momentos interrumpidos por pequeñas catástrofes que de tan seguidas fueron construyendo la gran catástrofe. Adriana estaba terminando el bachillerato y María Martínez pujaba por mandarla a estudiar a una universidad. La madre había envejecido y se autoconfinó a la mecedora de hierro tejida con plástico. Sembrada en la silla recibía el café tinto, la comida, el ciento de calillas que desarmaba para armar nuevamente y sólo se paraba a calentar el agua para bañarse, a recoger el tamarindo en el patio para preparar las bolas que ponía a vender en la tienda de María y proveerse de más calillas para fumar, volver a tomar el tinto del termo y amasar el tamarindo con el azúcar que adquiría consistencia gracias al agua de panela que ablandaba la masa. Adriana era la encargada de verter el líquido; debía ser precisa, ni un chorro más que dejara muy blanda a las futuras bolas, ni un chorro menos que las dejara secas y se tostaran más con el calor. Si cometía una de estas imprecisiones sobrevenía un encarnizado insulto cada vez más renovado, porque no era Adriana precisamente la nieta preferida, como sí los cinco hijos de José que entraban y salían de la casa, desayunaban y almorzaban en la casa, comían de la tienda de María como si fueran hijos de ella. José, el padre, ahora trabajaba en la Caja Agraria, pero sólo usaba el sueldo para sostener el corral de gallos finos y emparrandarse con los compadres o amanecer en El Hospitalito, el burdel de Samuel Márquez. Cuando María le echaba en cara que fuera responsable con Everlides y los hijos, respondía con desidia:

—Yo acaso la mandé a que pariera tanto.

Ahí estaban la abuela y la tía de sus hijos, ellas que no los dejarían aguantar hambre ni necesidades. La tienda de la tía

Mayo era el sostén, porque el hermano, consentido y apechichado desde niño (el hombrecito de la casa) y ahora padre desnaturalizado, había salido jabao patas amarillas, como los gallos malos.

*

La tarde en que Adriana estaba bañándose con su prima Yina fue la misma que a Ida no le alcanzó el aire y se le espernancaron ojos y brazos tratando de encontrar un chorrito de oxígeno para que su corazón no dejara de latir. Fue la misma tarde en que a Adriana le bajó su primera regla y su prima Yina, boquisuelta como era, comenzó a gritar: "Tía, tía, Adri tiene una hemorragia". María no sabía qué hacer: si terciar el agua del baño de su madre, despachar a los clientes que tenía esperando en la tienda, correr hacia la casa de su vecina que ya estaba repleta de chismosos o mirar a ver cuál era la bulla de Adriana y Yina. Decidió irse a donde Ida y cerrar como pudo la tienda. Cuando llegó a casa de Ida escudriñó el rostro de Dagoberto y percibió que en menos de unos minutos le cayeron todos los años encima. Sus ojos negros se volvieron grises de tanto salir por ellos unas lágrimas gruesas y silenciosas. Sus cabellos negros se platearon como si hubiesen estado expuestos a una nieve indeleble. No gritaba, no se daba golpes de pecho como se acostumbraba en el pueblo. Sólo miraba y miraba a Ida, que relucía acostada en el desorden de cama, con todas las arrugas y tristezas suavizadas. Parecía dormida y cuanto más la miraba, más lloraba Dagoberto. El dolor de Dagoberto relucía en mitad de aquel cuarto, imperio del desorden y la humedad, compartido hacía un año atrás con Jairito. Los dolientes se acercaban con recato a Dagoberto, daban el pésame y se acomodaban respetuosos del dolor ajeno.

María Martínez no paraba de llorar, pero aún consternada y abatida se unió a los espontáneos voluntarios que fabricaron la escenografía de la muerte en cuestión de minutos. Raudos entraban veladoras, sábanas blancas, floreros, cuadros de las ánimas del purgatorio, de la Virgen del Carmen y del Corazón de Jesús para decorar el altar al que no podía faltar el vaso de agua para que el alma de la muerta llegara en la noche a saciar su sed y no se quedara atascada en el purgatorio. Las sillas se dispusieron en círculo en un abrir y cerrar de ojos. Y las mujeres

más viejas vistieron bellamente a la difunta.

Adriana y Yina se quedaron en la terraza de Ida luego de que Yina, mayor que su prima, saliera en toalla del baño (ante los improperios de la abuela) y bajara del armario una caja de Celox, la toalla higiénica que Adriana se puso al revés y que recibió su entrada a un mundo sobre el que María Martínez no le había explicado nada.

Al entierro de Ida fue casi todo Sacramento. Con la muerte, todos los resentimientos hacia Dagoberto se minimizaron, pero no faltaba la lengua larga que lo acusara de haberle cavado a Ida la tumba de a poquito con tanta malquerencia. Pero así sucedía en Sacramento: el dolor abierto cura las heridas pasadas y la gente hace una tregua en las ofensas para condolerse. Dagoberto encontró consuelo en El Hospitalito, sin hijo y sin mujer era un hombre derrotado. El desorden que era la identidad de la casa de Ida se acentuó y transformó en una sombra que oscureció aún más al prieto Dago. Perdido en el ron, sólo azuzaba a la sobriedad para fabricar una cama, un juego de comedor, una mecedora, un escaparate y entregarlo puntual para conseguir la plata y medio comprar donde María Martínez y aviarse de la carne en el mercado de la orilla a donde muchas veces llegó con la pea viva. *Un hombre solo no puede vivir/ Un hombre solo se puede morir/* punteaba en su guitarra las tardes en que no estaba borracho.

De espaldas a la vida, Dagoberto desconocía que en Sacramento no bastaban los trámites del paisa Edgardo y del capitán González, porque mientras la guerrilla secuestraba a más de un arrocero, los aliados de la policía regaban el pueblo de muertos impensables. María se arropaba de una velada protección que le daba Edgardo, pero aquello se estaba saliendo de madre, y al dolor de tanto desaparecido conocido sumaba el tener que trabajar para pagar una amañada protección a los bandos contrincantes. No alcanzaba la sangre derramada del Sagrado Corazón de Jesús, ni la justicia y benevolencia de san José, patrono de Sacramento. Había que rezar, pero ante todo se debía pagar la vacuna.

No sólo era un llamado tácito y generalizado al silencio, a no mencionar el dolor por este o aquel nuevo difunto. Los paracos irrumpieron también con las maneras de nombrar las cosas, los animales, las costumbres. Paraco era un panal de avispas; paraco era el cabello despeinado y largo, el pelo chuto de los prietos. Las

madres prohibieron, con chancleta bien direccionada para que llegara a su destino, el temerario juego de tumbar los paracos de avispas para después salir desmandados buscando escondedero, porque los paracos armados se ensañaron con unos pelaos que gritaban: "¡Le dimos al paraco, le dimos al paraco!". Sin que nadie lo organizara, se corrió la voz de cambiar el nombre paraco al pelo chuto y decir mejor: "Ajá, niña, ¿y cuándo vas a dejar de estar espelucá? ¿Para cuándo te bajas esa maraña de pelo?".

Perder el idioma es como perder décadas de vida encerrado en una mazmorra. Así fue en Sacramento.

34
Caer

Nada te aísla más que no poder sentir el tiempo. No sentir la distancia entre horas y días. Los días pasan iguales, sólo la esperanza de la muerte te recuerda que estás viva. Lo otro es la luz siempre encendida como si estuvieras en un estadio capturada por la más feroz dictadura. María Martínez no sabía (o no quería saber) que habían pasado treinta y un días desde la tarde del dieciocho de abril que se paró hacia el cuarto de Pablo a buscar lo que no se le había perdido, es decir, su desgracia.

La vida tiene dos formas de vivirla, pensaba Adriana y le gritaba a Luz en los continuos altercados que tenían: Podemos soñarla o alcanzarla. María Martínez, campesina de Sacramento, había alcanzado el plan trazado: una hija, un pueblo en el que era una persona amada, una casa, un amor tan profundo como el que vivió con Juan Fernández Arango y morirse cuando sintió que había perdido todo eso.

Eran las ocho de la noche y Adriana masajeaba las piernas de su madre con alcohol antiséptico; le rascaba la espalda; ayudaba a que medio se sentara e insistía al enfermero de turno que le ayudara a cambiar el pañal a María porque lo sentía muy empapado y ella afirmaba que estaba cagada. Con una sonrisa forzada un enfermero joven se acercó y empezó un parlamento melifluo:

—A ver, vamos a cambiar el pañal a la abuela más bonita de esta sala.

María le sonrió con sinceridad y cuando se fue le dijo a Adriana en un chispazo de lucidez:

—Ese muchacho es muy bueno, siempre me trata con cariño; la que está embarazada no y la señaló con los labios; bajó la voz porque se acercaba otra enfermera alta y mona que parecía desfilar por la habitación como si se tratara de una pasarela.

Venía acompañada del médico que hablaba como si tuviera una papa caliente en la boca, que además salivaba hasta hacer que, durante su lacónica conversación, lloviera sobre quien lo oía.

—La abuela está mejorando, los controles diarios para establecer el ritmo de su hipertensión arrojan medidas regulares, la creatinina y el potasio se encuentran estables. Mañana miércoles viene la anestesióloga y si ella autoriza, el sábado arreglamos esa cadera, abuelita.

—Ay, docto, gracias —suspiró María.

A las nueve pasadas de la noche de aquel miércoles de mayo, se fue Adriana hacia su casa con la alegría renovada. Caminó las cuatro cuadras hasta salir a la avenida a tomar el Metrolínea. Al pasar por una tiendita que le recordaba, por lo desordenada, la de su madre en Sacramento, compró guineo, papaya y mangos; al pie del semáforo que daba a la avenida se hallaba la misma malabarista negra, de pelo liso y largo a la que Adriana acostumbraba a regalar un poco de lo que llevara en la bolsa. Cuando no llevaba ni frutas ni panes, sólo la plata para el bus, evitaba mirarla por la vergüenza de ver cómo la mujer se esmeraba en afinar su número para recibir una paga: Adriana bajaba la cabeza y caminaba rápido para huir de ese compromiso tácitamente adquirido.

Como una exposición de cuadros en movimiento pasaba el bus al lado de los andenes de Bucaramanga, Adriana se sentía como en sus tiempos de adolescente psicodélica, invadida por una incipiente música disco que alcanzaba a llegar a Sacramento a través del programa de televisión *Disco,* el único con música y bailes en inglés y que le mostraba a través de colores raros que la obnubilaban, una realidad musical distinta a la que le ofrecían la música de viento y los cantos vallenatos. Así, aquella noche, las imágenes de la ciudad que corrían a la velocidad del bus en el que se iba para su casa de Villa Hermosa. Y en aquellas ilusiones ópticas soñaba ver renacida su esperanza; veía construirse ladrillo a ladrillo la muralla que detendría a la muerte. Pensaba (¿cuándo dejaba de hacerlo?) en María Martínez, que no se quejaba, ni suplicaba por que viniera a verla o por que no se fuera de la clínica. Y caían goterones de sus ojos que la brisa de la calle secaba, pero el dolor que la asediaba mantenía sus adentros siempre aguados como si un dique se hubiera desfondado. Veía a María encandilada por la cercanía de lo incierto; María que sólo

tenía aliento para decir que la comida de aquella clínica era lo peor, o que le untara alcohol en las piernas, o que le cambiara el pañal. Todos estos actos sucedían siempre que estuviera despierta, que en el día eran pocas horas. Porque era en la noche cuando se abrían, tanto para la madre como para la hija, las compuertas de la angustia. La una llamando a Tani, su bisabuela, sólo viva en su ensoñación; y la otra, que no hallaba qué hacer para que su madre encontrara el sosiego sólo posible cuando la claridad entraba por las ventanas de aquel cuarto piso que empezaba a tener aspecto de antesala del infierno.

Recostada al vidrio del bus, se dejó atrapar por el sueño cansado de las diez de la noche y sonrió al recordar los versos de Cristina Peri Rossi:

Si no pedí que me trajeran
¿Por qué me echan?

35
Volar

A cinco años de esa unión inmoral ante los ojos de Dios y del pueblo, María seguía despreocupada por el qué dirán y alegremente atareada en sostener a San José, que cada vez más era la prosperidad hecha tierra, porque si aquella bella hacienda marchaba con juicio, Juan Fernández Arango elevaba su carcajada amorosa, así María supiera en el fondo del fondo que esa alegría no era exclusiva para ella.

Aquel bienestar era una embriaguez que se bastaba a sí mismo y no requería preguntas, ni razonamientos que trajesen preocupaciones. Se trataba sólo de dejar que la vida siguiera su curso. Se trataba de ser feliz sin averiar la felicidad de los otros. El día crecía bajo el viento de San José, y María no se percató del cambio de hábitos que su rutina alimenticia empezó a vivir. Esa desaforada apetencia por el mote de queso; esa insaciable sed de agua de panela con limón; ese sentarse tarde a tarde con una totuma repleta de mangos de azúcar hasta no dejar sino las cáscaras del fruto. El incontenible asco hacia el pescado frito y el pollo guisado. Y después de cada banquete, la puntual carrera hacia el baño a arrojar los alimentos con el mismo ahínco que fueron saboreados. Juan se percató primero que la propia María de que venía un hijo en andas. Y lo celebró como siempre, con chistes y carcajadas, esta vez poco celebradas por la ojerosa compañera, a quien aquel embarazo la había inutilizado hasta confinarla a una hamaca desde donde apenas si daba una que otra orden a los trabajadores de San José.

Una noche en que el cielo parecía haberse roto, Juan Fernández Arango tuvo el presentimiento de que las goteras de la habitación lo habían inundado todo, porque al voltearse en la cama sintió que había empezado a nadar entre las sábanas. Tocó a María Martínez para alertarla, pero ella había pasado uno de

sus peores días vomitando y su sueño era muy profundo. Como pudo, Juan encendió la lámpara. La habitación se iluminó y el pavor germinó en su rostro cuando vio que sus manos, su cuerpo, la cama y la misma María eran un charco espeso de sangre. Tan pálido, como roja la sangre que manaba de las piernas de María, Juan llamó a Anatilde, la mujer del capataz. Anatilde acudió con premura e intentó despertar a su patrona pasando algodón con alcohol por su nariz. Como no lo consiguió, ordenó a su patrón que sacara la avioneta. Pero aquello era imposible con el vendaval que azotaba al valle en ese momento. Entonces cargaron entre todos a María y en medio de aquella tempestad la trasladaron en un tractor hacia Sacramento. El tractor iba despacio y Juan, Anatilde, Lucho y otros dos trabajadores más se habían quedado callados protegiendo de la lluvia a la patrona, que sentía que la vida se le iba en aquel pozo oscuro que se había roto en sus entrañas.

Llegaron a las siete de la mañana y Juan Martínez Arango se la entregó a la madre que, en el desespero de ver a la hija casi transformada en una bomba desinflada, olvidó la ofensa que aquel cachaco le había hecho. El doctor Acar Janne, siempre el doctor Acar Janne, amigo de la familia, intentó contener aquella hemorragia. Empezó a perder la calma y la pericia hacia el mediodía cuando vio nacer a una niña larga y flaca llena de moretones que parecía un bollo de maduro, pero completa y llorona. Mientras María Martínez, desfallecida, obligaba a la madre y a la hermana a que cambiaran continuamente las sábanas que salían hacia la batea, empapadas de sangre. Con el mismo temor del náufrago, el doctor Acar se dedicó a inyectarle anticoagulantes a diestra y siniestra, pero María se evaporaba en cada sábana que cambiaban. La moribunda, sin embargo, vio a Juan Fernández Arango que entró por vez primera a la casa de la madre y vio cómo la mujer, con el odio renovado y espoleado por la posibilidad de que el padecimiento de la hija tuviera un desenlace fatal, le entregaba un bultito que lloraba a todo pulmón:

—Toma, cachaco, esto es tuyo, el que cortó su leña que la cargue.

—Sí, señora, yo me las llevo, pero espere al menos que su hija se restablezca.

Se acercó a María y la abrazó muy fuerte y le dijo: “Tranquila,

apenas estén mejor, me las llevo. Siempre había querido una nena (le pondremos Adriana)". María sonrió y pensó que lo mejor que podía pasarle en ese momento no era que se detuviera la hemorragia, sino que apareciera encima de su Juan y de su Adriana, con el doctor Acar sonriendo y la madre apaciguada (¡por fin!), un cartel luminoso en el que se leyera: "The End" y que surgiera una panorámica de felicidad eterna por encima de aquella casa humilde al ritmo de toda la orquesta sonando, mientras a lo lejos sus vecinos de Sacramento pasaban por la calle y la saludaban rebosantes de contento por ese final feliz.

36
Vivir

Las tejas fue lo último que compró y el día que don Velo se las trajo sirvieron para tapar los pedazos de cielo de los cuartos que aún permanecían en obra negra. Las tejas tapaban el cielo estrellado de ese marzo insistentemente veraniego, un cielo que María vigilaba mientras recordaba las noches en el Teatro Diana y en el balcón de las hermanas Torres que daba al patio oloroso donde se acodaba con Juan después del amor, y con ganas de más amor se encerraban nuevamente en el cuarto de madera y techo alto en donde todo olor, todo efluvio, todo roce hacía que los amantes retomaran el oficio de navegar por sus cuerpos. En aquellas exploraciones amorosas, María descubría qué venía después del *The End* de las películas de las que bebía parte de su conocimiento del mundo amoroso; supo poro a poro qué pasaba cuando los recién casados o recién fugados se encerraban en las lujosas habitaciones y se pronunciaba el amanecer con el sol como una yema que se metía por el balcón y se derretía hasta caer sobre los cuerpos de los que yacían alborozados; y ella veía a Juan dormir, abrir los ojos, sonreírle y abrazarla con un cariño que nadie hasta entonces le había prodigado.

Pero en aquella dulce vigilia (interrumpida por el grito de la madre que, aun nonagenaria, seguía siendo una espina en el pie) también estaba el susto del pícaro que se la tenía montada porque las sabía solas en la casa en construcción. La casa que por fin era de material. La casa construida a punta de alcancías de monedas de quinientos pesos guardadas en las latas de Avena Quaker. Dos latas llenas: una pared; tres latas llenas, los pisos… y así hasta que levantó el sueño de infancia de Adriana: una casa que no se inundara.

Aquella noche al bandido le fue fácil volarse la paredilla sin repellar. María nunca había sido nerviosa, así que con la fuerza

de una chalupa que, alebrestada, horada el río tapizado de tarullas, María empezó a gritar al ladrón cuando sintió que pegó el brinco y estuvo a merced de él:

—Ya te sentí, malparido, debes estar bien jodido para meterte a robar a unas mujeres solas, ponte a trabajar, potroso e' mierda.

No supo cómo no se le cayó el foco de mano debido al temblor que se le desató en el cuerpo, pero el tipo volvió a subir la paredilla y huyó hacia el Barrio Abajo, eso le dijo Adriana que, entre tanto, aguantaba los improperios de la senil abuela dispuesta a pararse en plena contienda de María con el ladrón, porque lo más probable era que la hija bandida esa estuviera hablando con uno de los mozos que metía a la casa por la noche. Adriana, que, a diferencia de María, la enfrentaba, le decía que se callara que dejara de ser tan mala madre.

María seguía temblando y gritando al picaronazo que corría calle abajo en la madrugada húmeda de Sacramento. "Seguro me conoces —seguía gritando ya casi delirante y presa de los nervios —, quién sabe cuántos favores te habré hecho, degenerado, desagradecido". Adriana se acercó a la paredilla que daba al patio y suplicó a la madre que se acostara. María le hizo caso porque notó que el patio se llenaba de la luz del alba y el gallo subido en uno de los guayabos empezó su canto triste y despertador. Escuchó también el torno de Dagoberto dando forma de silla o de entrepaño para un escaparate a la madera. Y se fue a acostar, no sin antes asomarse al toldillo de la madre que roncaba con una algarabía burbujeante que parecía una conversación agreste como las que ella sabía tener con el resto de los seres, excepto con José, su adorado hijo.

El sueño no atrapó a María, mientras que Adriana yacía plácida y María movía la cabeza, y con un reclamo sonreído decía a la hija: "Caramba, niña, tú no te duermes, tú te privas".

*

Claro que a la gente que chupa la felicidad por un tiempo siquiera se le quita el sueño; no es la comida la prioridad, aunque al final la vence el cansancio. Ahora que María está acostada en la hamaca habitando la vigilia, porque, para qué meterse a la cama si ya se la había cogido el día, le entra de repente una serenidad y hace como si no hubiera pasado el sofoco de noches anteriores

con el ladrón que ella intimidó ahora no sabe cómo. Sonríe al recordar su coraje. Pero no quiere que se repita la escena porque Sacramento era un hematoma lleno de pus a punto de reventar, las puertas habían sido derrotadas con la llegada de los nuevos salvadores que, como una peste, atacaban a los más indefensos. Abiertas siempre de par en par para permitir que entrara y saliera quien quisiera: desde la brisa a traer rumores de otras tierras hasta la vecina a contar el chisme más fresquito. Allí en la puerta de la casa, en el pretil, ocurrían estampas que anunciaban que Sacramento debía salir a ver pasar la procesión de san José. O todos hacían de la telenovela un asunto cotidiano mientras con la escoba en la mano se barría la terraza a las seis de la mañana antes de que el sol apretara su calor. Pero aquello era una estampa pasada. Ahora las puertas habían sido derrotadas y con el calor solazándose en el cuerpo y en la mirada de hombres, mujeres y niños, no se sabía qué era más grande, si la sofocación del encierro prematuro o el miedo de que amaneciera y se enteraran del nombre del nuevo difunto.

Sacramento había mutado (o tal vez siempre había estado así) en un pueblo anclado en la desidia al que el olvido del gobierno departamental le brindaba muerte cuando pedía tan sólo calmar el hambre. Los lazos de amistad empezaron a soltarse de manera trágica. Cada amigo con el cual jugaste podía informar a los paracos que a tu casa se acercaba un guerrillo. El verbo "informar" estaba a la orden de los sucesos.

Adriana cursaba el último grado de bachillerato y su amigo Emmanuel, apodado "Rojamín" porque era chapeadito como si fuera un cachaco, manejaba un yonson por el río en el que transportaba cargas de muebles, semillas, bultos de arroz, maíz, sorgo y pasajeros. Los paracos le cogieron el transporte de lleva y trae. Cuando se les daba por trasladarse a cada uno de los veintinueve corregimientos de Sacramento que habían colonizado, era el bote de Rojamín el medio que usaban. No había pasado un mes de esos viajes en los que en el rostro de Rojamín se borró toda huella de su belleza anterior para instalarse entre sus ojos dos arrugas tempranas que el sol inclemente se apresuró a tatuar. Rojamín se convirtió, como tantos en Sacramento, en un joven viejo que clausuró la risa y el "déjame está que yo sé lo que hago". Un pedazo de la vida puñetera se le iba cada que los hombres forrados de armas

bajaban a los pasajeros y a él le tocaba arrimar en la primera orilla que encontraba y ver con angustia a sus paisanos quedarse varados sin nadie que los llevara a su destino. Continuar el viaje con esos hombres que descuidaban lo importante de vivir lo hacía taciturno y silencioso, él tan changonguero y dicharachero.

Una tarde, a eso de las cuatro, Rojamín venía con Maximiliano, su ayudante, y con el yonson cargado de sillas y de bultos de millo. Un sol renuente a ocultarse le quitaba la visión de la tropilla que le hacía seña que arrimara al barranco. Entonces siguió como si nada río abajo. Maximiliano le gritó: "Al río, Roja, al río". Pero el motor no lo dejó escuchar ni a su amigo, ni a los tres tiros que recibió, ni la última frase que escuchó en su vida: "Esto es de parte de la revolución, por traidor".

Adriana le peleó a María para que la dejara ir al entierro de su compañero de curso, pero María se negó. Adriana no protestó porque su madre nunca decía que no a todo lo que pidiera y si ahora se negaba por algo sería. "El palo no está para cucharas, Adriana, qué se puede hacer por Emmanuel, sólo rezar". Fue el primer muerto sin avisar que Adriana tuvo en su vida. A partir de esos días desgraciados la cuenta de ausentes se perdió y entonces Sacramento asistió a la invasión de cuervos ahítos que instalaron la prohibición de llorar a los paisanos que caían. Tuvieron que beberse el dolor como un salvoconducto para que la muerte no los visitara.

37
Caer

Varias noches después de la muerte de María Martínez, Adriana estaba despierta y sola en su cama del apartamento que compartía con Pablo. Adriana pensaba en la ausencia definitiva de su madre, sabía que no la volvería a regañar y a decirle que si se creía la reina de Inglaterra; sabía que no volvería a escucharla tararear con voz queda la canción "Flor de azalea": *Como espuma que inerte lleva/ el caudaloso río./ Flor de azalea, la vida en su avalancha/ te arrastró*…; sabía que no la vería doblar la ropa del nieto como quien dobla los sueños para luego volver a lavarlos y tenderlos al viento helado de la tarde; sabía que no habría más arará mezclado con Vick VapoRub para apaciguar las dolencias de las piernas; sabía que ya no la vería lucir el trajecito amarillo, el mismo de la foto que se dejó tomar en el centro comercial y con el que la vistieron para que estuviera bonita allí en su ataúd; sabía que María ya no le diría más silencios ni fingiría cojeras para preocuparla… Adriana estaba convencida de esa ausencia tangible, pero al mismo tiempo estaba llena de una certeza y era ese convencimiento de que su madre en ese momento, en esas primeras noches de su reciente dolor, se hallaba dormida en la habitación que ocupaba desde que se vino de Sacramento, la habitación situada entre la de ella y la de Pablo. Allí la hacía Adriana rezando el rosario porque nada había pasado, que todo había sido una larga y espesa pesadilla. Discurrían los cinco días que otorgaban (por ley en un país en que la ley era el dinero) en su sitio de trabajo para que hiciera el duelo. Vano intento aquel. Pero pensar que María Martínez estaba dormida allí en su casa apaciguaba su cuerpo, que era lo mismo que su alma.

Con el paso de la noche Adriana se convencía de que María estaba en Sacramento. Eran las dos de la madrugada y la veía llenar la nevera y limpiar con meticulosidad cada botella de Kola

Román, de jugo California, de Pony Malta, de naranjada Postobón. La veía acostarse a la media madrugada; sacudiendo la hamaca para que apareciera el sueño y sonriendo al ver que no, que no habría sueño posible de soñar, que tal vez los había soñado todos (al menos los que a ella le interesaban), que no había necesidad de tener más vida cuando dormía porque estaba en su casa acompañada de su soledad conocida, de su adorado calor, de los ruidos de la noche sacramentense, de los gatos chillando sobre el techo mientras se desprendían del doloroso amor; en su casa de Sacramento oficiando la precaución de tapar los dos únicos espejos que tenía por si llovía no se le enredara un rayo dentro de la casa en el espejo descubierto; en su casa de Sacramento hecha con alcancías de monedas de quinientos pesos; feliz viviendo la tranquilidad de contar la plata ganada en el día, mientras acomodaba el maltrecho ventilador de pie que amenazaba con caerse y esparcir los billetes sudados y gastados que María clasificaba de acuerdo con su destino por cantidades diferentes en los potes de Avena Quaker que eran sus cajas fuertes. Adriana atrapaba entonces al sueño casi tranquilo cuando le llegaba aquella María que estaba en Sacramento.

Pero de pronto, el silencio de la madrugada del sueño-insomnio de Adriana que imaginaba a la madre en muchos sitios menos muerta (para darse una tregua en el dolor que se había acomodado en el pecho) era atravesado por los pasos de Pablo que se dirigía hacia el baño del pasillo, entonces la realidad, como un bulto de anzuelos, caía sobre su rostro y lo desangraba; y los ojos se abrían más de lo acostumbrado para entender que tal vez María Martínez no estaba en Sacramento y, por el contrario, se hallaba aún a esa hora en la clínica-hueco en donde le practicaron seis cirugías hasta que por fin consiguieron matarla. Pero Adriana no la veía muerta, la veía sola en la soledad de las luces encendidas del cuarto piso, a las dos de la mañana, la única suplicante que estropeaba el sueño de las enfermeras y de sus tres compañeras de habitación. Veía a su madre como la única piedra que aquellas guardianas tenebrosas deseaban quebrar en pedacitos, volverla arena para que dejara de llamar a deshoras a la tal abuela Tani, Tani, Tani y que por fin permitiera el silencio y el sueño de los sanos. Adriana veía aquella vida y deseaba tener una imagen del sitio real a donde su madre muerta estaba ahora, pues su tormento, el de esa hora de la madrugada (ya casi de día)

era saberla en el suplicio de la clínica de la calle 35 de Bucaramanga. La veía bella (María siempre estuvo bella, sin arrugas a sus setenta y cinco años, incluso cuando la vio metida en la bolsa azul como si fuera basura por la que se escurrían los líquidos de la hinchazón con la que terminó su cuerpo llagado), pero amarrada de las muñecas a la cama, tal vez con picor en su recto, tal vez orinada, tal vez con sus partes llenas de defecaciones, pero amarrada, imposibilitada para saciar el picor, la rasquiña, torturada por las ganas de rascarse, enloquecida llamando a Tani, Tani, Tani, y las enfermeras (esas Führer de clase media que ganaban un millón cuatrocientos treinta mil pesos cada mes, pero veían ese sueldo cada seis meses), llenas de un poder que sólo ejercían con seres que habían sido obstinados robles, pero ahora yacían desarraigados, tumbados por la mala hora, por las manos ineptas de un ortopedista que cobraba más y más por cada cirugía errática que practicaba, gritando a María: "¡Ya cállese, vieja, deje dormir!"; en mitad de esa nada-noche en aquel sitio que parecía un pabellón a escala de los tiempos de dictadura, siempre con la luz encendida; gritando injurias al cordero herido cuando no había familiares presentes ante quien aparentar cuidado y protección para la anciana-cordero atrapada, que miraba atónita ese maltrato, ella que siempre tuvo la misericordia como un abono para cuando se necesitara ("Haz el bien y no mires a quién, Adri —le decía—; haz el bien que la vida da muchas vueltas"). Pero ese abono para los tiempos de la vejez enferma e inútil terminó en tierra mala… ¿Dónde estabas, Adriana? ¿Dónde Pablo? ¿Dónde estaba el Corazón de Jesús a quien dedicó el rosario y una misa los primeros viernes de cada mes?

*

Hay dos tipos de insomnio, el que se padece por exceso de actividad y el que se padece por falta total de ella; el primero lo padecía Adriana y sentía que en ese estado habitaba en la más escabrosa dimensión de la estupidez; el segundo lo sufría María tendida en su cama, amarradas las manos, con la pierna izquierda soportando el peso de una bolsa de agua dizque para equilibrar la cadera rota, en su cama de aquel matadero con el nombre de Clínica Gestionar Bienestar, y aunque ella no lo sabía, sí sentía

que estaban ahí los condenados a ver la estupidez humana. Los dos se relacionan, finalmente, por la estupidez de habitar un mundo.

38
Volar

Era un bollo de maduro aquella niña que le nació a María Martínez. Llena de morados en la piel como si hubiera padecido la tortura de innumerables agujas; larga y con los huesos envueltos en una telita que parecía ser la piel y, para mayor abandono, desdeñosa del pezón de su madre y empeñada en chuparse el dedo pulgar como si la vida se le fuera si no se lo llevaba a la boca. María, que aún no salía del asombro por el sitio perverso en el que la había vuelto a situar la vida, hacía un inventario en la memoria de las frases que pensaba cuando su madre le lanzaba pullas cada vez más adobadas de veneno: "Ajá, y el cachaco ya te consiguió reemplazo, porque no se ha portado por aquí… Te advierto que no voy a criar nietas que no he buscado, la que cortó su leña que la cargue… Sigue creyendo que el golero come alpiste…". Esa manera de entender la vida, de dirigirse a ella siempre con el refrán acomodado para que produjera el efecto cruel abría unas goteras incurables en su alma: siempre llovía adentro de María. Cada paso, cada decisión, cada idea de la dañada madre obedecía al prejuicio expresado en un refrán y la certeza de que la vida sería tal como ella la había vivido cada día.

María, humillada, flaca, ojerosa, desganada, había sobrevivido a aquel parto y añoraba los cuidados de Anatilde, que no dejaba de enviarle caldos y comidas desde San José que fortalecieron sus pechos para que la leche bajara y la niña mamara. Sus senos entonces se estallaban del cargamento de leche que empezó a fluir. La niñita parecía ahogarse cuando el chorro del pezón se convertía en regadera y con la debilidad de su diminuta existencia luchaba en vano por que su boca capturara el pezón incontenible. María la ayudaba, pero sus tetas eran más grandes que el rostro de la recién nacida, que se cansaba rápido y

empezaba a llorar por el hambre que la invadía, aunque la cubriera un manantial de leche.

Con Fanny Torres, Juan Fernández Arango le había mandado teteros y un juego de talcos y cremas. Entonces María comenzó a ordeñarse y a darle de a una onza, de a dos a su hija. Al principio funcionó, la niña recibió el tetero, pues podía prensar con facilidad el chupo y María se sintió aliviada. Pero cuando cumplió un mes (durante el que la abuela perfeccionó su malquerencia; y el hermano ponía la radiola a todo volumen a altas horas de la noche porque Jorge Oñate acababa de sacar su elepé con dos canciones que Sacramento había convertido en himno: "Amor sensible" y "Los tiempos de la cometa") y había adquirido la fuerza para pegarse al pezón de María, con la misma ansiedad y sabrosura que succionaba la leche, y apenas María guardaba la teta para limpiar las gotitas regadas en la barba y el bozo, la niña se ponía morada y empezaba a vomitar sobre la mamá toda la leche que acababa de beber. María corría por toda la casa con su hija en los brazos y al ver que la madre ni siquiera se mosqueaba corría a donde Ida María y ella la alzaba, le daba golpecitos en la espalda, la ponía boca abajo, hasta que la niña recobraba sus colores y alientos.

Hubo que quitarle el seno a la niña y reemplazarlo en definitiva por el tetero con agua de canela y un complemento de nombre Sustagen, que le salía muy caro a María, quien además entregaba a la madre parte de la plata que le mandaba a escondidas Juan Fernández Arango para medio apaciguar la malquerencia de la mujer. María creía vanamente que su madre encajaría por fin en la costumbre de olvidar los resquemores causados por ella, encariñándose con la nieta. Pero nada: ni una caricia, ni un pechiche para aquella niña flaca y desgarbada por quien María se desvivía al punto de que la entrega a su cuidado hizo que no pesara tanto la nostalgia de oír la fanfarria del Teatro Diana todas las noches a las siete. Envolvía sus necesidades en una cara sonriente y apenas cumplió la dieta, arreglaba a su hija para sentarse en la mecedora y era un gusto darse onda justo a las seis de la tarde en la puerta de la casa cuando empezaban a pasar los puestos de fritos y las cavas llenas de bolis, gaseosas, chicha y cerveza y formaban un arco al frente del Teatro Diana como un teatro por fuera del teatro que, a su vez, albergaba individuales escenas vividas por los espectadores de la gran trama que

proyectaba la película. Ahí en ese teatro externo ocurría la historia de la supervivencia de los paisanos que María miraba desde su puerta con la hija entre sus brazos; paisanos que, entre empanada, arepas de arroz y bolillos de yuca con queso, acompañados de chichas de maíz o Kola Román, regateaban el peso para entrar con el estómago lleno a ver la película. Alimento para el cuerpo y para la mente que, sin embargo, propiciaba enfrentamientos: "Carajo, niño, pidiéndome rebaja por tristes dos empanadas, pero para entrar a cine sí tienes la plata completica". La vida entonces en Sacramento era tan sencilla como un buen sueño o, mejor, como la bella sensación de completar un buen sueño y despertarse satisfecho porque el resto del día sería sostenido por lo vivido a plenitud mientras se dormía.

Pasaban frente a la puerta de María los espectadores de la película que venían del Barrio Abajo y ella respondía a todos el saludo, "Adiós, niña Mayo, adiós, Víctor Julio; Maayo, adiós, cómo sigues, adiós, Aura, mejor, mejor, mira a Adriana, ya está cogiendo carne… ay, niña, qué bueno… Adiós, niña María, adiós, Afranio, saludos de mi mamá, gracias, mijo, se los devuelves… Niña María, cómo sigue la cachaquita, ¿ya se está empeluchando?…Ahí va creciendo, Josefina…". María los miraba llegar hasta la taquilla e imaginaba a Carmen Teresa reemplazándola en la venta de los tiquetes. Cuando estaba en San José con Juan Fernández Arango apenas si tenía tiempo de recordar y mucho menos de añorar su oficio de taquillera, pero ahora sentía que su mente no estaba preparada para nada parecido a estar esperando a que un hombre la liberara de aquella zozobra y tensión de habitar la casa de su madre que más parecía una cueva: sólo sombra y paredes para habitar, más el peligro latente del agravio, del reclamo, de la chabacanería de su hermano, que también tenía una hija de año y medio, y ella sí era los ojos de la abuela.

Llevaba tres meses viéndose a escondidas con Juan Fernández Arango en el mismo balconcito de las hermanas Torres. No le contaba con detalles la situación asfixiante que vivía con su madre y hermano, pero Juan no necesitó saberlo y le dijo que se alistara porque se regresaba con él para San José. María lo miró y hasta las ojeras acumuladas sonrieron. El hombre cargó a la hija y las abrazó. Bajaron en silencio los escalones y se encontraron con Modestico Torres, el papá de las Torres, que se dirigió a Juan:

—Ajá, cachaco, y cuándo es que vas a recoger a María, porque allá en la casa de Patricia la cuchara está alta por todos los costados.

—Por los clavos de Cristo, déjate de eso, Mode —se atrevió a reconvenir María.

—Qué va, Mayo, las cosas son como son y no dejan de ser…

Juan Fernández palmeó el hombro de Modesto y le dijo que él sabía cómo era el asunto, que tranquilo, que ya lo había hablado con María. De nuevo abrazó a la mujer y besó a la niña. Las acompañó hasta la puerta y María se fue con su bultico llorón recostado en su hombro derecho, se detuvo en cada casa camino de la suya y las palabras que le salían de cada conversación que sostuvo parecían tener color y le resultaba imposible dejar de reírse y de mostrar a Adriana como su tesoro más conveniente. La noche la pasó acomodando sus pocos chécheres y los de la hija. Llovió duro como siempre llovía en Sacramento, con un estrépito tal que parecía un combate entre la lluvia y el techo de zinc. La madre se apoltronó en la mecedora. En una mano tenía el rosario y en la otra la calilla humeante. María aprovechó la distracción que el aguacero y los truenos causaban en la madre y acomodó sus pocas posesiones en la maletica que había traído de San José y la metió debajo de la cama. Preparó un tetero a Adriana, contempló con devoción la ansiedad con que la niña succionaba las dos únicas onzas que tomaba con ganas en el día, porque María no hacía sino inventarse toda clase de alimentos para vencer la inapetencia de la hija que sólo deseaba la teta, justo la leche que le hacía daño. Así que el tetero de la noche era la pequeña victoria del día.

Volteó a la niña sobre sus piernas y esperó que al compás de los golpecitos que le daba en la endeble espalda saliera algún eructo o un pedo. Sólo cuando esto sucedió, María cambió el pañal de tela que prensó con nodrizas y acostó dentro de la cama entoldada a la saciada bebé. Ella terminó de cerrar la maleta sentándose encima para aplanar sus pertenencias y pasarle llave. La metió debajo de la cama, se acostó vestida y esperó que amaneciera para aguardar a Juan Fernández Arango. No pensaba dormir porque no se sentía a salvo de nada, ni de la madre, que quién sabe con qué iba a salir cuando se subiera al carro de Juan, ni del mismo Juan, que quién sabe si vendría por ella. Empezó a sentir que nadie la salvaría, tan sólo ella misma, pero no sabía

cómo, así que empezó a esperar despierta a Juan, mientras velaba el sueño de Adriana bajo el toldo que las protegía de los mosquitos y los truenos, pero no del calor que cundía mientras más llovía, y de la ansiedad por el amanecer que no llegaba.

39
Vivir

Tú quieta, aunque/ el trapecio todavía se mueva/ y te delate, leyó Adriana en un libro lleno de moho en la biblioteca de su colegio. Eran unos versos de una poeta que le llamó la atención porque tenía el mismo nombre de su madrina de confirmación, el nombre de la tía Ida, la vecina que era como hermana de su madre y que se murió tratando de buscar aire para que no se le reventaran los pulmones. Era un descubrimiento Ida Vitale para Adriana, Vitale, qué apellido era ese, si ella solo sabía de Baldovinos, Pérez, Serna, Acar, Navarro, Sampayo Munive, Fernández, Arango… "Qué apellido más bello", pensó, y esos versos que le caían tan a propósito de la herida supurante que era Sacramento. Porque eran aquellos tiempos en los que ella no sabía, pero sentía, que a quienes se decían políticos en realidad lo único que les interesaba era tener poder, no les nacía cambiar nada porque aquel mundo en el que se había convertido Sacramento les era cómodo.

En cambio, Adriana estaba creciendo y no sabía qué era tener poder, a lo sumo, el poder que María Martínez desplegaba al poner al servicio de casi todo Sacramento su floreciente tienda. Pensó en su bisabuela Etanislá, la madre de Pati, la abuela perversa. María le había contado que para Tani, ella era la nieta preferida. Pero al igual que su padre, había muerto muy joven. La historia de la muerte de Tani estaba vestida de profundo dolor. María le había dicho a Adriana que ella había sido la única liberal de la familia, que era toda conservadora (pero no se metían con nadie). Un día iba Tani para el Barrio Abajo con una de sus hijas en los brazos. La niña tenía ocho meses y era hermana de su abuela Pati. Era la una y media de la tarde y en el parque, frente a la iglesia, había un grupo de conocidos de ella tomando cerveza. Los acompañaban dos policías cumpliendo el deber de estar borrachos y todos eran godos. Ahí estaba Pacho Sampayo,

amigo de la casa; borrachos ya, vieron venir a Tani con su hija en brazos y como un divertimento para aliviar el aburrimiento le ordenaron que se parara en mitad de la plaza. “Ajá, Pacho y de qué se trata esto —preguntó Tani—, Etanislá, Etanislá, cachiporra malparida, estás fregá, estás fregá…”. El sol no dejaba ceder a la brisa que parecía secuestrada a esa hora. Los pájaros parecían no respirar por el sopor que se dibujaba en el aire caliente y era posible verlos replegarse hacia los árboles buscando un poco de fresco. A esa hora Sacramento estaba hundido en la nada, ni los burros se atrevían a enfrentar la sofocación. Un puerco asomó su hocico por la plaza, era largo y entrado en grasa, pero no tan gordo, lucía en su curtida piel (que tal vez fue rosada alguna vez) unas manchas negras como mapas, distribuidas en la peluda geografía de su cuerpo; caminaba despacio como si no le picara el sol y se empleó con rigor en desocupar los sacos de urea y las cajas de cartón que guardaban bultos de basura que llegaban hasta la mitad de la estatua del prócer inmutable y adusto; y así como el pintor detalla cada color, cada haz de luz, mira su obra, se aleja, se acerca, la borronea, la pule, así el cerdo husmeó cada desperdicio, lamió, masticó, saboreó las bolsas que a esa hora del día yacían boquiabiertas y expuestas sin amarrar y se ofrecían sin pudor al aire estancado de Sacramento. Tani lo observaba al tiempo que sacudía sus babuchas en el intento de espolvorear el calor como quien se desprende de los mosquitos a la hora del mosquito y continuó desprevenida la conversación con Pacho: “¿Y eso por qué dices que estoy fregá, Pachito? ...Por cachiporra, Etanislá, por cachiporra…”. Un presentimiento como puñal se instaló en el pecho, pero se tranquilizó al escuchar la melodía “¡Ay, cosita linda!” que salía de la radiola que tenían los festejantes:

Anoche, anoche soñé contigo,
soñé una cosa bonita, qué cosa maravillosa.
Ay, cosita linda, mamá.

Tani acomodó a la niña en sus brazos y sostuvo mejor la bolsa que cargaba en la mano derecha…

—Bueno, Pachito, ya te vi, tengo que irme porque este sol está fuerte —dijo Tani.

—Olvídate, Etanislá, tú no te vas hasta que yo diga.

—Pero, Pachito, mira a la nena: está que le sale candela del calor…

—Pues que se prenda, que se chamusquen todos los malparidos cachiporros a ver si de una vez podemos vivir en paz.

—Ay, Pachito, tú y tus chanzas…

—Nada de chanzas, Etanislá, ahí te quedas hasta que yo quiera.

Y enseguida ordenó a tres agentes de policía (que se protegían del sol con un sombrero hecho de hojas frescas y más parecían reyes del sudor con su matarratón coronados) que la rodearan. Los hombres se miraron, miraron también a Tani y a la niña; miraron hacia el Barrio Abajo y hacia Guayabalito y vieron cómo ni un solo ser animal o humano osaba aparecer a esa hora por la calle; entonces vacilaron unos segundos como si les pesara la facilidad para cometer el acto que les ordenaban. Pero Pacho Sampayo era un hombre grande, medía casi dos metros y era posible tambalear ante el fragor de un grito suyo, así que descartaron cualquier asomo de compasión y se aprestaron a cumplir la orden, Tani intentó agacharse para dar un poco de sombra a su hija, pero Pacho ordenó que la pusieran de pie. El hombre estaba con dos amigos más, godos como él; estaban armados y casi perdidos de la borrachera. Tani no los distinguía, pero se percató de que en el piso había cuatro canastas de cervezas acabadas (una encima de otra como si fuera una columna para sostener la ebriedad de los bebedores) y a esa hora habían descorchado tres chonchas de ron Tres Esquinas.

La niña empezó a llorar y los festejantes subieron el volumen: *Soñaba, soñaba que me querías,/ soñaba que me besabas/ y que en tus brazos dormía,/ un merecumbé pa' bailar.* Los hombres hicieron una rueda y bailaban y tomaban. Los tres policías hicieron una ronda que achicaba el espacio de Tani y aquel silencio bulloso era acompañado por el llanto de la niña, que se pasaba desesperada las manitas por el rostro tratando de quitarse animales lacerantes imaginarios. Tani, en su puesto, con los labios apretados y los ojos centelleantes, miraba a sus carceleros y sacó de la bolsa un trapo para cubrir la cabecita de su hija. En ese momento, Pacho Sampayo giraba su cuerpo y se movía al ritmo del merecumbé; lanzó un manotazo para retirar el trapo y casi tumba a Tani, que fue sostenida y obligada a permanecer de pie por los angustiados policías. A ellos a esa hora se les había ido la borrachera

asombrados por lo que estaban obligados a hacer.

Tani no se permitió una sola lágrima. Con el llanto de la niña que no se hallaba bastaba. Recibía manotazos, pataditas de la bebé, pataditas que intentaba retener hasta que la niña a eso de las cuatro de la tarde emitió un llanto ronco. Tani gritó con el desasosiego de la impotencia: "¡Ve, gran hijueputa, y es que me vas a matar a la niña!". Pacho Sampayo levantó el volumen y palmoteó frente a la mujer mientras guapirreaba, abría los ojos y llenaba su cara de morisquetas retadoras para Tani. Los amigos de Pacho lo abrazaban y le echaban el ron que le corría pecho abajo y aprovechaban para decirle: "Ya, Pacho, déjalas ir… No, señor, hasta que se revienten como los sapos, tráiganme sal, nojoda, tráiganme para que terminen de reventar este par de cachiporras…". La niña y Tani sudaban como si el cuerpo hubiera decidido exprimirse todo; la niña empezó a enrojecer y ya no tenía ganas de llorar porque le sobrevino un vómito que caía en el hombro de su madre desesperada y suplicante: "Para ya, déjanos ir, Pachito".

A las cuatro y cuarenta, la niña no tenía más qué vomitar ni qué sudar. Pacho Sampayo abrió sus verdes y enloquecidos ojos y ordenó a los agentes de la policía: "Que se vayan, esas ya no sirven para nada". Y se fue corriendo Tani con unas fuerzas que dejaron de estar reducidas, huyendo del sol, huyendo de la policía, huyendo de aquel hombre que la asesinó y echó por tierra la vecindad que un día los unió. Sacramento confabulado en el silencio de la tarde no la vio correr hacia su casa con la niña desmayada y colorada a punto los cachetes de reventar, la niña que tal vez murió en el camino, que tal vez murió cuando ella se detuvo en la casa de Silvia Patrón (la única que le dio cobijo), que le quitó la ropita y le puso paños de agua fría; la niña que tal vez murió antes que Pacho se cansara de aquella diversión.

Tú quieta, aunque/ el trapecio todavía se mueva/ y te delate, leyó Adriana en un libro lleno de moho en la Biblioteca de su colegio, leía y recordaba aquel suceso de su tía abuela que María le contaba con voz susurrante como si Pacho Sampayo la estuviera oyendo. Y quietas tenían que estar la abuela, María y ella porque como en los viejos tiempos, habían resucitado decenas de Pacho Sampayo que permanecían ocultos en la sonrisa amable, pero sospechosa del amigo de toda la vida. No se podía confiar: cualquiera te vendía por el precio de seguir vivo, aunque más allá

otro lo vendiera a él. Unos salvadores resolvían los litigios y las mujeres soñaban con una aventura sexual con el salvador que más muertos tuviera encima. Muchos hijos de amigas de María deseaban con ahínco tener una moto, un revólver y tomar ron para acceder al título de salvador. Si se perdía una puerca, la denuncia se ponía primero ante los salvadores que después se llamaron paracos; en lugar de hacerla en la inspección de policía. Cuando ocurrían las fiestas de corralejas y los fandangos que cerraban cada tarde de toros en los corregimientos de Sacramento siempre surgían peloteras que no eran sancionadas por la policía sino por un comparendo paramilitar que dejaba prácticamente endeudados por el resto del mes a los peleadores. En la calle de La Estampa, donde Edgardo había ensanchado su imperio comercial, también se controlaba el trajín de los paracos. Edgardo mediaba entre ellos y los sacramentenses cuando se desmadraban ante los ganaderos, cuando se desmadraban ante los comerciantes y ante los arroceros y ante los maquinistas y ante los contratistas de las obras públicas y ante las tenderas como María Martínez que había reservado un pote de Avena Quaker para hacer la alcancía mensual y pagar la seguridad que decían brindar. Sacramento era un desmadre oía decir Adriana a su madre y la joven pensaba que aquel caos silencioso, sólo evidente con muertos animales y humanos que aparecían en la calle con las tripas desparramadas como flores expulsadas del florero, se debía a que el pueblo no tenía madre, porque nadie decía que aquello era un despadre, no, se trataba de una ausencia de madre. Rara esa manera de asignar culpa en Sacramento porque en últimas quienes lo causaban eran hombres.

40
Caer

Pablo López se llamaba el ortopedista que operó seis veces a María Martínez. Era un hombre de piel amarilla, flaco, sus brazos terminaban en unas manos limpias, pero de uñas arqueadas como si padeciera artritis. Mirada torva, media sonrisa alcanzaba a regalar a los ansiosos familiares que lo apremiaban por una respuesta, para que se vieran unos dientes de fumador. De él emergía un tono de voz tenue y sinuoso que llevaba a Pablo y a Adriana a preguntar varias veces la misma información para sacar algo en limpio de sus frases inconclusas. Era muy amigo de Óscar Lizarazo, el director de aquel hueco-clínica que, sólo hasta el día que se llevó a María intubada para un hospital de mejor nivel, Adriana se percató de que en lugar de médico, aquel Óscar Lizarazo era un político dicharachero que después de graduarse en una facultad de Medicina había renunciado a ofrendar su vida a un fin ideal y se había dedicado a la persecución de satisfacciones monetarias a través de mentiras desplegadas como verdades a los familiares de los pacientes que él sabía que eran ante todo clientes. A Pablo López y a Óscar Lizarazo tal vez les habría gustado que las mentiras, las evasivas, las medias verdades con las que sorteaban el día y alcanzaban sus satisfacciones cotidianas no causaran regueros de lágrimas, pero eran incapaces de confesarse a sí mismos que lo único que podían brindar eran tensiones y esperas que siempre terminaban con la muerte de su paciente. Adriana no lo vio venir. Estaba sola aquel sábado de la primera cirugía. La diminuta sala de espera olía a Clórox revuelto con mugre y a lo lejos se oía un taladro que hacía dúo con un displicente martilleo. El vigilante le hizo conversación para explicarle que estaban en remodelación porque la clínica se ampliaría. “Esto va es para arriba”, dijo sobándose orgulloso la barba de tres pelos que asomaba por su piel morena. Adriana le

sonrió con displicencia porque su mirada estaba fija en el convencimiento de que María no sobreviviría a la cirugía que ya iba para dos horas de aquel sábado amarillo y caluroso en el que no bajaba una sola brisa de las montañas de Bucaramanga.

Para entonces dudaba de lo que llamaba la buena energía de la que alardeaba a quienes les confiaban sus cuitas. Pensaba que prevalecía para ellos, pero no para solucionar sus propios problemas. Así que las cinco horas que emplearon tratando de pegar la cabeza del fémur de María a su cadera, las cinco horas que emplearon tratando de poner un implante en el fémur fracturado las vivió Adriana con la certeza de que María moriría. Porque María Martínez salió de aquella sala casi muerta.

Lo que concebía como felicidad, María lo vivió hasta el día antes de subirse a la chalupa que la sacó de Sacramento y la trajo a vivir a Villa Hermosa. La noche antes de venirse para donde Adriana, María no durmió. Ella siempre apresurada con los oficios y la tienda, se detuvo por vez primera en cada rincón de la desértica casa: pasó lenta y con profundo dolor los dedos sobre la sombra dejada en la pared por los cuadros del Corazón de Jesús, de la fotografía ampliada de madre malvada que, sin embargo, no podía olvidar y que ahora reposaba en el fondo de una de las cinco maletas apiñadas en la sala como desierto carente de esos oasis llamados mecedoras… Ahh…el día aquel en que entregó a Amada las tres mecedoras de mimbre en las que había visto tantas novelas mexicanas, ya no estaban, ahora solo el aire asfixiaba la sala y daba evidencia de su profunda nostalgia; acarició y sonrió y acarició con desdén las ventanas y recordó el día alegre que Casimiro se las trajo (muy costosas le habían salido), pero era un sueño de la hija ausente que la casa tuviera ventanas para, según Adriana, encontrarse con Enrique y Beto, los muñecos de Plaza Sésamo: Adriana ya no estaba, pero ella recordaba el sueño de la hija de que la casa tuviera ventanas de hierro con cortinas. Ahora esas ventanas no serían para ninguna de las dos. María llevaba casi seis meses vendiendo a precio de huevo sus enseres, regalando se diría. Obsequiaba las mantas, las sábanas y fundas, las ollas donde preparó la avena y la horchata tan apetecidas por sus paisanos. La misma bebida que domesticaba al ajonjolí y que contribuyó a aumentar la fama de María Martínez como dadora de bebidas placenteras contra el irredimible calor. Y esa manera de sentirse necesaria y querida

para todo aquel sacramentense que urgía por el jugo para el almuerzo o para la cena; o que ansiaba apaciguar el calor refrescando la garganta con una avena helada o una horchata a cualquier hora del día. "¿Quién hará la avena y la horchata ahora que usted se vaya, niña Mayo? ¡Ay, qué falta nos hará!".

No regateaba por el precio de ningún chéchere, para qué, si aquella gente era su verdadera familia, venderles caros sus muebles y objetos usados era casi una traición a la amistad de décadas.

No durmió la última noche antes de viajar hacia Villa Hermosa. La casa era un eco que reproducía toda su vida. Recorría aquel escenario vacío y pensaba: "Aquí estaba el armario, aquí la vitrina...". Sentía que levitaba en aquel aire comprimido que era la vastedad de la casa y no contenta con tanta tristeza, abrió la puerta que daba al patio y caminó hacia el palo de mango, se sostuvo de él, percibió el olor que expelía a esa hora cuando la noche iba por la mitad; acarició los guayabos, palpó el lirio como hojas de espadas que iluminaban la noche, se cercioró de que no hubiera basura; oía al otro lado de la calle que colindaba con el patio la música que sonaba sin consideración con su despedida y sonrió imaginando a Santiaguito Álvarez y a su mujer, Soledad, atendiendo a los clientes de su cantina.

Y es que nunca deseó María estar en otro sitio diferente de Sacramento. Después de Juan Fernández, fue Sacramento a quien quizás amó más. Amó tanto a Sacramento que apenas llegó a la casa en la que vivía su hija con su nieto, Johanna y Luz (la amiga cercana de Adriana), pensó que aquello no era para ella. Pero no tenía más salidas, se sentía cansada de vivir y con Adriana nunca ganó la batalla para que se quedara en Sacramento, Adriana era ave de otros cielos, igual a María, voluntariosa y enquistada en sus decisiones. Si para María el mundo era Sacramento, el poder que desplegaba desde su tienda, sus amigas, sus vecinos, la misa de cada domingo, la tambora de diciembre, el sonido estrambótico del pita pita de Félix Latorre para anunciar la novena de Navidad, la fiesta de toros en enero, quejarse del calor y de la bulla del picó a cualquier hora de cualquier día de la semana, festejar los mismos chistes año tras año, estrenar vestidos en la fiesta de san José, de san Judas Tadeo, el Jueves Santo, Navidad y Año Nuevo; llorar por cada muerto cada noche del novenario, sentarse a las dos de la tarde cuando el sopor se

regaba por el camellón y responder los saludos de los transeúntes que se detenían en la terraza a descansar de la sofocación mientras le contaban en qué andaba la vida en los otros barrios del pueblo…para Adriana esa vida era una estampa inamovible que sólo quería vivir como una anécdota, una ensoñación, un arraigo que la ayudó a ser, un arraigo al que pertenecía, pero en el que no quería estar. Por eso dejaron de entenderse y creció entre ellas una tensión parecida al elástico por metro que vendía María en su tienda: siempre estirado y a punto de reventarse para que no se rompieran los calzones que sostenían.

A pesar de que Adriana creció con la consigna de no repetir con María la historia de la tirantez entre esta y su abuela, sólo fue que la hija decidiera no aceptar el trabajo en Sacramento como profesora una vez se hubo graduado, para que María se convenciera de que ella era una hija desagradecida; y con el paso de las ausencias, además de la presencia de la soledad, estableció con ella una relación de conversaciones lacónicas y forzadas, llenas de velados reclamos cuando Adriana la llamaba por teléfono: “Carajo, niña, te acordaste que tenías madre… Hola, mami, cómo estás… Aquí, pilando por el afrecho, en la misma barca cruzando el mismo río…. Soportando que en este pueblo hay tanta bulla que estorba el aire para respirar…”. Adriana esperaba que terminara la andanada de refranes-reclamos para contarle que había estado enferma y que por eso no la había llamado pues no deseaba preocuparla. Al instante cambiaba el tono de María y tornaba a ser la madre preocupada y cuidadora que lamentaba estar lejos para asistir con ternura a esa hija loca que en mala hora se fue de Sacramento, cuando allí tenía trabajo garantizado y podía, de paso, estar al lado de su madre. Pero no, esa sangre cachaca no le permitía asentarse en ningún lado. Adriana le insistía en que se viniera a vivir con ellos a Vista Hermosa, que ya qué más iba a trabajar, que se tomara un descanso, que arrendara la casa y se jubilara… “Un día de estos, mija, un día de estos”, decía María que a esas alturas de la llamada había bajado la guardia y pedía que le pasaran al nieto.

41
Volar

El olor del patio lleno de mangos y guayabas espichados debido al combate sostenido con la lluvia de toda la noche le llegó a María para llenarla de valor y amainar la ansiedad que ni el sabor del tinto ni la puntualidad de Juan habían logrado. La madre y el hermano (que decidió abandonar a Everlides con una hija y otro embarazo avanzado) dormían, aunque eran casi las seis. Cargó la cajita de madera que servía de corralito a Adriana, a quien a esa hora ya había bañado y vestido y recostó un taburete en uno de los horcones de la cocina. Sopló el pocillo del tinto para atenuar la temperatura del café y miró hacia el patio mientras la niña jugaba en la cajita. Vio cómo la tierra mojada estaba forrada de hojas verdes y amarillas que cayeron de los palos de mango y de guayaba. Se salvó el de limón, pensó María, porque todavía estaban biches y se aferraban con todo furor a la rama, tuvieron que pelear con perrenque esos limones para no caerse, sonrió María con ese pensamiento loco. El patio era un pudín gigantesco de chocolate, decorado de verde y amarillo del que sobresalían como adornos mangos y guayabas caídos y heridos. Las guayabas y los mangos abiertos soltaban un delicioso olor que se mezclaba con el de la tierra mojada y era posible ver aquel amasijo de aromas flotando en el aire. María quiso absorberlo con ojos y nariz como si nunca más pudiera hacerlo, como si aquella fuera la última mañana en el patio donde había padecido sus desdichas y también sus alegrías. Miró hacia la paredilla vecina construida hasta la mitad y se encontró con la figura de Ida María que tosía como si quisiera gritar y vio a Dagoberto afilar la madera con el torno para inaugurar el ruido que siempre acompañaba a la pareja y que se esparcía hacia la casa de la madre de María. Eran los dos estados eternos de Dagoberto: cubierto por el ruido del torno o adormecido por las diarias borracheras que dormía en la

puerta de la casa o frente al televisor. Mientras Ida María tenía para él igual trascendencia que un plato para servir sopa, una mecedora plástica o una gallina para torcerle el pescuezo. María los veía, se acercó a la paredilla y le hizo señas con sus cejas a Ida María:

—¿Qué fue, Mayo?

—Me voy con Juan, Ida.

Ida María le sonrío y se llevó la mano a la boca para impedir que le saliera la carcajada…

—¿Pati y José lo saben?

María negó en silencio, se puso el índice en los labios para indicarle prudencia a Ida María.

El ruido del torno y el desdén de Dagoberto alcahueteaban la conversación y las amigas gozaban de impunidad para despedirse dándose un abrazo por encima de la media paredilla… "Cuídate, Ida", le dijo María… Ida la miró como si no hubiera sido con ella y volteó a ver a Dagoberto, cuando devolvió el rostro para terminar de despedir a su amiga escuchó el frenazo de una camioneta en la calle y le dijo: "Apúrate, Mayo, tómate el cuncho que te queda, vinieron por ti". María soltó sus manos de las de Ida, se tomó el cuncho de tinto que le faltaba, sacó a Adriana de la caja, caminó rápido con precaución hacia el cuarto, recogió la maletica y el bolso, quitó la tranca a la puerta y cuando la abrió se encontró con los ojos avispados de Lucho, el capataz, que cargó a la niña, se echó el bolso al hombro y con la mano izquierda cargó la maleta. María lo saludó con una sonrisa y una levantada de cejas y se llevó el dedo índice a la boca en señal de que no hiciera ruido mientras cerraba con una silla la puerta y se subió al chevrolito con la niña en sus piernas, mientras Lucho acomodaba el equipaje. Lucho se hizo al lado de María y le mostró una sonrisa para decirle: "¡Ay, niña Mayo, qué cosa tan buena que se regrese para la finca, el patrón no se halla, imagínese! ...Y la niña Adriana es que está bonita…el cacha pasaba preocupado por ustedes y llegaba a veces muy callado… uno cómo se metía, pero sabíamos que era por la niña Pati que se carga su geniecito ¿Verdad, niña Mayo?". "Geniecito, Lucho, geniecito es poco…".

María salía del pueblo para entrar al monte. Pero era entrar a la libertad de respirar silencio y moverse sin la joroba de la culpa que hacían crecer en ella la madre, el hermano y el silencio

cómplice de la hermana angustiada por criar ya tres hijos con la presencia intermitente de Pepillo, el marido, que iba y venía entre ella, los trabajos que le salían y las estancias donde la otra querida con quien tenía dos hijos más. Pero Marina estaba casada como Dios y la ley mandan, le gritaba la madre a María, Marina era la esposa, mal o bien, era la esposa, no la querida, la moza, la concubina de un cachaco orgulloso que creía que por tener plata iba a comprar su afecto, no señor, así no eran las cosas.

Tuvieron que bajarse varias veces en el camino porque el camión se atollaba y Lucho tenía que empujarlo. María Martínez, con Adriana a la orilla del camino, se dejaba dominar por el júbilo enorme de volver a San José con Juan Fernández Arango, mientras Lucho sudaba pese a que aquel parecía ser otro día sin sol que anunciaba el inicio del invierno y una brisa fresca ayudaba a Lucho a que desatollara el camión y siguieran el camino.

Cuando San José asomó ante María, un sereno puntilloso empezó a caer y vio a lo lejos correr hacia ella a Juan Fernández Arango y a Anatilde con un paraguas. Tan habituada estaba nuevamente al mal trato, al insulto, al desdén de su madre, de José, al silencio neutro de Marina, que aquel gesto de elemental cortesía lo sintió como un regalo entrañable de la vida para apaciguar el desasosiego padecido el último año desde que salió casi muerta de la finca para parir a Adriana.

Juan Fernández las abrazó con tal prolongación que fastidió a Adriana, quien empezó a llorar, y el hombre entonces cargó a la hija para decirle: “Mi nena, la única hembrita que tengo…”. María sonrió con desánimo, pero recordó que ella sabía con quién se había metido, así que nada de reclamos, ni de preocupaciones. Ahora a disfrutar mientras durara. Si no lo supiera María, si no lo hubiera vivido en el Teatro Diana, que la felicidad era un rungo con la cola mocha y un parchecito de papel de color diferente al resto del armazón, un parchecito para curar la grieta que el viento había abierto en el puro corazón de la cometa y la volvía loca, sin rumbo; un rungo que en cualquier momento pediría hilo, pero el dueño del carrete vería anonadado que no tenía más sino que dejarlo volar como un disparate aéreo camino del infinito que podría ser el río o los árboles de ceiba o de almendro en los que terminaría sus días como una desnutrida nostalgia. Así su vida al lado de Juan Fernández Arango.

42
Vivir

Sacramento era conservador en cada acto que realizaba. La resignación era una especie de aire que se respiraba incluso con alegría. María era tratada de tal forma que estuviera destinada a no olvidar; no olvidar para aquellas gentes implicaba hacerla cargar con el fardo de haber sido la querida de un cachaco que el día menos pensado se fue y la dejó con una peladita chiquita por criar. Ella decía que aquella vivida con Juan Fernández Arango había sido la mejor época de su vida. Que por esos años gozados ya valía la pena haber nacido. Entonces la ausencia de Juan Fernández fue la certeza de pertenecer a Sacramento, a la calle Central, a la casa de la madre que hizo del reclamo y la malquerencia una costumbre a la que María se hizo inmune. Y la hija, sacar adelante a la hija. Acompañada siempre de los recuerdos de la época aquella en que yo fui feliz, se decía, para sostenerse en pie.

Sacramento crecía de la mano de los silencios que precedían a las balas que inauguraban entierros y novenarios, todos sabían, pero nadie decía que muchos de los dueños de finca como Crisóstomo Alemán solicitaban seguridad privada a los paracos y los remuneraban. El ocurrir de los hechos permitió a los finqueros contar con ejércitos privados para defender sus propiedades y enfrentar a la guerrilla. Adriana terminaba el bachillerato… La tienda de María expandía su poder que consistía en no negar un favor a todo el que se acercara con la cara compungida a disfrazar de fiado su mendicidad y ella le correspondía sin sin un mal gesto, sin poner plazos, sin amenazas. Podría decirse que era casi feliz. Feliz, es decir, satisfecha por intervenir sólo para ayudar; feliz y tranquila por no cuestionar la vida de sus vecinos ni de los clientes que le confiaban sus cuitas… “Huy, no… ¿Cómo va a ser, mija?... ¡Ve a ver! ¡Párale bola! ¡No te metas en eso,

niña! Si tú lo dices, así será… ¡Ajá! ¡Caramba! ¡Vea usted…va pues…! ¡No te lo puedo creer!, ¡Qué cosa! ¡Así es la vida, mija!... ¡Qué se puede hacer si esa es la voluntad del de arriba! ¡Sagrado Corazón!". Era siempre todo el andamiaje del lenguaje que usaba María para construir la atención y el consuelo ante el relato bueno o ante el relato doloroso o ante el calumnioso o al mal intencionado que le era confiado mientras despachaba sus productos.

La niña Mayo era alguien en quien confiar y a quien pedirle un favor con la seguridad de que te socorrería. La niña Mayo entendía que cada uno hacía con su vida lo que le daba la gana. La niña Mayo llegaba a atender con cariño incluso a Crisóstomo, amigo de infancia, Crisóstomo que prestaba plata a las profesoras que el veinte de cada mes no tenían para comprar la comida y el muy sinvergüenza aprovechaba para manosearlas por debajo del escritorio con una mano, mientras que con la otra sacaba los billetes para aliviar la necesidad de la profesora que no sabía dónde poner la cara cuando salía y veía a las hijas de Crisóstomo (sus amigas) sentadas en la puerta de la casa cogiendo fresco. Ni siquiera a Crisóstomo le hacía mala cara María Martínez; ni a Perucho, borracho y arrastrado con la pea y la pernicia viva comprando cada diez minutos un cigarrillo que la hacía pararse de la mecedora diez veces y encima tenía que regalarle una caja de fósforos para que el vergajo no le fregara más la vida.

*

Para entonces en Sacramento no se podía confiar en nadie. Al frente de la casa de María vivía Crisóstomo Alemán que había sufrido dos secuestros de la guerrilla y ahora debajo de los palos de bolombolo reposaba la sofocación y más allaíta de la terraza estaban siempre cuatro hombres cuidándolo, unos tipos con acento raro, como cachacos que con descaro se sobaban la cacha del arma que no se preocupaban por esconder.

*

A las seis de la tarde se iba la luz y volvía a las siete y media de la noche. Sacramento mutaba la algarabía por el ruido disimulado que emitían las puertas al cerrarse. Adentro, el fogaje y el

mosquito agitaban los musengues y el abanico de cartón se estremecía al ritmo del susto de la tenebrosa noche. Había quien de boquisuelto se atrevía a contar que vio pasar a Fela llorando sin gritar mientras apretaba contra su pecho el saco de fique en el que llevaba la cabeza de su hijo Julio; había también el atrevido que atestiguaba haber visto a una cuadrilla de paracos parados justo en la esquina de Telecom emocionados cortándole la lengua a Foncho Meza porque lo vieron tocando un porro con una hojita del palo de almendro como si fuera un clarinete afinado y creyeron que festejaba quién sabe qué sin permiso de ellos. El pobre recogió su lengua del pretil y corrió a ver si en el Puesto de Salud una enfermera le hacía el favor, a esa hora de la noche, de cosérsela.

Había días en que el calor era insoportable y no existía diferencia entre el cielo arrebolado de las seis de la tarde y la llanura sembrada que a lo lejos se alzaba con el fuego de los incendios desterradores. Sacramento era puro fuego y gritos de los dueños primigenios de la tierra que huían sin esperanza ante la sólida emboscada; con el dolor huyendo; con el dolor oliendo la quema de la cosecha; con el dolor zumbándoles a ritmo de machete, el arma perniciosa que dejó de oficiar como la herramienta noble usada para limpiar el monte, para hendir la leña, pelar el coco, hasta convertirse en el horrendo instrumento que ahora cultivaba el pálido terror.

Ardían los humedales del Jobo, de Zapata, de La Ladera y Hato Nuevo. “Y esta vez, como en el canto de tambora, la misma cepa no volvería a retoñar, niña Mayo —le decía Isidro Jaraba con la mirada desamparada—. Esa gente es mala, niña Mayo, si usted hubiera visto los zapales consumidos por la candela que era de igual color a los ojos de la maldad y a la risotada que echaban... ¿Y qué podíamos hacer, diga usted? Eso era cosa nunca vista, niña Mayo, las ciénagas prendidas, y las babillas, los caimanes, los monos cotudos y las iguanas huyendo y casi llorando porque sabían que la huida no era la salvación, porque dígame usted cómo se salva una babilla en el monte pelao sin un charquito siquiera donde darse un chapuzón, y los monos cotudos y las iguanas sin un arbolito en donde treparse y coger sombra… Muy malos vientos, niña Mayo, soplados por los nuevos dueños de las fincas… Ese vecinito suyo es uno de los que los soplan…”. María levantó las cejas y lo miró nerviosa, carraspeó y se llevó el

dedo índice a la boca para que Isidro bajara la voz. Él le hacía caso a María, pero seguía con su dolor murmurado: "Ensanchar el alambre para que las reses tuvieran pasto para alimentarse, esa era la cuestión, niña Mayo; dejarnos sin tierra a los verdaderos dueños y a los animales… Era para llorar, niña Mayo, era para llorar ver a una tigra arrastrando con las muelas a dos de sus siete cachorros muertos, asomándose desesperada porque el fuego la perseguía. Los titíes calcinados parecían hablar en su agonía. Las guacharacas se alejaban desoladas y su canto era como el carrao en invierno, huían, pero regresaban a mirar el desastre… Mire, niña Mayo, un poco de guacharacas después de dos días de la quema, volvieron al monte y se estuvieron casi una hora saltando de tronco en tronco, esperando qué, vaya uno a saber qué, tal vez que crecieran los arbolitos donde pasaban; qué esperarían, un milagro, niña Mayo, yo no sé, yo no sé…. Nosotros defendimos la ciénaga, nos enfrentamos a puño limpio o con los machetes a los mismitos que usted ve acá en el pueblo sentados en la puerta de sus casas echándose fresco como si nada, pero ellos son, ellos son los que mandan a los paracos estos que van con la ley, y la ley, usted sabe, niña Mayo, son los mismos muchachos que uno ha visto crecer ahora vueltos policías y bandidos que no respetan a sus mayores, que se les olvida que uno los vio nadando en el río; que no respetan siquiera los periodos de veda cuando aún no conviene atrapar animales para el consumo o comercio porque las crías están pequeñas y menos con esas herramientas inadecuadas para la caza. No tienen que ver con uno que es humano, menos con las pobres crías, figúrese usted, niña Mayo…". Y María lo escuchaba con el corazón estrujado, pero con el susto vivo de que Crisóstomo escuchara a Isidro, mientras envolvía en la hoja de bijao la media libra de queso y le encimaba una ñapa.

La casa de María siempre tenía las puertas abiertas. La terraza de tierra había alcanzado al pretil y dos árboles de pimientillo crecían con primor y sus troncos eran testigos de las mil heridas y alegrías que trastornaban a Sacramento. Esos palos eran un pulmón en la árida calle Central. Crisóstomo Alemán también tenía palos de almendro y bolombolo en su terraza, pero le gustaba pasar la hora del burro donde María Martínez, porque allá se tomaba dos avenas de las que ella preparaba y llegaba el uno y llegaba el otro y se formaba la conversa. María nunca hablaba de más y en cambio sí lo escuchaba… "Ahh, uno que se

ha jodido tanto trabajando, Mayo, uno que ha sido campesino toda la vida, yo que nací entre las ubres de la vaca, comiendo yuca con suero y viuda de pescado, que me he partido el lomo rompiendo monte y civilizando tierra, ahorrando para comprar la primera, la segunda cabeza de ganado, aguantando la creciente, lleno de sabañones por estar cruzando ríos para arrear el ganado… Venir a decirle a uno ahora esos arrastrados, esa partía de descamisados, como decía el cachiporro malparido del Gaitán, venir a decir que uno es un bandido que les está quitando lo suyo, cuál suyo, ah, Mayo, cuál suyo…". María lo miraba y aprovechaba que llegaba un cliente a comprar para pararse a atenderlo y evadir la respuesta… "Caramba, Criso, las cosas que hay que ver hoy en día", y Crisóstomo se daba por bien servido con aquella frase neutral de María que él aceptaba como expiación.

La casa de María siempre tenía las puertas abiertas. Entraban y salían los cinco hijos que ya completaba su hermano José, criados por los tíos maternos, las abuelas y por María, que le mandaba sus mercados a Everlides. Eran los primos de Adriana, los consentidos de la abuela porque la hija de María era como una mancha, un recuerdo andante del cachaco degenerado que en mala hora se fijó en la hija. La abuela había envejecido hasta convertirse en una mujer diminuta con la espalda doblada por una joroba. Todas las tardes a las cuatro María corría de la tienda hacia la cocina a hervir una ollada de agua para terciarla y que la mujer se bañara con agua tibia en aquellos treinta y ocho grados a la sombra, la hacía mantener una piel tersa en un cuerpo de anzuelo y una lengua para amar a los hijos de José y de Marina y para hacer derramar copiosas lágrimas a María, sostén del hogar. La madre de María: el odio enconado como hematoma supurante tenía el coraje para no temer a la aterradora muerte que caía sobre las calles y barrios de Sacramento. Durante esos hechos miserandos, María callaba y trabajaba, callaba y trabajaba para construir pieza a pieza la casa y también para que Adriana se volviera una profesional y se fuera del pueblo (pero que se devolviera a prestarle el servicio). Porque Sacramento era el gran amor de María a pesar de lo escabroso de los tiempos que corrían; ella sabía que habitar Sacramento la hacía pertenecer, se sentía incluida, se sentía parte de una comunidad que la quería; y confiando en Dios y en el Corazón de Jesús los vientos prósperos

volverían. Vivía por la gracia del recuerdo de Juan en la hija personificado; la tienda surtida que proveía sin contención a todo aquel que necesitara (que alcanzaba incluso para la vacuna mensual de los paracos); los sobrinos a los que había que ayudar porque José no se hacía cargo, pero hermano era hermano y ajá…y la remota pero a la vez cercana partida de Adriana a la universidad sin ayuda de político alguno, sólo con la ayuda de Dios que le daba fuerzas para levantarse cada día y abrir la tienda que no tenía competencia en todo Sacramento.

43
Caer

Tres muertes vivió María en su vida. Todas ocurrieron rápido, pero despacio. La primera, cuando Juan Fernández Arango la abandonó de a poco. La intensidad de una muerte depende de su duración, de la lentitud o la prisa en la que transcurra. El abandono de Juan Fernández Arango la mató de a poco, pero pudo soportar esa muerte gracias a la existencia de Sacramento, que fue su verdadero y único amor, es decir, su vida. Ella se quedó con Sacramento y Sacramento con ella.

La segunda muerte de María ocurrió cuando sus fuerzas débiles reemplazaron a la tienda por una chaza mal parapetada en la terraza y en la ventana de la casa. Esa muerte tuvo mucho que ver con el surgimiento del cansancio de su cuerpo que desembocó en ese dolor en las piernas que siempre estuvo ahí, pero ahora en su vejez se tornó un tormento como si sus huesos se partieran ante la insistencia y presión del torno y el serrucho de Dagoberto. Entonces María cesó de inyectarse donde el señor Pedro y dijo no más. Es hora de desocupar los armarios y la casa, me quiero morir. Y empezó a desdibujar su casa: salió del escaparate para que su amiga Eddy Luz lo heredara y se fue con él la caja fuerte donde reposaron por décadas las panas de Avena Quaker guardianas de sus ahorros; salieron las mecedoras y se fueron con ella las noches de risotadas de las pendejadas de *El show de Benny Hill* llenas de carcajadas ahogadas en compañía de Adriana para que la madre dormida no se despertara a insultarlas; salieron las mecedoras tejidas con rollos de plásticos de colores y se fue con ellas el musengue para espantar al mosquito en las noches de tensión que se vivían en las mansiones de *Falcon Crest, Dinastía y Los ricos también lloran*; salió la mesa del comedor de la infancia y se fueron con ella las tardes en que era feliz peleando con la gente que llegaba a comprar y no la dejaban envasar la

avena deliciosa, aromatizada y famosísima de todo Sacramento… Salieron una mañana como regalo para Amadita y Berta Lina la platera, los pocillos, las vaseras que María veía volar de mano en mano y retornaba el olor del café con leche y el sabor del suero, dulce crema blanca para esparcir en la yuca harinosa.

El vacío y el eco de los sonidos callejeros de Sacramento que escuchaba la noche anterior a viajar hacia donde Adriana fueron la música que oyó acostada en la hamaca porque le dolía la duración de aquel tiempo que faltaba para amanecer en una casa que ya no tenía señas de ser la que habitó por más de setenta años. El vacío sonoro se encontró a lo lejos con el equipo de sonido de Osman Naissir, que tomaba cualquier día de la semana y no se sabía qué amaba más: si el whisky o las canciones de Los Hermanos Zuleta, que cantaba y vivía al pie de la letra:

Lo que sí me dio sentimiento,
y con sentimiento lloré,
fue que se cayó la ceiba del puerto,
la que fue testigo hace tiempo
de las travesuras de mi niñez.

El tiempo venía a su encuentro, la duración de la vida caminaba hacia atrás como contaron que caminó su compadre Tulio el día que lo iban a matar los paracos. Nada es nada, pensó; ni el tiempo, ni el esfuerzo, es sólo el instante, la vida vivida en el ahora. Si el ahora se suspende pues sobreviene la muerte. Se dio cuenta en esa segunda muerte de que su vida había sido una espera, como un árbol frondoso cuya savia era la duración. Una vez cortado por la brillantez del filo del hacha, esa duración se detenía. Corrían por ella, que había sido un árbol impertérrito, la sangre, y la sangre era la duración que la acostumbró a aguardar el abrazo de Juan Fernández Arango, la llegada de Adriana en vacaciones, el perdón balbuceante que alcanzó a esbozar la madre malvada cuando murió de muerte natural a los ciento un años… “Tú fuiste la única que siempre estuvo a mi lado, Mayo, la única y yo no pude decírtelo nunca, pero te lo digo ahora”. Y María aceptó ese instante en que llegó el perdón, convencida como estaba de que la vida era lineal como una película o una telenovela mexicana: sólo al final se descubre todo, sólo al final se es feliz.

La tercera muerte de María no sucedió el día que Adriana bajó al sótano del Hospital Internacional para verla metida en un saco azul de tela, desinflándose de la hinchazón producida por la sepsis que la invadió luego de seis fallidas cirugías en las que el matarife que oficiaba como ortopedista, Óscar López, fue incapaz de acomodar su fémur a la parte izquierda de la cadera. La tercera muerte de María ocurrió cuando cumplió setenta y tres años y decidió subir al bus que la llevaría de Sacramento a Montería y de ahí abordar un avión con destino hacia la capital del país para luego montarse en otro hacia Bucaramanga. Llegó aterida, cargada de dos maletas negras, dos cajas grandes de cartón con residuos de la chaza para su nieto y del único mueble que Adriana le suplicó que le trajera: la mesa elegante por lo antigua, la mesa en forma de América del Sur donde reposaron por décadas los cuadros del Corazón de Jesús, san Judas Tadeo, san José y san Gregorio Hernández, ese médico milagroso del que narraban tantos milagros los sacramentenses que emigraron hacia Venezuela; el cuadro de las ánimas del purgatorio en su eterno incendio, la angelical y afeminada sonrisa del busto del Divino Niño y la Inmaculada Concepción cuya fiesta llenaba de banderas blancas con azul los siempre soleados ocho de diciembre; la mesa que miraba desde la bacinilla que usaban a medianoche o en la madrugada para no salir al fondo del patio en donde estaba situado el baño, atrapado por las matas de ahuyama, que eran como una hiedra de la que brotaban tan inmensas que María Martínez las cortaba para vender por libras en su tienda.

Pero de aquella sonrisa y remembranzas vividas en casa de Adriana la primera semana no quedó sino el recuerdo porque a partir de entonces sostuvo una tensión con ella, en esa suerte de transformación en la madre que tanto le amargó la vida en Sacramento. Porque ahora María era una madre que agobiaba a Adriana. No se hallaba en aquel apartamento al que llamaba cárcel sin reja y al lado de la hija que había criado como Dios manda, pero que era una loca (le decía a Johanna mientras lavaba los platos) qué se creía, ¿la reina de Inglaterra?, ¿acaso ella la había criado así?, ¿como hija de mafiosos? Una despilfarradora es lo que era. ¿Cómo así que seguir estudiando? ¿Qué más iba a estudiar? ¿Y esa compradera de libros? ¿Y comprar pesas para qué? ¿Para herniarse? ¿Y esa costumbre de no salir siquiera a la puerta como si fuera una monja? Lea y lea a

toda hora… “Con ese platal que se gana, en Sacramento ya me habría comprado yo dos casas —decía—, pero no, todavía viviendo alquilada…”. Empezó a guardar un rencor hacia la hija, tal como la madre había hecho con ella. O quizás lo cosechó la tarde que Adriana la llamó para decirle que se iba a casar cuando aún no había terminado la carrera. Y tuvo que cruzar medio país para ir hasta donde estudiaba la hija única que sin graduarse ya planeaba casarse con un hombre con el que ella apenas había conversado en dos ocasiones. Pero esa sangre cachaca de Adriana la hacía temeraria y desordenada, y una qué puede hacer con una hija así.

La noticia le cayó como esos golpes de agua sucia en la cara que los flojonazos y changongueros vecinos le echaban en épocas de carnaval, a ella, que no le gustaban esos bololós de enmaicenarse o echarse esencia de cola o baldazos de agua. Eso es que Adriana está embarazada, pensó cuando leyó la carta que venía desde aquel departamento que quedaba cerca a Venezuela. Dicho y hecho. Adriana esperaba que el día de la llegada de María, el padre de Pablo apareciera primero que la madre, pero no, a María le rindió el viaje y por primera vez en muchas travesías la chalupa se llenó rápido y empleó tan sólo dos horas en llegar a Magangué; y no fue sino bajarse de la chalupa que la traía de Sacramento a Magangué, para embarcarse en la otra que iba para El Banco, Magdalena; y al bus de El Banco hacia Pamplona sólo le faltaban dos pasajeros para completar el cupo. Así que llegó a las cinco de la tarde de aquel sábado y fue Adriana quien salió confiada a abrir la puerta pensando que era el padre de su hijo. Pero era la abuela del niño que con siete meses la hacía ver como una iguana desnutrida llena de jobo. Adriana caminó por el pasillo que de su pieza conducía a la puerta, pasó por el baño y escuchó al casero don Amadeo brincando porque el frío del agua lo hacía estremecer. Don Amadeo se bañaba cada ocho días y ese día demoraba casi media hora despercudiéndose; Adriana le gritó entre risas que ya le pasaba el Diablo Rojo para que no se tapara el sifón y siguió su camino despreocupada hacia la puerta.

Abrió y el primer impulso fue llevarse las manos a la panza tratando de cubrir la protuberancia como si fuera una desnudez, pero se encontró con la mirada de María, que sólo atinó a empuñar la boca, bajar la cabeza y moverla en un gesto de “qué

es esto, pero si es una niña esta muchacha y ya está preñada, y yo que la tuve a ella cuando cumplí treinta años, qué es esto, Corazón de Jesús, ahí en esa barriguita están perdidos mis años de trabajo en la tienda reuniendo la plata para mandarle todos los meses lo de la pieza y la alimentación para que fuera una profesional sin tener que pedirle nada a ningún político".

María y el conductor bajaron las maletas y Adriana llamó a Luz (su vecina de pieza) para que la ayudara con el equipaje. Luz llegó sonriente y saludó de beso y abrazo a María; se hizo con una caja y una maleta que condujo al interior de la casona. Adriana abrazó a María y al terminarse el abrazo, la madre volvió a mirar a la hija con una mirada insolada, como si le hubieran chamuscado hasta la esperanza más tenue. Esa fue su tercera muerte. Desde entonces sabía que no podría ya contar con la hija. Porque contar con ella consistía en que se fuera a trabajar a Sacramento una vez graduada. Ahora ella le pertenecería al marido, por lo tanto, Adriana no sería la compañera que ella había soñado para su vida en la vejez.

44
Volar

Y volver, volver, volver, a tus brazos otra vez le cantó Juan Fernández Arango la noche primera que María Martínez retornó a San José e hicieron un amor lento que dio pie al reconocimiento de los cuerpos que en casi dos años habían acumulado huellas nuevas. Juan tocó con su mano rosada, chamuscada por el sol y el calor, el abdomen de María, palpó sus senos tesos, proclives aún a que saliera un chorro de leche inexistente porque Adriana la había despreciado y se secó como en ese entonces se le había secado la esperanza a María Martínez de que Juan Fernández Arango regresara por ella. Aún recordaba María, ante la caricia paciente de Juan, los días y las noches que intentó amamantar a su desaliñada hija que se pegaba al pezón con el hambre más antigua de la que se hubiera podido tener noticia en Sacramento, pero con ese mismo ímpetu mamador empezaba a colapsar cuando su estómago recibía la leche nociva, entonces el cuerpecito se coloreaba de morado y, así como un ratón ahíto del queso envenenado adrede para atraparlo, la niña parecía pronta a estirar la pata de no ser por el vómito que le sobrevenía y con él, un estupor ascendente que invadía a la madre, quien también a punto de colapsar por la angustia de que su hija muriera daba gritos con aquel ser diminuto que parecía desaparecer en cada arcada como cascada imparable.

Pero ante la caricia acuciosa y deliciosa de Juan Fernández Arango, María Martínez enterraba aquellos momentos en que la vida mostraba su rostro desdeñoso y se entregaba a ese hombre que entraba en ella con una ansiedad calculada para que cada poro de sus cuerpos exhalara placer. Y ella le palpaba la espalda como quien se obstina en apresar al humo.

Este amor renovado por los meses de distanciamiento volvió a iluminar la finca y los trabajadores andaban agradecidos con el

día porque la presencia de María Martínez y de aquella niñita que empezaba a caminar por toda la casa y el patio infinito, como si tuviera dos zancos cortitos por piernas, fueron una pausa para la densidad montuna que ya se apropiaba de San José. María sabía que no había lugar seguro para ella y Adriana en la vida de Juan Fernández Arango; sabía que ella era un interminable paréntesis, como una explicación que había que dar en el gran discurso de la vida de Juan, pero de la cual se podía prescindir y su historia seguiría igual. Su familia de Medellín: la oración principal, las frases principales, la historia central; ella, Adriana e incluso San José con todas las vidas que dependían de él: el paréntesis, gran y necesario inciso, pero al fin prescindible.

La ausencia y el dolor son caminos necesarios pero pedregosos, que no se andan con miramientos para tatuar las piernas, el abdomen, el cuello y los ojos. María era ahora una mujer de treinta y dos años con una hija parida con dolor y muchas noches sin dormir. Él parecía estar de salida en aquellas tierras pródigas que fortalecieron la fortuna de su familia en Medellín y que ya parecía no tener la importancia de los primeros años. El padre de Juan, don Luis Eduardo Fernández, había visitado muy seguido la finca mientras María no estaba y Anatilde se había percatado de la manera como su patrón había empezado a vender el ganado y muchos caballos. Las porquerizas se estaban usando sólo para el mantenimiento de la peonada y los galpones habían desaparecido ofreciendo libertad a los pollos y gallinas que andaban al garete por el patio y el monte aledaño. Los patos se contoneaban con más confianza que de costumbre y disfrutaban el viento y la algarabía que les ofrecían los pavos reales cuando se dignaban a desplegar su plumaje.

A pesar del soterrado trasteo que poblaba a San José, Juan Fernández Arango estaba pegado a María y a aquella niña flaquita que le sonreía cuando él la alzaba para pasearla en el caballo Pechichón. Daba gusto ver aquel trocito de ser humano moviendo la cabecita cuando el padre enternecido le ponía el elepé de Alejo Durán y sonaba en toda la casa iluminada por la sonrisa de María Martínez:

Cuidao
con mi caballo pechichón.
Por qué…

Porque le roba el corazón
con mi caballo pechichón.
Por qué…
porque le roba el corazón.

Adriana se zarandeaba, movía los bracitos y la cabeza y entonces el comedor se llenaba de las carcajadas de María Martínez, Juan Fernández Arango y Anatilde, que siempre estaba al pie de María y de su patrón. El Pechichón era un caballo joven, casi un potro, de color negro y una enrevesada pero móvil cola blanca con manchones negros. Tenía una pinta blanca debajo de la oreja que parecía un lucero en la oscura noche que era su piel. Juan lo amaba y consentía casi como a la hija con la que se iba a pasear mientras repetía el canto vallenato de Alejo.

María Martínez cantó esos versos ocho días antes de morirse y también pidió una sopa de pollo que levantó la esperanza de Adriana en la supervivencia de la madre, que a esas alturas había perdido los recuerdos (había muerto por cuarta y anticipada vez), pero recordaba ese, recordaba de la propia voz de su madre que le preguntaba "¿Oye, muchacha, no has visto a Adriana? Mira que Juan se la llevó a pasear y ya es hora de que los dos se recojan porque Anatilde va a servir la cena, si los ves, diles que se apuren, que ya viene la hora del mosquito y me va a dejar a la nena en los puros huesitos. ¡Imagínate, ella que no tiene nadita de carne!".

María Martínez vivió en San José hasta que Adriana cumplió dos años y dos meses. Ese mismo mes, Juan se voló literalmente hacia Medellín porque le avisaron por el radioteléfono que su padre y su hermano Diego se habían estrellado contra la fábrica de Galletas Noel en la avioneta en que viajaban. Y de ellos sólo quedaron pedazos de carme transformadas en carbón. María lloró a su suegro con tanta intensidad porque sabía que al morir don Luis Eduardo, moría para ella Juan Fernández Arango.

Se fue a Medellín a enfrentar el duelo por la muerte del padre y del hermano menor. María se quedó al frente de San José. Pasaron quince días, pasó un mes, pasaron dos meses; Juan llamaba y sostenía con ella conversaciones livianas y apresuradas, pero en cambio pedía urgido que le pasaran a Lucho, el capataz. Lucho se alejaba de María y hablaba largo con su patrón. Un día, después de una de aquellas llamadas, Lucho les habló a los ojos

abiertos con desmesura de María y no fue capaz de sostener su mirada: “Dice el patrón que él se demora un poco más y que lo mejor es que lo espere en la casa de su mamá porque ya San José tiene nuevo dueño”.

María sintió que dos goterones salieron de sus ojos y se apresuró a secarlos, pero no alcanzaba a limpiar un par, cuando el otro venía en camino. Lucho no se hallaba, apretaba los puños, tocó el hombro de María Martínez en un vano intento de decirle “Tranquila, niña Mayo, el patrón vuelve, esto sólo es un momento duro”, pero se sintió tan disminuido ante la inmensidad de la cara indescifrable de María que terminó llamando a Anatilde, quien llegó antes que el marido terminara de pronunciar su nombre.

—Ayúdame a recoger mis cosas y las de la nena —dijo María con la voz enfundada en un tono mezcla de rabia, mezcla de tristeza.

—¿Y eso, niña Mayo?

—Me voy, mejor dicho: nos vamos. Juan no vuelve más y yo me regreso para Sacramento.

Anatilde se llevó la mano a la boca para impedir la salida a las palabras que primero se le vinieron a la cabeza, la abrazó y María, ante esos brazos que se abrían como único refugio, no pudo contenerse y soltó las amarras del llanto. El abandono de Juan Fernández Arango, lejos de afear la dicha que ahora era distante, fijó en la memoria los recuerdos más bellos de los que ella tuvo noticias. Ahora de un tajo sobrevenía la muerte del amor, pero era un amor que había embellecido su vida y si le causaba dolor se debía al impacto de perderlo de sopetón. Las pequeñas y precarias alegrías vividas nunca fueron pensadas por ella como antesala a un mal tiempo y si alguna vez lo pensó (porque la madre afirmaba con la camándula en la mano que quien mucho se ríe siempre estaría expuesto a la desgracia, que de dónde esa jullería de andar celebrando cualquier pendejada), con Juan aprendió a disfrutar sin aprehensión los detalles más deliciosos de la vida que vivieron juntos. Toda alegría es una obra maestra: la menor desconfianza la torna mentirosa; la menor duda la hace huir; la menor banalidad la hace despreciable. Ella nunca desconfió, nunca dudó de Juan Fernández Arango. Se acabó. Qué se podía hacer. Ya había vivido miles de alegrías transparentes. Juan Fernández Arango le había brindado y ella había sabido recibir y adobar el regalo de Lucho, el capataz, un

hombre silencioso pero dicharachero cuando había que serlo. Luis tenía el poder de la eficiencia, de saber avizorar la creciente que no tenía que ver con nada; amaba a los animales que crecían en San José y se le arrugaba el alma cuando Anatilde torcía el pescuezo a una de las gallinas con las que sostenía charlas diarias mientras les echaba el maíz. Los caballos parecían amarlo, sobre todo Pechichón. Después de que María bañaba, vestía y daba de comer a Adriana, Lucho iba por ella y la llevaba a montar a Pechichón y cantaba al ritmo del paseo vallenato que le dio el nombre. Adriana reía y sobaba con su manito el cuerno de la silla de montar. Entonces Lucho se desprendía de su adustez en el establo y lo acariciaba (los acariciaba) y reía con una carcajada que no correspondía a su cara impertérrita; la de esos paseos sobre Pechichón con Adriana era una carcajada inédita que dejaba ver unos dientes rapés como la tierra, pero completos hasta la última muela. En la finca todos querían a Lucho, ese estar suyo en el día era respetado por Juan y por toda la peonada con admiración. Juan Fernández Arango había aprendido de sus trabajadores que la admiración no se le brinda a quien tiene ese poder conocido por el dinero o el color de la piel, allí en Sacramento y en su finca entabló amistad con sus trabajadores y pudo ver cómo miraban con desdén y silencio a sus amigos venidos de Medellín porque no acudían a ellos como seres humanos, sino como peones. Juan los admiraba y los quería. Aprendió a identificar la sabiduría sin arrogancia y la frase precisa, el chiste sabroso que sólo brotaba en ellos cuando era necesario, como si las palabras estuvieran contadas y les correspondiera usar sólo una cantidad específica.punto aparte

Anatilde era otro regalo del amor que había vivido María con Juan Fernández Arango porque así había sido aquello, nada de “eres mía”, “no puedo vivir sin ti”, “te debo la vida”, “me las pagarás”, nada de triángulos amorosos a pesar de que la esposa e hijos legales estaban en Medellín y Juan Fernández Arango regaba su sangre por todos los caseríos y corregimientos a orillas del río Cauca. María borraba como un tablero esas aventuras de Juan y disfrutaba con sus regalos humanos, Lucho, el primero; Anatilde, la esposa de Lucho, era el otro regalo que la hacía feliz: madrugar con ella (después del amor con Juan) a pasear por el monte con Adriana; dirigir con cariñosa autoridad el destino de la cocina, los animales y los hombres con sus familias que sostenían

aquella que ella llamaba finca, pero que en verdad era una hacienda a la que no se le encontraba fin con la mirada. Anatilde era una mujer alta y gruesa, morena y con pelo recogido en una peineta de carey que cambiaba cada día, obsequio que María le encargó a Juan a Medellín. Ella era seria, igual que el esposo, pero amorosa y siempre tenía el consejo oportuno para desarrugar una tristeza de María Martínez, abría toda su sonrisa como quien abre una sombrilla para calmar la sofocación del sol cuando María la llamaba: "Ajá, mi querida clavellina, y qué vamos a cocinar hoy; y entonces, mi adorada pan de trigo, te vas a parrandear con Lucho a Sacramento".

La existencia de Lucho y Anatilde y de Pello y Presentada y del flaco Alandete era una evidencia de que aquellos años con Juan Fernández Arango no habían sido como peos de mariposa. Todos los miembros de San José, incluida ella, María Martínez, sabían que sólo la nada era suya y esa certeza los hacía considerar que no le pertenecían a nadie. Iban por la vida recibiendo hasta donde les dieran y dando hasta donde pudieran. Pero se habían liberado de la pobreza, del hambre que era una constante entre sus paisanos y de la humillación de no ser respetados. Porque en Sacramento ocurría como algo natural (y merecido) el regalo del sol y de la frugalidad de la tierra. No había que agradecer nada ni a nadie. El gracias a Dios existía como una tradición, como una muletilla para ser cristianamente aceptado.

María, en cambio (y los amigos que estaba a punto de dejar, ella que había sido abandonada en una infinita cadena de abandonos que la moldearon para no esperar nada de nadie) sabía que ahora había que recibir al porvenir que ya estaba ahí: una hija de dos años y medio, unas maletas llenas y un camión esperando por ella para viajar hacia Sacramento: con Lucho silencioso en demasía y en la radio que él llevaba a su lado una emisora ponía en mala hora "Caminito triste", de Alejo Durán, cómo no.

Le pregunté al caminito,
Pero él no me contestó,
será que estaba afligido
así como estaba yo.

45
Caer: Adriana

—Tranquila, mija, nada es nada. Al que actúa bien, le va bien.

Ocho días antes de la muerte física de María Martínez Johanna fue a visitarla y le arregló las uñas de los pies. María sólo recordaba a su bisabuela Tani, pero miró a Johanna y le dijo:

—Caramba, ¿y esa que se dice mi hija no va a volver por acá?

—Sí, doña María, ella ha venido, pero usted no hace sino dormir.

—Ja, embustera como siempre.

—Mañana le mando un sancocho de gallina con ella.

—Ve a ver si es verdad.

Volteó hacia la ventana desde donde el edificio de enfrente permitía ver tan solo un pedazo de cielo, que a esa hora de la mañana lucía claro con un azul casi amarillo. María Martínez apretó los labios ante la sacada abrupta de un cuerito de su dedo grande del pie, Johanna la miró y se alegró porque pensó que estaba mejorando. Que era la misma de siempre: inconforme con todo lo que le sucediera desde que se vino a vivir al apartamento de la hija. Y siguió limpiando las uñas y luego las pintó con un esmalte crema. Para entonces, María Martínez había sido operada cinco veces. Cada entrada a cirugía empezó a infectar su fémur. Adriana la veía crucificada en la cama. Siempre dormida, se quedaba hasta pasadas las nueve de la noche al lado de su madre y al día siguiente al regresar la hallaba dormida nuevamente. Los ojos de Carmenza, la vecina de cama, querían decirle tanto: que en la noche habían maltratado a la madre, que no la habían bañado, que la gritaban para que dejara de llamar a Tani y los dejara dormir, que no le cambiaban el pañal, que se la llevara de ahí porque no había un médico que hiciera vigilancias, que la llenaban de pastillas y aun así la señora María no dormía. Adriana llegaba a cambiarla, la limpiaba, le untaba crema y la

depilaba. María le decía que le rascara su trasero porque le picaba. Adriana lo hacía y sentía que su madre era su hija, su amante, su novia. Adriana estaba sola con Pablo y Johanna. Luz se extinguía entre su trabajo y su madre también enferma. Adriana descendió a la sima: exigía a los dos médicos con ira; o lloraba con impotencia como único consuelo.

No poder hacer nada sostiene y hace más profunda la caída. Nadie te da nada y eso está bien.

*

Señora Sepsis de mi ansiedad y de mi ignorancia, Señora Sepsis, amiga de mi menstruación desbocada que fue una fuente fastidiosa que no cumpliría uno solo de mis deseos así le lanzara todas las monedas de la suerte; Señora Sepsis muerta de risa haciendo estragos en mi útero llorón que pareció escurrirse, por fin, el día que mami bajó hacia el crematorio y después volviste justo un veintiocho de julio dos años exactamente después de tu muerte, mami; Señora Sepsis, dónde estaba el amigo médico, dónde la exalumna médica para advertirme de ti en aquel laberinto de luz eternamente encendida, en aquel laberinto que destruyó la noche y creó las horas infinitas de las agujas y de los líquidos para que mi madre muriera con cada bolsa de dextrosa. Te imploro una tregua, Señora Sepsis, ahora en la hora en que te concentras en liberar sustancias químicas que hacen una fiesta con el torrente sanguíneo de mi madre dizque para combatir una infección, tú que eres la emperadora de la podredumbre. Señora Sepsis, feliz, dispuesta, engalanada como la quema del castillo de juegos pirotécnicos "Café Puro Almendra Tropical" allá en mi infancia de Sacramento; desbocada, alebrestada, inundando el cielo de la fiesta del patrono san José.

Señora Sepsis que me haces añorar la muerte de mi madre: llévatela ya, te imploro un descanso ahora que la has hinchado, ahora que le has inflamado todo el cuerpo y la cama es un humedal que no tolera sábana seca y limpia; Señora Sepsis apresurada, que no le diste tiempo de tomarse la sopa de gallina que le pidió a Johanna. Señora Sepsis, amiga, parcera, cómplice, llave, *brother*, hermanaza, carnal, sangre del médico carnicero, el Führer de la vida y de la muerte y del enfermero que insiste en torturarte con un radio para que estés despierta como si no te

hubieran alcanzado los insomnios de setenta y seis años. Señora Sepsis de la envidia encarnizada con la piel morena y tersa de María Martínez bañada cada día de la vida que ahora tú borras inclemente con agua caliente, insoportable para ti, Señora Sepsis, esa limpieza; tú: la pútrida, la que abres con gula llagas entre las piernas, en el cuello, en los brazos, en la espalda purísima que hasta el último soplo opusieron resistencia a tu ataque; no podías, Señora Sepsis, mi madre te puso pereque, se te cuadró firme, me muero cuando yo quiera, no me joda, parecía decir en la defensa de su piel.

Pero ella sólo nos tenía a nosotros, que no éramos nada en su mente blanqueada; en cambio tú, altos refuerzos tenías, el médico Óscar López, el médico Lizarazo, los médicos de turno que sólo esperaban que pasaran las horas para irse a su casa y abandonar aquel infierno maloliente. Recuerdas, Señora Sepsis triunfadora, claro que debes recordar con solaz aquel médico gallito que me dijo que, para salvarte, mami, había que cortarte la pierna izquierda cuando yo esa mañana estaba esperando con el bolso listo y la silla de ruedas alquilada para llevarte a casa… Pero ahí estaban los médicos diligentes en el oficio del mal morir, insensibles a la prosperidad infame de las secreciones y al tubo que no te dejaba ya recuerdo alguno al que asirte. Señora Sepsis de las secreciones felices como hemorragia transparente y obediente a la danza famélica en medio de la que lanzabas tus dardos para que se escaparan los líquidos y fluidos que la dextrosa no alcanzaba a compensar.

Tan rápida, tan eficiente, Señora Sepsis. Apresurada, trabajando con rigor hasta hacer del cuerpo de mi madre un motor recalentado por los cuarenta grados de fiebre. Señora Sepsis que te excitas con la entrada del tubo en la boca silenciada y en la tráquea; ríes y ufana te acaricias las manos cuando ves entrar el tubo que devora toda risa, toda palabra. Así, silenciada y dormida, diste a mi madre como trofeo al médico de turno que se pasea en medias y en chanclas y que ya te intuían. ¿Cómo no supe que trabajabas con encono si María Martínez llamaba a todos Tani? ¿Dónde estaban los libros que he leído y que no me ayudaron a entender que no era posible quedarse sin recuerdo de un mes para el otro?

Señora Sepsis que sumas una intubada más a tu larga lista de intubados como trofeos en esa galería del horror que es la Unidad

de Cuidados Intensivos. Intensivos, intensos, vehementes, encarnizados, atolondrados, perdidos los sistemas enfebrecidos, que no producen aire suficiente y se carcajean ante el cerebro humillado, ofendido, degradado. Señora Sepsis a la que le hacen cosquillas los antibióticos, dan risa ustedes, dices, aquí mando yo, estás intubada dizque para que se ventilen tus pulmones, María Martínez, qué va, un huracán es lo que soy: voy por el corazón, no, mejor, a ese lo dejamos de último: voy por el hígado, o no, a esta María Martínez hay que agarrarla por los riñones que siempre le fallaron y no pude hacer mi fiesta porque se atravesaron sendas litotricias de las que salió parada y sonriente esta berraca mujer, pero ahora son míos y la presión arterial también. Y así como aquel juego en la ciudad de hierro que invitaba a los parroquianos a golpear con un gigantesco martillo la base para que la aguja subiera alto y ganara el premio, pero qué va, no subía, ni el más fornido lo lograba, así la presión arterial de María inconsciente luchaba por subir. Entonces el corazón, ¡ah, el corazón es pan comido! El corazón ya no es ese mango fuerte que late con la claridad y la serena pausa de los tiempos de Sacramento. Y ahora, esto se acabó, vida.

Y una mañana, mami, te despiertas desnuda en un cuarto vacío, impecable, sin tubos, ves las agujas que han abandonado tus brazos y las máquinas apagadas. No te duele la pierna, y te acuerdas de que existe la sonrisa, y sonríes, pero enseguida intentas mover la pierna y es imposible. Sientes la resaca del dolor anterior como un ejército vencido y en retirada. Miras hacia el techo color crema y no lo reconoces, pero notas que por primera vez con aquella luz no te duelen los párpados, fluorescente deja descansar tus párpados, no me duele la cadera, quién soy, piensas, pero no te reconoces. No hay ventana en aquella habitación limpia y sin olores. Afuera, el ruido, los pasos irreconocibles que cargan olores que no percibes. ¿Cómo me llamo? Arriba, en la cabecera de la cama está tu nombre: María Martínez. ¿Quién es María Martínez? De pronto alguien entra a ese cuarto y te mira como si fueras la dextrosa, te quita la almohada (y tú sin almohada estás perdida, no hay manera de dormir ni de estar cómoda sin almohada) y te quedas sin almohada y sin preguntar. Piensas que van a traer una almohada más grande para alimentarte. ¿Hace cuánto tiempo no comes? ¿Tiempo? ¿Qué es el tiempo? No sientes el tiempo, se han

extraviado el ahora, el aquí, el después.

Ya no estás crucificada, madre, yo estoy ahora recogiendo los clavos que te quitan las enfermeras. Los recibo para ser yo la crucificada. Permití que te trataran como a una niña molestosa y malcriada, regañé tus berrinches. No te defendí, madre, de esos carniceros, de esos desalmados que no sienten asco de cobrar un sueldo por ofrecerse al día para torturar ancianos. Me callé, confié. El dolor, el miedo, la angustia me hizo desleal contigo, madre. Debí llevarte a casa, pero permití la entrada de ese tubo en tu tráquea. Permití que entraras cinco veces al matadero. Te pido perdón, mi hija, mi hermana, mi amiga, mi verdugo, mi cómplice. Ofendí a ese tu Dios, al Corazón de Jesús, y le grité ante tu estupor: "¡Ven, sálvala, ella te ha adorado a ti más que a mí!". Y tú, mi hijita vieja, ya no sabías qué hacer, si morirte para que yo no sufriera o luchar por levantarte de esa cama-cruz; avergonzada tú, avergonzada yo, a veces te pedía que murieras; otras, que volvieras a la vida. El médico carnicero, la enfermera de manos amargadas hurgando en tus huesos, en tus intimidades. Tanto dolor, madre, y yo perdida. No supe entender tu cara de niña desvalida que me gritaba con esos ojos negros: "¡Sácame de aquí, llévame a morir a otro lado!". Y yo, como tú, me extravié. No podía extraviarme, pero los dejé hacer, los dejé cobrar cuenta tras cuenta en cada una de las cinco cirugías que facturaron. Ellos no tuvieron compasión de ti (yo no tuve compasión tampoco), no tuvieron compasión de esa mujer que entregó su vida con alegría para recoger los frutos de esa entrega cuando lo necesitara, pero no los recogió. Y qué sabían ellos, pero yo sí, y no se lo restregué porque hasta el final estuvo la muy traicionera, la hiena hambrienta llamada Esperanza dándome esperanzas.

Y después te llevé al crematorio. A ti que eras de entierro y tumba en la tierra. Qué crueldad la mía, María Martínez. Un velorio en la ciudad, sin las lágrimas de Sacramento que pedía que viajara tu cuerpo hacia el sopor, como si les pertenecieras. Y tampoco, tú no les pertenecías, faltaba más. Tú eras de ti y de nadie más.

Y después ese rostro tuyo en el ataúd finísimo. Tu cuerpo vestido con el conjuntico de falda y blusa amarilla, como en la foto que te tomé en el centro comercial al que ibas a regañadientes. Tu cuerpo acostado como si se tratara de una gemela tuya, pero está muy maquillada, con una sombra, una

base y un labial que te ocultaba tu natural alcurnia. La funeraria impecable sin un rastro de la tierra y del calor o del llanto real que pudo haber sido en Sacramento. Tu rostro maquillado para disipar la muerte, tú que nunca conociste colorete ni el pintalabios. Un gesto desconocido para mí ese que tenía tu rostro en el ataúd. Un rostro de esta no soy yo, un rostro de dónde estará la vida que no recuerdo.

Ahora quiero volverte a ver dormitando frente a la telenovela como quien pesca infinidad de bocachicos. Riendo mientras le gritas a Pablo que te desfila contoneándose para escucharte decirle: "Ayyy, cariño, ¡serás marica!". Tarareando "Flor de Azalea" o "Flores negras", aunque a ti no te gusten las flores, sólo las de los boleros. Me gustaría volverte a ver cansada diciendo "Hasta mañana" apenas con la mano. Rayando el arará para mezclarlo con Vick VapoRub Luciendo el vestido amarillo y echando pestes porque no encuentras la enagua y esa falda te queda muy clarita para acudir al llamado de las campanas, el mismo con el que te cremamos mientras sonaba *mochuelo pico e maíz de ojos negros brillantinos* y *Dime, pajarito/ por qué hoy estás triste/ no escucho en tu canto/ la misma alegría…* interpretado de mala manera por el conjunto trasnocha puercos. Volverte a ver doblando la ropa como quien guarda los sueños para lavarlos nuevamente y secarlos al sol o al viento helado de la tarde, con ese frío que no era para ti, que según tú terminaría matándote y fíjate que no, no fue el frío, madre. Diciéndome silencios. Cojeando para angustiarme. Gritando con las manos elevadas y melodramáticas: "Eres una loca, cuándo vas a coger juicio, quién te crees, ¿la reina de Inglaterra?". Volverte a ver en la tienda que instalaste en la cocina de Johanna para vendernos a los poquísimos miembros de la familia y cobrarnos las impostadas deudas porque entonces con qué dinero ibas a comprar nuevamente las docenas de papas, chitos, platanitos que nos vendías al detal, cobrarnos con un encono inédito, jamás imaginado para tus paisanos de Sacramento. En cualquiera de esos instantes quiero volverte a ver.

Aunque en los días de batas azules y blancas todas las luces estaban apagadas, la noche última de tu vida se encendieron las de las lanchas, las de las calles y las lamparillas de los cirios de la iglesia de Sacramento. En esa completa y última claridad te diste a la tarea de recobrar, a tientas, humildemente, la forma eterna

de las cosas que ni la muerte pudo quitarte.

Dónde estará la vida que no recuerdo

Fotografía de la cubierta:
Fotograma de la película *Doña Bárbara*, de 1943, dirigida por Fernando de Fuentes y protagonizada por María Félix y Julián Soler, basada en la novela homónima de Rómulo Gallegos.

© Ronald Grant Archive / Alamy Stock Photo

Tres generaciones gravitan en torno a María Martínez, hija, pero también madre; viuda, pero también amante; feminista antes de tiempo, emancipada por la libertad que ofrece la generosidad. Ella, habitante de Sacramento, un municipio en las inmediaciones de Sincelejo, pasa su vida atendiendo las quejas de su madre y, con el tiempo, atendiendo sus propias quejas ante su hija Adriana.

En medio de este clima, la violencia asoma sus fauces sin ser el tema central de esta bella fábula sobre la pérdida y el duelo, sobre el tiempo ido y recobrado por gracia de la escritura, sobre lo popular –el cine mexicano, las telenovelas, los elepés de música latinoamericana o de vallenato– y la decisión irrenunciable de Adriana, la hija, de abrazar un destino que rompa el atavismo al que parecen estar condenados quienes no conocen su propia historia.

eBook DISPONIBLE